



Marghanita Laski

EL HIJO PERDIDO

Traducción de
Blanca Gago

Nórdicalit

EL HIJO PERDIDO

MARGHANITA LASKI

colección otros mundos

El hijo perdido

Marghanita Laski

Traducción de
Blanca Gago

Nórdicalibros
2020

Título original: *Little boy lost*

The Executors of E M Howard, 1949

© De la traducción: Isabel Hernández

Edición en ebook: febrero de 2020

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-18067-37-2

Diseño de colección: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRIMERA PARTE

LA PÉRDIDA

CAPÍTULO 1

El día de Navidad de 1943, Hilary Wainwright se enteró de que su hijo estaba perdido.

* * *

Adornado con espumillón, reluciente de regalos, el árbol de Navidad brillaba en la oscuridad. En la punta de cada rama, las velitas rosadas temblaban y resplandecían, y a su leve luz Hilary observaba los rostros que lo rodeaban, los rostros de su madre, su hermana y sus sobrinos. Los ojos de los niños estaban ahora fascinados, la jovialidad estrepitosa de su hermana se había suavizado hasta la ternura, y en el brillo suave de las velas era posible imaginar que el rostro de su madre le ofrecía no la fría hostilidad que él debía corresponder con amargura, sino el consuelo y amor que había venido desesperadamente a buscar una vez más.

«¿Y mi rostro? —se preguntó—. ¿También me ha transformado este mágico resplandor? Si me miraran ahora, ¿verían no al extraño, detestado intelectual a quien deben despreciar temerosos, sino al alegre tío, amoroso hermano, solícito hijo?».

Las velitas se estaban consumiendo muy rápido. El resplandor se desvanecía y los niños se inclinaban hacia delante, impacientes por despojar al árbol de sus adornos. «Un día perdurará la ilusión —pensó Hilary—, el día en que John por fin esté conmigo», y entre los dos niños ansiosos su imaginación insertó un tercero, la imagen de su propio hijo.

—¡Encended otra vez la luz! —ordenó la señora Wainwright.

La ilusión se había hecho añicos. Las velas titilantes se eclipsaron bajo la luz eléctrica en sus cuencos de alabastro rosado, y el árbol era ya un intruso entre las mesas de nogal y las pesadas sillas de terciopelo. Los niños discutían ahora sobre los regalos:

—Yo quería el juego número cuatro y el tío Hilary solo me ha dado el número dos —dijo Rodney enfurruñado, y Hilary, que había batallado entre las multitudes navideñas de las jugueterías mientras compraba pensando en otro niño, imaginó que John no habría sido tan grosero y, de nuevo, anheló con pasión al niño que nunca había conocido.

—Tengo que llevar a los niños a casa —dijo por fin Eileen—. Me ha gustado mucho volver a verte, Hilary. ¿Consigues encontrar algo de tiempo para escribir esa poesía tuya tan culta, con ese trabajo tan secreto? —Soltó una risotada ante su propio comentario mientras forcejeaba bajo su grueso abrigo de piel—. Venid aquí, bichos —llamó, y salió empujando a los niños por delante de ella.

—Son unos niños monísimos, ¿verdad? —dijo la señora Wainwright al regresar de la puerta

de entrada—. Espero que hayas notado el gran cambio que han hecho. Al fin y al cabo, hacía siglos que no venías a vernos. —Y se calló bruscamente.

—¿De qué serviría? —respondió Hilary sombrío, y entonces él y su madre se miraron con consternación.

—Pensé que no íbamos a querer cenar mucho después de un té tan copioso — dijo ella apresuradamente—, así que le dije a Annie que nos dejara solo unos bocadillos. Está todo preparado en el carrito, si puedes ir a por él y traerlo aquí. —Se sentaron en sendos sillones, uno a cada lado de la chimenea eléctrica, y mientras comían los bocadillos convinieron con cautela en que Hilary tenía mucha suerte de haber conseguido unos días de permiso por Navidad y en lo maravilloso que habría sido que George, el marido de Eileen, también estuviera destinado en Inglaterra.

Entonces, mientras el café se filtraba lentamente en la cafetera, la señora Wainwright tuvo la feliz idea de sacar el viejo álbum de fotos.

—Esta fue la primera fotografía que te hicimos —dijo—. Tenías solo tres semanas. —Y el recuerdo del inmenso amor que había podido darle en la infancia envolvió a ambos en una agradable nostalgia—. Esta de tu padre justo antes de casarnos es muy bonita —dijo ella, y ahí estaba el viejo doctor, milagrosamente reconocible en aquel joven entusiasta inclinado ante un reloj de sol, incapaz de predecir la muerte que iba a dejar a su mujer y su hijo encerrados en una amarga e incesante lucha.

—Oh, y aquí está la antigua casa —dijo Hilary acercando el álbum hacia sí, y entonces los rencores latentes empezaron a revolverse, la ira irracional porque su madre no desempeñó el papel que él le había asignado —el de viuda circunspecta en la casa de Queen Anne, junto a la catedral—, sino que eligió las partidas de *bridge* y los crispados cotilleos del barrio residencial londinense. Pero esa noche la señora Wainwright, en vez de corresponder a la instintiva hostilidad de su hijo con la suya propia, le quitó el álbum de las manos y empezó a pasar las páginas hacia atrás.

—¡Mira! —dijo—. ¿Te acuerdas de las vacaciones en Cliftonville? —Y allí estaba Hilary con cinco años, pantalones cortos grises impecables, pulcros zapatos marrones y calcetines, gorra redonda de fieltro gris ladeada, anchos ojos risueños y alegre y confiada sonrisa. Su madre le echó una rápida mirada de soslayo y entonces murmuró:

—Me pregunto si el pequeño John se parecerá a ti.

—Sí, yo también —dijo Hilary, preguntándose con todo su corazón, y su madre aventuró vacilante:

—Espero que esta horrible guerra acabe pronto para que puedas ir a buscarlo y traerlo a casa.

Hilary consideró el momento. «¿Es posible que, después de todo —se preguntó—, haya sido un acierto venir? ¿Es posible que los años de malentendidos lleguen a borrarse y ella pueda darme, ahora y para siempre, el consuelo que tan desesperadamente necesito? Quizá si pudiera empezar a contarle cuánto deseo estar con mi hijo...», pensaba, y entonces oyeron el timbre de la puerta.

—¿Quién podrá ser? —preguntó irritada la señora Wainwright, y Hilary apuntó:

—Annie ha salido, ¿no? Ya voy yo. —Se levantó para dirigirse hacia la puerta principal.

El hombre que estaba allí parado era un extraño. Llevaba una gabardina desgastada bien ceñida en la cintura y una bufanda de punto apretada alrededor del cuello. Tendría más o menos la

misma edad de Hilary y era, como él, alto y delgado, pero de tez blanca y brillantes ojos azules que parecían muy cansados.

Cuando Hilary abrió la puerta, el hombre hizo un rápido movimiento hacia delante como si fuera a meter el pie en el hueco de la puerta entreabierta, como si estuviera acostumbrado a forcejear para abrir puertas que, al verlo, volvían a cerrarse, pero Hilary, mientras percibía esa impresión, se dio cuenta al mismo tiempo de que aquellos que intentaban impedir el paso al hombre que tenía delante estaban equivocados. Por ello, abrió la puerta principal de par en par y esperó.

—*Vous êtes Hilary Wainwright?* —preguntó el extraño y, ante la sorpresa de Hilary, siguió hablando rápidamente y en voz baja en francés—. Si está solo, ¿puedo entrar y hablar con usted? Es importante, de otro modo no me atrevería a importunarlo.

Pero ahora, a pesar de la instintiva simpatía que le inspiraba aquel extraño, Hilary debía ir con cautela. Su trabajo era verdaderamente secreto e importante.

—¿Podría decirme algo sobre el asunto que le trae aquí? Estoy de permiso, ¿sabe? —dijo.

El francés sonrió y la expresión vigilante de su rostro se relajó de manera asombrosa.

—El general X me dio su dirección. —Y mencionó el nombre del general de la brigada de Hilary para añadir—: ¿Se acuerda de Jeanne? Yo era su prometido.

Hilary empezó a temblar de un modo repentino, incontrolable. Hasta ese momento, y de forma irreflexiva, estaba convencido de que la llegada de aquel francés estaba relacionada de algún modo con su trabajo, y la mención del general le había confirmado su conjetura. Ahora, a pesar de que no existía ninguna credencial que pudiera dispensar su error de modo justificable, confiaba en aquel hombre.

—Pase —dijo, y oyó que su madre lo llamaba desde la antesala:

—Hilary, ¿quién es?

Dejó al desconocido en el recibidor y se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

—Es alguien de mi unidad que viene a verme por un asunto —dijo—. ¿Puedo llevarlo al comedor?

—Ay, hijo mío —dijo la señora Wainwright—, ¿no pueden dejarte tranquilo ni siquiera en Navidad? Bueno, supongo que sí, puedes usar el comedor. Está ordenado.

Cerró la puerta de la antesala y condujo al desconocido hasta el comedor.

—Quítese el abrigo —dijo—. Voy a por algo para beber. —Abrió el aparador y sacó una botella de cerveza y dos vasos.

El francés se quitó el abrigo y la bufanda y casi se dejó caer en el sillón que había en la cabecera de la mesa. Tenía la piel de la cara tensa de agotamiento y, conforme hablaban en francés, iba cerrando los ojos para luego abrirlos desmesuradamente, como si quisiera mantenerlos alerta hasta acabar la conversación.

—Será mejor que le diga, en primer lugar —empezó—, que solo dispongo de veinticuatro horas en Inglaterra, y se supone que nadie excepto la gente que he venido a ver sabe que estoy aquí. Por cierto, me llamo Pierre Verdier, aunque le ruego que lo olvide hasta que acabe la guerra. El hecho de que haya venido a verlo es intolerable, completamente contrario a la disciplina y a mi deber, pero cuando haya terminado entenderá por qué he ignorado todo eso para venir hasta aquí. Únicamente debo confiar en que no diré a nadie que me ha visto en este momento. Su general lo sabe, pero solo él.

—Si es usted el prometido de Jeanne, supongo que en algún momento nos habremos conocido. Pero no lo recuerdo —dijo Hilary.

—No, no —replicó el francés—. Nos prometimos después de que empezara la guerra, y creo que después de eso usted y yo nunca estuvimos en París a la vez. Además, nunca fue un compromiso oficial. Pero después de la derrota de Francia, aún pude ver a Jeanne en algunas ocasiones y, muy de vez en cuando, veía a su mujer.

Hizo una pausa y miró a Hilary, tenso e inquisitivo, pero Hilary estaba sentado en su silla muy rígido, mirando impassible hacia delante. Pierre Verdier buscó con torpeza las palabras para preguntar:

—¿Lo sabe? ¿No soy el primero en decírselo?

—Sé que Lisa está muerta. Recibí una carta del Ministerio de Exteriores —replicó Hilary con voz ronca.

Abrió la cartera, sacó una carta y se la tendió al hombre que tenía enfrente. Estaba dirigida a Hilary y decía, mediante rígidas fórmulas oficiales, que el Ministerio de Exteriores había sabido, por fuentes no especificadas, de la muerte de Lisa Wainwright a manos de la Gestapo en París en diciembre de 1942. Notificaban a su marido que no tenían más información disponible en ese momento, pero si se enteraban de algo más, volverían a escribir.

Pierre leyó la carta despacio y se la devolvió a Hilary.

—¿Volvieron a escribir? —preguntó.

—No exactamente —respondió Hilary—. Cuando recibí esta carta, les escribí para preguntarles si sabían algo del bebé, pero solo conseguí que me enviaran una breve nota diciendo que no sabían nada y que, de nuevo, si se enteraban de algo, me lo comunicarían. Desde entonces no ha habido nada, excepto... —Se interrumpió y tragó saliva para aliviar el dolor que sentía en la boca, que se le había quedado seca.

Pierre esperó.

—Recibí una carta de Lisa —dijo finalmente Hilary con gran dificultad—. Era la tercera vez que recibía noticias de ella desde que la dejé en París en 1940. Al poco de regresar a Inglaterra recibí una tarjeta postal de la Cruz Roja con solo cinco palabras, pero supe que ella y el niño estaban bien. Entonces, unos tres meses después, en vez de recibir carta, vino a verme un hombre de la Real Fuerza Aérea. Me encontraba aquí con mi madre porque me habían disparado en la pierna al salir de Francia y la herida no cicatrizaba bien y no tenía ningún otro sitio adonde ir —Se sintió obligado a dar explicaciones, aunque no tuvieran sentido para un extranjero—. A este hombre de la Real Fuerza Aérea lo habían abatido en Francia y mientras «lo sacaban de allí», como él mismo dijo, pasó una noche en nuestro, en el piso de Lisa, y ella le pidió que viniera a verme. No era un hombre muy hablador, solo me dijo que ella no le había dado ninguna nota para mí por si lo pillaban, pero dijo que estaban bien. Poco después vi su nombre en una lista de heridos. Luego ya no volví a saber nada más. —Alzó la voz que había estado controlando cuidadosamente y exclamó con vehemencia—: Nada, nada en absoluto hasta que llegó esa carta del Ministerio de Exteriores.

—¿Y la última carta? —preguntó Pierre despacio—. ¿La carta de Lisa?

* * *

Sentado en la silla tapizada del comedor de su madre, Hilary recitó una vez más, para sí mismo, la última carta de Lisa.

«Querido Hilary», comenzaba. Estas palabras estaban en inglés. El resto de la carta estaba escrito en francés.

«Estoy segura de que esta carta va a llegarte, aunque sea la última cosa de la que esté segura. Ahora mismo creo que te he hecho algo terrible. Después de que nos dejaras en París, quizá debería haber pensado en mantenernos a salvo para ti y nada más. Cuando me recuperé, podíamos haber conseguido llegar a la zona libre y quedarnos allí esperando tranquilamente, aunque creo que me habrían internado tanto por haber nacido en Polonia como por estar casada con un inglés. Nunca se sabe. En todo caso, me pareció en ese momento que debíamos esperarte en nuestra casa y, más tarde, que debía seguir haciendo el trabajo que había hecho hasta entonces. Sé que Ralph consiguió llegar bien y, por tanto, que te ha ido a ver y sabrás de qué trabajo se trata. Creía que debía hacerlo, no podía hacer otra cosa, y que los riesgos son riesgos que todos debemos estar preparados para correr si merecemos sobrevivir. Pero ahora encuentro que soy una cobarde y estoy aterrada por ti y por el bebé.

Aún es posible que todo vaya bien, pero nosotros no lo creemos. Creemos que nos han encontrado y que este es el final y, aun así, no puedo irme, no puedo escapar porque, si todo va bien, marcharme supondría admitir demasiado. He mandado a John con Jeanne. Ella no está implicada en este trabajo que estoy haciendo, y velará para mantenerlo a salvo hasta que acabe esta pesadilla y puedas venir a buscarlo.

Querido mío, intento escribir tranquila y decirte lo que debo, pero me invade una agonía que no puedo plasmar en el papel. Es la agonía de perderte para siempre. Hemos sido tan felices, podíamos volver a ser tan felices de nuevo... Doy una vuelta por la casa y veo a Binkie sentado en una cuna vacía, con una oreja rosada y peluda hacia arriba y otra oreja rosada y peluda hacia abajo, y me acuerdo de cómo lo ganaste y me lo regalaste en la feria de Carpentras, y ya solo escribirlo me duele demasiado. A lo largo de estos años, tendida en la cama, sola, he pensado muchas veces en la granja de tu tío y en cómo viviríamos allí algún día, no solo con nuestro hijo, sino con los otros hijos que siempre quisimos tener, y yo sería la mujer del granjero, y tú escribirías tus poemas y envejeceríamos juntos.

Ya sabes lo que siento, lo que quiero decirte sobre nosotros. Pero nunca has conocido a nuestro hijo y no me atrevo a callarme en esto. Hilary, tienes que venir y salvar a nuestro bebé. En cuanto sea seguro, tienes que venir y buscar a Jeanne, enseñarle inglés y hacerlo hijo tuyo. Puedo soportarlo todo, incluso la idea de dejarte para siempre, pero no puedo soportar que nuestro hijo viva sin nosotros, sin el amor que solo nosotros podemos darle. Hilary, puedo aguantar cualquier cosa si mi bebé está a salvo.

L».

* * *

Hilary aflojó lentamente las manos y arrastró su mente de vuelta a la realidad de Pierre, que esperaba allí, con las manos aferradas a la mesa.

—¿Y la última carta? —estaba diciendo Pierre—. ¿La carta de Lisa?

—Llegó de un modo muy extraño —replicó Hilary—. Estaba en un sobre escrito con la letra de Lisa y sello inglés. La había mandado aquí y me la reenviaron a mi unidad. Fue un golpe

terrible ver su letra con el sello inglés. Antes de abrirla, llegué a pensar que el Ministerio de Exteriores había cometido un espantoso error y estaba aquí, viva. Pero claro, al leerla lo comprendí.

—¿Cuándo la escribió? —preguntó Pierre.

—No le puso fecha —respondió Hilary, casi como si estuviera solo—. Debí de escribirla justo antes de que la atraparan, y se la dio a alguien que sabía que iba a venir a Inglaterra. Decía que Jeanne se había quedado con el niño. —Levantó la vista e interrogó a Pierre con la mirada, en medio de una súbita tensión.

—Sí —asintió Pierre—, por eso estoy aquí. —Se detuvo un momento con los ojos cerrados. Luego los abrió y dijo casi despreocupadamente—: Antes le dije que mi deber me prohibía venir. También me prohíbe, por supuesto, decirle lo que tengo que decirle para aclarar las cosas, pero eso ahora no es importante.

»Ya sabe usted, por supuesto —prosiguió—, que Jeanne y Lisa eran amigas desde que iban juntas a la Sorbona, así que, naturalmente, vi a Lisa muchas veces desde que Jeanne y yo nos prometimos. Eso fue cuando ella estaba esperando el bebé y usted estaba fuera, en el frente. Es curioso que no llegáramos a conocernos entonces, pero nunca coincidimos en nuestros permisos.

—Pues ahora sí lo recuerdo —dijo Hilary despacio—. Recuerdo que un día Lisa me habló de Jeanne y de usted, pero fue solo un comentario y nunca más volví a pensar en ello.

—Poco después del armisticio —continuó Pierre—, Lisa entró a formar parte de una organización que ayudaba a escapar a los prisioneros de guerra británicos. Sé que Jeanne creía que se equivocaba, pero Lisa dijo que tenía que hacerlo y, en aquellos días, lo único que nos quedaba era hacer aquello que creíamos que debíamos hacer. Jeanne hacía algo diferente. —Se detuvo y entonces añadió con una risa triste—: Ya que estoy hablando tanto, debería contárselo todo. Jeanne colaboraba en un periódico clandestino.

—¿Y usted? —preguntó Hilary.

—Yo estaba escondido y aún lo estoy —dijo Pierre secamente—. Por razones de trabajo, a veces era necesario seguir viendo a Jeanne y, muy brevemente en algún café, a Lisa.

Hilary se dio cuenta de que a Pierre le resultaba extremadamente doloroso relatar este episodio, que lo único que quería era terminar, pero, aun así, lo interrumpió para preguntar:

—¿Cómo estaba?

—Estaba muy guapa —dijo Pierre con voz queda y sin fuerzas—, incluso más guapa que antes de nacer el bebé. Era tan pequeña y flaca que creo que todos temíamos por ella más que por cualquier otro, pero siempre parecía tranquila, serena y sin miedo. Para mí, pensar en ella siempre resulta un placer..., el cabello lacio y dorado, los ojos azules y las facciones tan bellas de su rostro.

—Gracias —dijo Hilary—. Perdona la interrupción. ¿Quiere continuar?

—La última vez que vi a Jeanne fue en su casa —prosiguió Pierre—, la tarde del mismo día en que la Gestapo se había llevado a Lisa. Su hijo dormía en la habitación. Jeanne lo había traído a casa dos días antes. Todos pensábamos que ella aún estaba a salvo, que la Gestapo solo había descubierto la organización de ayuda a los prisioneros.

Esta vez Hilary no pudo interrumpir para formular la pregunta que temblaba en el aire.

—Hablamos mucho esa noche —dijo Pierre con suavidad—. Aunque creíamos que aún estábamos seguros, cada encuentro podía ser una despedida para siempre, y a cada momento

teníamos la sensación de que habíamos llegado al final. Jeanne hablaba de todo el trabajo que había hecho como si ya lo hubiera terminado. Dijo que creía que se había equivocado, que todos nos habíamos equivocado en lo más profundo y fundamental. —Durante años hemos pensado en términos de grupos y movimientos —dijo—, nunca de individuos. Hemos aceptado el juicio de los grupos y hemos subordinado a ellos nuestra moral. —Y añadió—: Ahora sé que eso fue un error. Lo único bueno que podemos hacer, el único bien del que podemos estar seguros es nuestra propia bondad en cuanto que individuos, el bien que podemos hacer de forma individual. Como grupo, muchas veces hacemos el mal porque quizá así lleguemos al bien, y muchas veces el bien no llega y todo lo que queda es el mal que hemos hecho sin sentido alguno.

»Entenderá —prosiguió Pierre— que este era un punto de vista muy idealista y poco práctico en la Francia de entonces. Casi todo el trabajo que yo personalmente estaba haciendo era malo, según la definición de Jeanne —espionaje, destrucción y crimen—, y creía, como todos, que era correcto y necesario hacerlo no por sí mismo, claro está, sino porque el fin era bueno. Así que discutí con Jeanne, pero ella había cambiado por completo, casi podía decirse que había sufrido una conversión. Uno nunca puede estar seguro del final —me dijo—, solo de los medios, por eso hay que estar seguro de que los medios sean buenos. Uno nunca puede estar seguro de los motivos de nadie más que de los propios y de los de aquellos a quienes podemos examinar para asegurarnos de que son puros. Lo único que parece cierto es que cada uno de nosotros deberíamos hacer el bien que tenemos cerca, cuyo fin podemos ver, y así sabremos que hemos hecho algo positivo. —Entonces señaló con la cabeza hacia la habitación donde dormía el bebé—. Por eso —dijo—, lo que me parece ahora mismo más importante es proteger al bebé de Lisa y devolvérselo a su padre. Si soy capaz de hacer eso, sé que habré hecho algo decididamente, absolutamente correcto.

—Entonces, ¿qué pasa con el periódico? —le pregunté, y respondió:

—El bebé es más importante. —Otra vez discutimos porque, para nuestro movimiento, el periódico era realmente muy importante, y ella dijo que conocía a mucha gente que había muerto por culpa del periódico y sabía que eso era malo. En cambio, sabía que mantener al niño con vida y seguro era bueno, y eso era lo que iba a hacer.

Pierre alzó la vista y miró a Hilary a los ojos.

—Me enfadé mucho con ella —dijo con voz sombría—. Le dije que había traicionado a Francia, que era una cobarde y una deshonra para todas las patriotas francesas. Nos peleamos acaloradamente y salí disparado del piso con la intención —ya sabe qué pasa cuando uno está enamorado— de volver a la noche siguiente y enmendarlo. Pero ya era demasiado tarde. Al día siguiente a mediodía la Gestapo fue a buscarla.

»La mataron, claro —dijo sin emoción—. Había estado metiéndome con ella y llamándola cobarde, pero prefirió morir torturada antes que soltar un solo nombre. Nos equivocamos al pensar que la Gestapo solo andaba detrás de la organización; todo acabó resultando una gran redada, de la que yo mismo solo logré escapar gracias a una serie de milagros.

—Pero ¿qué hay del niño? —consiguió lanzar Hilary en un susurro.

—Alcancé a ver a la portera de Jeanne la tarde siguiente, antes de tener que marcharme corriendo de París. Me dijo que *mademoiselle* había salido por la mañana, antes de que ellos llegaran. Se había llevado al niño con ella y había vuelto sin él. Pensó que quizá *mademoiselle* lo había dejado con el cura que vivía en la esquina de la *rue du Vaisseau*. Le pregunté por qué habría hecho eso *mademoiselle* pero ella cerró el pico de golpe, dijo que seguramente se había

equivocado y que, de todas maneras, no era asunto suyo. No tuve tiempo de investigar más. Tenía que salir muy rápido de París y, desde entonces, no he vuelto.

—Cuando estuvo en casa de Jeanne aquella noche —preguntó Hilary con suma cautela—, ¿vio al niño?

—No —respondió Pierre con tristeza—, no lo vi. Estaba dormido cuando llegué y, francamente, en lo único que pensaba era en ver a Jeanne. No, nunca he visto a ese niño.

—Yo solo lo vi una vez —dijo Hilary—, y fue el día después de que naciera.

Pierre permanecía sentado, exhausto y silencioso, y Hilary supo instintivamente que entre el relato de aquella historia y lo que fuera que hubiera venido a decir, necesitaba un descanso, un momento para quedarse sentado sin tener que hablar. Así que Hilary empezó a hablar consigo mismo para Pierre, que se mantenía en silencio con aparente indolencia. Le contó cómo justo antes de que empezara la guerra habían decidido que Lisa se quedara en el piso de Saint Cloud, mientras Hilary se marchaba a Inglaterra para alistarse.

—Todos pensábamos que los británicos lucharían en Francia —dijo, y estaba bastante seguro de que lo enviarían de vuelta enseguida, con su excelente francés, como oficial de enlace de algún batallón francés estacionado cerca de Sedan, y sería capaz de agenciarse los suficientes permisos a París como para tolerar la duración de aquella impostada guerra. Ambos se pusieron muy contentos al descubrir que esperaban un bebé para junio.

—Por la manera en que todos hablan ahora —dijo Hilary—, creo que nosotros éramos los únicos en Europa que no sabíamos lo que iba a suceder.

Poco después del avance, el batallón al que habían agregado a Hilary se encontraba roto y desintegrado. El camino hacia el ejército británico por el norte permanecía cerrado. La única vía de escape práctica era por el suroeste. Hilary decidió huir corriendo a París en primer lugar. Llegó un día antes que los alemanes, el día siguiente de nacer su hijo.

Lisa estaba tendida en la cama de matrimonio, muy pálida y muy débil. Había sido un parto inesperadamente complicado, dijo Jeanne, que estaba allí cuidándola, pero es que Lisa era tan pequeña... El doctor había querido llevarla al hospital, pero ella se había negado por si Hilary aparecía. Y ahora él había llegado y estaba sentado junto a ella en la cama, tomándole la mano y contemplando las largas y leves lágrimas que le corrían lentamente por las mejillas.

—Tienes que irte —había apremiado Jeanne—. Van a entrar los alemanes. Tienes que irte ahora que aún estás a tiempo. —Desesperado, Hilary había gritado que tenían que envolver a Lisa en una manta, encontrar un coche y sacarla de allí para llevarla a Inglaterra, a un sitio seguro.

Pero Jeanne había dicho que eso era imposible y el doctor, que entró en ese momento, la había respaldado. —*Madame* sufriría, sin duda alguna, una seria hemorragia —había objetado—. No, *monsieur*, es mejor que se vaya. Después de todo, va a ser por poco tiempo. No me cabe la menor duda de que el general Weygand resistirá en el Loira, y usted y *madame* se reunirán muy muy pronto.

Así que se había dejado convencer y se había marchado. Al echar un vistazo a la estancia, reparó sorprendido en Binkie, el perro de peluche con ojos de abalorios, que estaba apartado de su lugar de siempre, en la repisa de la chimenea, y aparecía ahora colocado en la extraña cuna de mimbre a los pies de la cama grande. Había levantado vacilante una esquina de la manta rosa.

—En Francia el rosa es para los niños. —le había explicado Lisa—, y el azul para las niñas, el color del manto de la Virgen María. Nuestro bebé va a ser un niño—Y él había visto, casi sin darse cuenta, al bebé de pelo negro y cara roja envuelto en una mantilla. Había besado los ojos

azul profundo corridos de lágrimas de Lisa y se había marchado.

—Así que ya lo ve —dijo—. Solo vi al bebé una vez.

* * *

Pierre se estaba recuperando lentamente de su lasitud. Volvía a levantar la cabeza y tenía los ojos muy abiertos y sorprendentemente brillantes, como si estuviera acumulando energía sin cesar mientras se preparaba para el colofón de todo aquello que había venido a decir, el verdadero propósito de su visita.

—Quiero que me permita encontrar a su hijo —anunció.

—¿Cómo? —preguntó Hilary, pero no fue más que una pregunta instintiva y Pierre no la respondió. Ya estaba hablando entusiasmado.

—Sabe tan bien como yo que la única esperanza de futuro que nos queda pasa por que abran el segundo frente y, si todo sale bien, poco después Francia volverá a ser libre —dijo—. Cuando eso ocurra, regresaré a París; hasta entonces, no tengo otra cosa que hacer. Usted ahora tiene su trabajo, que tal vez en algún momento lo lleve a Francia... —Hizo una pausa interrogativa y Hilary sacudió la cabeza. No había ningún motivo por el que su trabajo fuera a sacarlo de su barracón hasta el fin de la guerra.

—Decididamente, no tengo previsto ningún viaje a Francia —dijo, y Pierre prosiguió impaciente:

—Bueno, incluso si lo tuviera, no podría estar tan bien situado como yo para indagar en el asunto. Una vez que Francia quede liberada, la gente tendrá sentimientos encontrados y usted, aunque ha vivido en Francia, es extranjero. Puede que incluso lo confundan a propósito; nuestra gente se ha habituado a hacer ese tipo de cosas en los últimos años. Pero yo estoy acostumbrado a hacer preguntas y a saber, o averiguar, si las respuestas son correctas. Si alguien puede encontrar a su hijo, ese soy yo. —Se detuvo y se inclinó hacia delante para dirigir a Hilary una intensa mirada de súplica.

Solo entonces Hilary se dio cuenta de que su hijo estaba perdido. Desde la muerte de Lisa, había soñado incesantemente que algún día sería feliz con un hijo que no era todavía una persona imaginada, sino un símbolo superviviente del amor que Lisa y él se habían profesado. Pero no había habido necesidad de abrir su corazón a ese niño simbólico, inalcanzable y seguro en Francia; su profunda e implacable angustia podía ser toda para Lisa.

Pero ahora ese francés venía a decirle que no solo había perdido a Lisa, sino también a su hijo, un hijo real, y que debía prolongar indefinidamente su pena y su agonía, y aplazar indefinidamente la felicidad y la comodidad. Descubrió con horror que albergaba un profundo deseo de ahorrarse esta nueva fase de dolor y se sorprendió pensando: «Si el niño se ha perdido, dejemos que sea ese el final». Ni siquiera era capaz de imaginar las agonías que podía sufrir ese niño perdido.

Pero Pierre lo seguía mirando fijamente con ese extraño anhelo en los ojos, como si Hilary tuviera algo muy preciado para darle, y Hilary se percató de ello y le preguntó despacio:

—¿Por qué tiene tantas ganas de buscarlo?

—Seguro que ya se lo imagina —replicó Pierre, con una voz deliberadamente seca de emoción—. Ya le he contado lo que dijo Jeanne sobre el niño y cómo me reí de ella y nos

peleamos. Siento que me perdonaría... No, mentira, sé que ya me ha perdonado... Quiero decir, sería capaz de perdonarme a mí mismo si pudiera hacer lo que ella deseaba.

—¿Quiere decir que ahora está de acuerdo con lo que dijo? —preguntó Hilary.

—No —dijo Pierre con aire cansino—. Estoy en completo desacuerdo. Es una doctrina para santos, o para mujeres en tiempos de paz. Pero precisamente porque no estoy de acuerdo, me parece aún más importante hacerlo por ella.

—Ya veo —concedió Hilary. Cumplir con las convicciones de otro para fustigarse por haber actuado mal con respecto a ellas era una forma de alivio que a él también le resultaba satisfactoria. Pero Hilary no podía aliviar sus propias cargas de ese modo. Él no tenía ninguna carga de culpabilidad por lo que había hecho en el pasado; a partir de ese momento y de cara al futuro había que establecer una consecución de ciertos logros, y cada acción futura tendría que perseguir o destruir esos propósitos.

—Debe perdonarme si doy la impresión de estar totalmente confuso —dijo—. Es que, hasta que vino usted, yo no sabía que el niño estaba perdido, y todavía no lo he asimilado. ¿Cree que tiene alguna posibilidad de encontrarlo? ¿Qué cree que puede haberle ocurrido?

Pierre volvió a relajarse. Ahora su rostro estaba terso y parecía casi tranquilo.

—Es posible, por supuesto, que resulte extremadamente fácil encontrarlo —dijo—. Hay muchas familias que están acogiendo a niños judíos, niños a los que, de otro modo, se llevarían los alemanes. Es probable que el cura al que se refirió la portera lo esté organizando todo y, en ese caso, por supuesto, sabrá dónde está el niño, y entonces solo tendríamos que ir a buscarlo.

—Esa es la mejor de las posibilidades —dijo Hilary sombrío—. ¿Cuál sería la peor?

—No lo sé —respondió Pierre—. No lo sé. No sabe cuántas veces me he torturado preguntándomelo. Si hubiera caído en manos de los alemanes... Sabemos que han mandado a muchos niños desnudos en trenes con el suelo lleno de cal viva, de modo que cuando estos llegaban a las cámaras de gas, les salía muy económico porque casi todos estaban muertos. Han matado a niños en los cuarteles de la Gestapo en París arrojando ácido sobre sus cuerpos desnudos. Me han dicho que se pueden ver las marcas de las manos agonizantes que arañan el hormigón de las paredes. Se ve que primero aparecen las manos grandes de hombre en lo alto de la pared; luego, un poco más abajo, manos un poco más pequeñas de mujer, probablemente las de Jeanne y Lisa entre ellas, y abajo, cada vez más abajo, están las pequeñas marcas de las manos de los niños.

—¡Por lo que más quiera —gritó Hilary—, cállese!

—Para usted esto es nuevo —dijo Pierre, casi fríamente—, por eso lo encuentra insoportable. Cuando uno lleva un tiempo metido en esto, como nosotros, descubre que es más fácil dejar que la imaginación alcance a comprender todos los horrores posibles que pretender ignorarlos.

—¡No! —chilló Hilary.

—Le aseguro que es así —rebatía Pierre—. Es igual de cierto para el dolor mental que para el físico. Recuerdo a un hombre en un hospital de Marsella con una mano casi cercenada que estaba en descomposición. Solía quedarse allí tirado con los ojos cerrados sin mirarla nunca, simplemente estaba allí tirado durante horas, rígido de tanto reprimir el deseo de mirar. Al final el médico, que era un hombre mayor y muy sabio, insistió en que tenía que abrir los ojos y mirar. Puedo decirle que la vista de aquella mano era horrible porque la vi. Había gusanos blancos. Pero después de que ese hombre la mirara, y le advierto que pasó un tiempo hasta que pudo echarle un vistazo de forma natural, no solo clavar la vista en ella, entonces, empezó a cicatrizar.

Hilary escuchaba las palabras de Pierre sin abrir su comprensión al significado que podían guardar. Cuando Pierre terminó, preguntó:

—¿Hay otras posibilidades? Acerca del niño, quiero decir.

—Bueno, solo puede haber ocurrido una cosa más —contestó Pierre—. Hemos oído que los alemanes suelen recoger a algunos niños en todos los países ocupados para criarlos como alemanes. Se los llevan jóvenes, les cambian los nombres y les buscan una familia alemana. Solo se llevan a los niños blancos, claro está, de tipo nórdico. —Hizo una pausa y miró a Hilary inquisitivamente.

—Mi hijo era moreno —dijo Hilary—, al menos cuando nació.

—Los niños cambian mucho —titubeó Pierre—, y Lisa era muy blanca.

Seguidamente, ambos se quedaron en silencio durante un tiempo que se hizo muy largo, en un silencio de relajación y solidaridad. Finalmente, Pierre, que ya parecía un poco menos cansado, se levantó y dijo:

—He estado tanto tiempo pensando en todo esto que me perdonará que, para ahorrar tiempo, le obligue a acatar los planes que ya he trazado. En primer lugar, lo he dispuesto todo para que si me matan, usted se entere, así que si no le llegan noticias, cuando París vuelva a ser nuestro sabrá que estoy buscando al niño. Después le escribiré tan pronto como me sea posible. —Estrechó la mano a Hilary y este, durante el minuto en que la estuvo sosteniendo, encontró consuelo en la desapasionada conmiseración que irradiaba Pierre hacia él. No era en ningún caso el sentimiento hacia Hilary lo que lo había llevado allí, sino el mero hecho de que Hilary estaba accidentalmente incluido en la deuda que Pierre tenía consigo mismo, pero la fuerte simpatía que en ese momento sentían el uno por el otro era algo permanente y reconfortante, algo distinto de las desgarradoras emociones que los habían hermanado.

* * *

Hilary volvió a la antesala y su madre preguntó:

—¿Dónde está tu amigo? ¿No crees que habría sido de buena educación traerlo aquí un instante y presentármelo?

—Tenía prisa —replicó Hilary mientras tomaba un conejo de porcelana verde, lo miraba sin curiosidad y volvía a ponerlo en su sitio.

—Bueno, ¿y qué quería, para tener que andar detrás de ti el día de Navidad? —preguntó su madre con brusquedad.

—Vino a decirme que John está perdido —dijo Hilary con la vista clavada en su madre, temblando por la intensidad del deseo de que esta se convirtiera milagrosamente en una imagen capaz de reconfortarlo, simplemente reconfortarlo.

—¿Quieres decir... muerto? —susurró la señora Wainwright.

Hilary la miró fijamente, inspeccionando su rostro. Entonces respondió desesperanzado:

—Sí, muerto.

SEGUNDA PARTE

LA BÚSQUEDA

CAPÍTULO 2

En 1945, tres años después de que el niño se hubiera perdido, su padre fue a Francia a buscarlo.

* * *

Al salir del aeropuerto, en el desvencijado autobús que había tomado, Hilary se preguntó qué habría sido de aquella extraña excitación, de aquel raro arrebató del corazón que, hasta entonces, siempre había sentido al aterrizar en Francia. Cuántas veces, en los pasados años de exclusión, había añorado Francia —el sol, las carreteras bordeadas de árboles, el inolvidable olor urbano, la brisa suave y dulce— con una añoranza casi carnal por lo intensa. «*De veoir France, que mon cueur amer doit*»,^[1] se repetía como tantas otras veces, pero las palabras habían perdido su magia. Esa no era la Francia que recordaba, el aeropuerto bombardeado, la carretera anónima de las afueras, los camiones del Ejército británico desplegados junto a él. El viajante de comercio con el que había estado charlando en el aeropuerto ya subía al autobús. Estaba claro que le habría gustado sentarse al lado de Hilary para continuar la reconfortante conversación en inglés en ese país extraño, pero Hilary, en una actitud muy misántropa, había cubierto el asiento de al lado con la gabardina y un fardo de libros y periódicos.

—¿Tiene adónde ir cuando lleguemos? —preguntó el hombrecillo mientras se detenía a su lado. Obviamente, esperaba que Hilary despejara el asiento una vez formulada la invitación, pero Hilary respondió con frialdad:

—Creo que me vendrá a buscar un amigo. —Y tomó uno de los periódicos. Estaba dispuesto a empezar de nuevo y, para ello, se negaba a aceptar la más simple forma de contacto con todo lo anterior, de modo que el viajante de comercio, decepcionado, siguió adelante.

«Espero que Pierre esté esperándome», pensó Hilary ansioso. Esa Francia le resultaba desconocida, casi hostil, y se sintió solo y aislado. Recordó las excusas que había puesto cuando llegó la primera carta de Pierre con la sugerencia incierta, casi anhelante, de que Hilary debía venir a verlo a París y escuchar sus sugerencias sobre la búsqueda. Mientras siguiera en el Ejército resultaba imposible obtener un permiso, había mentido en su respuesta. Había enviado los resultados del análisis de sangre que Pierre había considerado que podrían ser útiles, pero no había sido capaz de encontrar la foto suya con cinco años que Pierre le había pedido. Para hacerlo, habría tenido que acudir a su madre, darle explicaciones sobre la mentira que le había dicho, escuchar los reproches, las sugerencias y suposiciones que había querido evitar con su mentira. Había pasado casi un año desde que Pierre le había escrito por primera vez y, ahora, como habían desmovilizado a Hilary durante una semana, su excusa ya no podía sostenerse por

más tiempo. Además, Pierre le había escrito recientemente instándolo a venir cuanto antes, si es que se decidía a hacerlo.

Y es que no deseaba en modo alguno que Pierre supiera de su profundo rechazo a emprender esa búsqueda.

«Ha pasado tanto tiempo desde que el niño se perdió —pensó—. He tenido más de dos años para volverme invulnerable a las emociones. Ahora puedo vivir sin consuelo. Me conformo con vivir en mis recuerdos. Lo único importante ahora es que nadie perturbe mis recuerdos».

«Ojalá hubieran encontrado al niño —pensó—, ojalá estuviera casado con Joyce, y mi vida estuviera asentada, mi conciencia, en calma, y los antiguos encantamientos, muertos por fin. Pero para conseguirlo tengo que matar todos los encantamientos y sufrir la agonía de su muerte, que será la muerte final de la felicidad que Lisa y yo tuvimos juntos. No tengo valor, me repliego ante el dolor de dejar atrás el pasado. Pero Pierre no debe enterarse de todo esto».

Había empezado a llover a rachas sueltas, ligeras, que golpeaban como nubes ruidosas contra la ventanilla del autobús. Hacía frío. Hilary empezó a temblar y deseó que el autobús arrancara. Maldijo las formalidades que los habían retenido tanto tiempo en Le Bourget y los habían obligado a someterse, uno a uno, a la incompetente criba de las autoridades.

Por lo menos ya estaban todos dentro del autobús, que se lanzó a la carretera en dirección a París. Una incierta inquietud lo agitaba a cada paso, a medida que iban apareciendo los recuerdos: el desgastado tablón de anuncios en el campo junto al aeródromo que aún ofrecía «*Baptêmes de l'Air*»; el muro que anunciaba en letras blancas y enormes «*Défense d'afficher*», impasible ante los cambios y las conquistas, amparándose en la Constitución de 1875 como fuente de autoridad; mujeres con vestidos negros, zapatillas negras, pañuelos negros sobre los cabellos sueltos y grises, que arrastraban los pies por el asfalto con una barra de pan bajo el brazo. Sí, todo volvía a resultar familiar hasta que el autobús chirrió una vez pasada la fábrica de bombas, el puente provisional, las locomotoras oxidadas y destruidas, y los ingleses del autobús susurraron entre sí avergonzados:

—¿Usted cree que lo hicimos *nosotros*? —Todos se preguntaron, entonces, si aún podría existir amistad entre destructores y destruidos.

El autobús siguió adelante con su traqueteo a través de las calles estrechas y en ruinas, entre las casas grises devastadas, y pasó frente a las ventanas, abarrotadas en los comercios de paños y desiertas en las carnicerías.

—Sí, me acuerdo de esto —decía Hilary de vez en cuando—, ya casi estamos. —Pero siempre se equivocaba; la extrañeza triunfaba sobre el falso reconocimiento y la expectación constante del final inminente hacía que el viaje y París, esa pequeña y cercana capital, se antojaran interminables.

Ni siquiera cuando finalmente el autobús se detuvo frente a la oficina de la estrecha calle junto al *boulevard* des Italiens pudo reconocer algo con seguridad. Desorientado, descendió junto a los demás en busca de su equipaje, en busca de Pierre; fue conducido con diligencia por los oficiales hacia la oficina, a través de la oficina hacia la última revisión, los últimos controles, la primera oportunidad de volver a hablar francés en Francia para explicar que su dinero consistía en cien libras esterlinas, veinte mil francos según la carta de crédito.

Ahora ya todo había terminado y, finalmente, los oficiales lo dejaron solo con su equipaje en el vestíbulo.

—¿Qué le parece si compartimos un taxi? —murmuró el viajante de comercio mientras

avanzaba furtivamente hacia él con aire servil.

—No sé —replicó Hilary recorriendo con una mirada febril la estancia, las puertas de cristal y, más allá, la calle. En ese momento, una mano se posó en su hombro y una voz dijo su nombre y, por fin, Pierre y él volvieron a encontrarse cara a cara.

—Qué bien que haya venido —dijo Pierre con sinceridad, y Hilary le estrechó la mano y supo, al verlo, que era cierto, que aquel encuentro estaba muy bien. Se había establecido entre ellos una relación por encima de la duda o el análisis, con un aprecio y una afección que no tenía nada que ver con las circunstancias en las que había nacido.

—Tengo un *fiacre* —anunció Pierre—, ¿tiene mucho equipaje?

—No —respondió Hilary—, solo esta maleta. —Y ahora ya podía despedirse amablemente del pequeño viajante de comercio mientras recogía su maleta con cremallera y seguía a Pierre hacia la salida.

Fuera estaba esperando una parodia infinitamente destartada de un coche de punto, con una lona gris hecha jirones a modo de capó sobre el cuerpo ruinoso y rígido, patéticamente flaco, de un caballo cuya cabeza colgaba entre las varas.

—Los taxis de verdad son casi imposibles —dijo Pierre a modo de disculpa mientras descorría la lona para que Hilary entrara y luego lo seguía—. Fue una suerte hacerme con este.

—Qué medio de transporte tan terrible —dijo Hilary, cercado por un extraño olor a crin rancia—. Es como si viajáramos por una carretera ficticia hacia el infierno junto a un cochero espectral.

—Ya verá como, igual que todos los cocheros espectrales, nos cobra una costosa tarifa —dijo Pierre—. Supongo que habrá oído hablar de lo caro que está todo en París.

Hilary asintió e intentó curiosear por debajo de la ondulante lona.

—Acabamos de cruzar la *place* de l'Ópera —dijo Pierre—. He conseguido una habitación en el Louvre. Intenté hacerme con una en el Scribe, que tiene agua caliente de verdad, pero, como usted ya seguramente sabrá, está requisado por la prensa y no pude arreglarlo. Ahora mismo, conseguir una habitación en París es casi imposible.

—¿Dónde vive usted? —preguntó Hilary, y Pierre respondió con vaguedad:

—En ninguna parte, en realidad. Me quedo un día aquí y otro allá, en casas de amigos. —Entonces cruzaron la *place* du Palais Royal y el coche se acercó a la puerta del hotel.

«Es imposible —pensó Hilary mientras cruzaba el vestíbulo, sentía cómo se elevaba dentro del ascensor y caminaba por los pasillos— que esté pisando el mismo suelo que pisaban los invasores alemanes. El recepcionista que tan amablemente me ha dado la *fiche* para rellenar... ¿habrá actuado del mismo modo ante los alemanes, inclinándose sin traza alguna de odio en el rostro, incluso sin odio alguno en su corazón? ¿Es posible que sea a mí, y no al alemán, a quien odie?».

Se precipitó hacia Pierre tan pronto como el botones dejó la maleta en el suelo y cerró la puerta.

—Cada vez que ve a un extraño, ¿no se pregunta qué hizo bajo la ocupación?

—Oh, sí —respondió Pierre de inmediato—, pero ahora ya lo hago de forma automática y no me importa la respuesta. Estoy cansado del modo en que se abusa de la palabra *colaboracionista*; cada uno hizo con los alemanes lo que fue capaz de hacer, y eso ya estaba decidido mucho antes de que ellos llegaran.

Hilary se dirigió hacia la ventana y la empujó para abrirla. Notaba el ambiente de la habitación caliente y sofocante, y descubrió sorprendido que el radiador de la calefacción central estaba ardiendo.

—Diría que me aseguró que no había agua caliente —comentó, y Pierre replicó con sequedad:

—Es un modo muy extraño de gastar el poco combustible que tenemos. Ya verá que el agua del baño sale completamente fría.

—Qué raro —dijo Hilary, y prosiguió—: Pero, al menos, la ocupación mostró a cada uno aquello de lo que era capaz. ¿No cree que fue importante poder averiguarlo?

—No, ¿por qué? Algunos descubrieron que eran mejores de lo que pensaban, y otros, peores —dijo Pierre—. Eso es algo que descubrimos constantemente en nuestro día a día.

—Pero no siempre somos conscientes de ello —discrepó Hilary. Por alguna razón, este punto le resultaba de vital importancia—. Seguro que la ocupación, o la batalla, o algo parecido, le da un sentido ineludible a todo esto, una especie de juicio basado en las adversidades.

—Que usted ansía —concluyó Pierre despacio. Hilary se echó a temblar convulsivamente y se quedó en silencio.

«No es en absoluto como se imagina —pensó Pierre—, las adversidades nunca se presentan como uno espera. Cuando finalmente llegan las que esperamos, no suele haber lugar para la decisión, y las adversidades de la decisión se presentan en muchas otras ocasiones. —Contempló el rostro de Hilary y reparó en la repentina blancura que le rodeaba la boca, y se preguntó—: ¿Será posible que esta búsqueda se haya convertido en la adversidad por la cual va a calibrar su entero juicio sobre sí mismo? Debo averiguar si es así», pensó, y entonces esbozó una sonrisa y preguntó:

—¿Ha comido algo durante el viaje? ¿Tiene mucha hambre?

Hilary también sonrió, pero la suya fue la sonrisa repentina de alivio de un hombre que descubre a un amigo donde temía a un enemigo.

—Muchísima —admitió—, me muero de hambre. ¿Cómo está aquí el asunto del té?

—Té —repitió Pierre. Se llevó las manos a la cabeza con fingido desconcierto—. Me había propuesto ser un buen anfitrión —dijo en tono de lamento—, y nada más llegar ya me deja totalmente confundido. No sé nada acerca del té.

—¿Qué tal si vamos al Rumpelmayer? —sugirió Hilary vacilante y luego añadió—: Me siento la mar de anticuado al decir esto. Seguramente me responderá que una vez conoció a un anciano que recordaba dónde quedaba hace siglos el Rumpelmayer.

—Bueno, vamos a averiguarlo —dijo Pierre decidido.

* * *

En las escaleras del hotel, Pierre declaró:

—Me temo que tendremos que caminar hasta allí, a menos que quiera tomar el metro. De momento solo hay dos autobuses en todo París.

—Tengo ganas de caminar —dijo Hilary. Allí de pie, se dio cuenta de que, poco a poco, París empezaba a intoxicarlo de nuevo—. ¿No ve que aún no puedo creerme que esto sea verdad? —añadió—. Estoy en París otra vez y huele igual. Venga, vamos a caminar.

Empezaron a descender por la *rue* Saint Honoré, ahora con Hilary presuroso, tomando la

delantera.

—Qué extraño —dijo un rato después—, todo parece haberse plegado en mi memoria. Pensaba que conocía esta calle a la perfección, y resulta que todo está cuatro veces más lejos de lo que imaginaba. Esperaba que a estas alturas ya hubiéramos llegado a la *rue* Royale, y ni siquiera estamos en *place* Vendôme. ¿Alguna vez ha tenido esa sensación?

—No —respondió Pierre—. Cuando estaba en Argel, solíamos jugar a un juego por las noches. Fingíamos pasear por el *boul'* Mich' y nos retábamos a ver quién era capaz de recordar con más precisión cada tienda, cada callejuela. O empezábamos a recitar las estaciones de metro. —Hablaba ahora con una voz que Hilary asoció instintivamente con la de aquella noche en casa de su madre, y miró a Pierre con aspereza para darse cuenta, justo en aquel momento, de lo mucho que este había cambiado. La fatiga, la languidez y la miseria constante que por entonces flotaban sobre él se habían disipado por completo. Incluso su voz parecía alterada. Solo entonces, al oír una voz que era la misma que recordaba, se dio cuenta de que tenía enfrente a otro hombre, un hombre fuerte y seguro de sí mismo y, probablemente, pensó Hilary desconcertado, un hombre feliz.

—Por aquí —indicó Pierre mientras doblaban hacia la *rue* de Rivoli, y ahí, tal y como recordaba Hilary, estaba el Rumpelmayer.

—Ya ve —dijo Pierre con fingida desesperación—, siempre son los extranjeros quienes enseñan a uno su propia ciudad. —Y empujaron la puerta para entrar.

* * *

La camarera les trajo la comida: té sin leche ni azúcar, unas cuantas tostadas secas y un plato de mermelada de un color rosado muy poco natural. Hilary y Pierre intercambiaron una sonrisa. En esas trivialidades, la simpatía que se profesaban mutuamente bastaba para obviar la necesidad de disculparse, uno por lo mala que era la comida en Francia y el otro porque en Inglaterra era mucho mejor. En la calidez engendrada por aquella sonrisa, Hilary osó preguntar:

¿Y bien? —Y después añadir, en el silencio que siguió a su pregunta—: ¿Qué es lo que tiene que explicarme?

Pierre dijo muy despacio, casi con desgana:

—He encontrado a un niño que creo que puede ser el suyo.

—¿Dónde está? —preguntó Hilary con aspereza. La pregunta no surgió de un pensamiento consciente, sino que más bien estalló desde la tirantez, y no le ofrecía significado alguno.

—Deje que se lo explique —dijo Pierre—. Volví del Norte de África hace unos nueve meses. —Empezó, y acto seguido se detuvo y pasó por alto ese comienzo que podía haber trazado la introducción de una detallada epopeya para soltar abruptamente—: Hay una mujer que sabe más que nadie sobre este asunto. Cuando acabemos el té, quiero que vayamos a verla.

—Pero... escuche —protestó Hilary—, tiene que contarme algo más antes de llevarme a rastras a ver a esa mujer. Quiero decir, no es... —Y él también se detuvo. *Injusto* era la palabra que tenía en mente, pero resultaba a todas luces demasiado infantil para lanzarla. Miró a Pierre y en el acto se dio cuenta, con una repentina lástima, de que Pierre estaba rígido de aprensión. No se le ocurrió pensar que la aprensión que sentía podía ser por él, por el modo en que iba a recibir la historia. Durante un momento se preguntó si iría a escuchar algo terriblemente insoportable, pero

fue solo un momento, y enseguida rogó con una suavidad directamente surgida de su afecto por Pierre—: Por favor, cuéntemelo todo.

La inconsciente relajación de Hilary facilitó las cosas a Pierre, que ahora encendía un cigarrillo, exhalaba el humo lentamente por la nariz y comentaba con aire casi distraído:

—¿Se acuerda de lo que le conté acerca de la portera de Jeanne, la que me dijo que aquella mañana el cura de la esquina de la *rue* du Vaisseau podía haberse llevado al niño?

Hilary asintió.

—Entonces no quiso decirme nada más —prosiguió Pierre—. Se veía claramente que estaba muerta de miedo por haber hablado de más. Pero cuando empecé a buscar al niño, ella fue, claro está, una de las primeras personas cuya pista empecé a seguir. —Suspiró—. Parece como si todo en esta búsqueda estuviera sujeto a una maldición —exclamó con vehemencia, olvidando toda consideración hacia Hilary. Luego prosiguió en un tono deliberadamente desprovisto de emoción—: La maldita portera se había ido a vivir con unos parientes a Puy-de-Dôme, y pasó mucho tiempo hasta que pude encontrarle la pista. Mientras tanto, probé con un montón de cosas —organizaciones de esto y lo otro—, pero ninguna de ellas parecía llevarme a algo mínimamente útil. —Hizo una pausa, pensando sombríamente en algunos de aquellos rastros inútiles.

—Pero... ¿y la portera? —apuntó Hilary.

—Como la guerra ya había acabado, estaba perfectamente dispuesta a hablar. Era una mujer de buen corazón. Yo ya lo sabía porque Jeanne solía decirlo. El problema era que no sabía gran cosa. Parece que el cura en cuestión había ido a visitar a Jeanne un par de veces al *appartement* y una vez, al salir, una compañera con la que estaba cotilleando le dijo que el hombre trabajaba en la clandestinidad, ocultando niños judíos a la Gestapo. Y de un modo u otro, porque claro, nadie le había dicho nada al respecto, cuando vio a Jeanne salir con el niño se le ocurrió que lo estaba llevando a casa del cura para esconderlo.

—Me pregunto si esa idea acerca del cura y los niños judíos se le ocurrió, eh, porque mi hijo era moreno —dijo Hilary pensativo—. Seguramente no habría pensado lo mismo si hubiera visto a Jeanne con un niño rubio de ojos azules, ¿no cree?

—Es posible —concedió Pierre—, pero, por supuesto, ella sabía o sospechaba que Jeanne estaba trabajando para la Resistencia, y la gente que se dedicaba a eso no acogía niños en su casa por diversión. El hecho de que Jeanne tuviera a uno, ya fuera rubio o moreno, implicaba que ese niño era clandestino, lo cual ya habría sido suficiente para que se le ocurriera la idea del cura.

—Quizá —admitió Hilary. Por primera vez empezó a intentar imaginar conscientemente la cara de su hijo desconocido, pero no alcanzó a ver más que un óvalo en blanco bajo uno de esos gorros grises de fieltro que los niños ingleses se ponían en la playa—. Supongo que, después de eso, fue a ver al cura.

—El cura estaba muerto —dijo Pierre con voz monótona—. Ahí volví a toparme con la mala suerte. Murió unas tres semanas después de que detuvieran a Jeanne. No —dijo en respuesta a las interrogadoras cejas de Hilary—, parece que no hubo nada siniestro en su muerte. Era un hombre muy mayor y murió en paz mientras dormía, de pura vejez.

—Seguro que fue un final pacífico pero condenadamente inoportuno —observó Hilary.

—Me costó muchísimo encontrar alguna pista sobre él —dijo Pierre—. Llevaba unos veinte años retirado de la actividad pública —parece que tenía una pequeña renta— y vivía solo en una pequeña casa destartalada preparando un estudio especializado sobre algún aspecto menor de la doctrina. De todo esto me fui enterando gracias a lo que me dijeron los vecinos y el médico que lo

atendió. Pero al parecer no había ninguna evidencia que lo relacionara con la historia de los niños escondidos de la Gestapo. Eso sí —añadió Pierre como si juzgara una obra según los cánones más estrictamente profesionales—, si de verdad *acogió* a esos niños, no *debería* haber ninguna evidencia de ello. Si la hubiera, es que fue un maldito inútil.

—¿No tenía una sirvienta o algo parecido? —preguntó Hilary intentando colaborar.

—No —replicó Pierre—, ninguna. Había una chica medio chalada que iba un par de horas al día. Estuve con ella, pero me ayudó bien poco; de hecho, era prácticamente retrasada. Como solo iba allí por las mañanas, no sabía nada de nadie que pudiera llamar a otras horas. Lo único que pudo asegurarme fue que nunca había visto un niño en aquella casa. —Dirigió a Hilary una gran sonrisa triunfal para presentarle el valle enclavado entre montañas, rodeado de rocas supuestamente inexpugnables que, sin embargo, para el guía entrenado no revelan sino el paso al valle siguiente.

Hilary encontraba la historia tan absorbente como cualquier otra que los viajeros de la guerra le habían contado a él, que se había quedado en casa.

—¿Y qué hizo después? —preguntó con un interés real pero impersonal, resuelto a oír cómo había descubierto el camino, cómo había traspasado el muro de rocas.

—Estuve un tiempo merodeando por la *rue* du Vaisseau, intentando hablar con cualquiera —el cartero, el dependiente de la papelería, el dueño del café— que pudiera decirme algo acerca de los contactos del anciano. A primera vista, no tenía ninguno. No había nada que pudiera relacionarlo con la historia que me había contado la portera de Jeanne. Aun así, fue justamente eso lo que me hizo persistir, lo que me convenció de que, fuera de toda lógica, ese hombre no solo estaba realizando un trabajo clandestino, sino que, además, lo hacía de un modo verdaderamente eficiente.

»Un día, cuando estaba tomando algo en el café de enfrente de la casa del sacerdote, la mujer del *patron* se me acercó y me dijo que *madame* Thillot, la dueña de la frutería de al lado, sabía algo que quizá pudiera interesarme. Por supuesto, yo le había contado a todo el mundo lo que estaba buscando. No quería que nadie me mirara de un modo suspicaz u hostil y, de hecho, como ya se puede imaginar, todos se portaron muy bien conmigo y se desvivieron por ayudarme.

Aquello resultó desagradable para Hilary. No podía contemplar aquella agonía esotérica de convertirse en objeto de vulgar conmiseración. Pierre notó un cierto rechazo, una sutil retirada, y prosiguió con tranquilidad:

—Hay que dar las gracias a *madame* Thillot porque fue la única que me sugirió algo constructivo. Me dijo que fuera a hablar con *madame* Quillebœuf, que vivía en el *impasse* de la Pompe.

—¿Quién era? —preguntó Hilary.

Pero Pierre había señalado el camino a seguir. No iba a revelar, hasta el momento preciso, la ruta que serpenteaba entre las cumbres cubiertas de nubes.

—*Madame* Quillebœuf es la mujer a quien vamos a ir a ver —respondió—. Quiero llevarlo sin decirle nada sobre ella. Quiero que escuche su historia sin prejuicios de ninguna clase. Nos está esperando. Cuando se acabe el té, nos vamos.

—Estoy listo —dijo Hilary. Deseaba con desesperación que Pierre apurara la historia, la dejara completamente vacía, filtrada para él a través del entendimiento de su amigo. Temía la irrevocable progresión que este había planeado con vistas al momento en que, finalmente, él mismo tuviera que tomar una decisión.

CAPÍTULO 3

Cuando ya habían salido del Rumpelmayer, Hilary preguntó:

¿Está demasiado lejos para ir andando?

—No, si no le importa andar —respondió Pierre dubitativo, y Hilary replicó:

Al contrario. Olvida que me he pasado cinco años encerrado en una oficina mientras ustedes, queridos colegas, han estado pisando fuerte por todo el mundo. Además —añadió en un impulso—, soy un verdadero hombre de campo.

—No es posible—dijo Pierre—. ¿De verdad se crio en el campo?

—Bueno, en realidad, no —admitió Hilary—, pero mi tío, el hermano de mi padre, tenía una granja de trescientas hectáreas en Gloucestershire, y cuando él y mi tía conseguían convencer a mi madre para que me dejara ir, me quedaba con ellos un tiempo. Mi tío murió cuando me fui de Oxford y me legó la granja. Yo la alquilé, por supuesto, y vaya si estoy feliz con la renta que me da. Eso me permite escoger los trabajos según su interés, como la edición literaria que acabo de emprender, por la que me pagan una nimiedad. Pero Lisa y yo siempre tuvimos la intención de quedarnos a vivir en la granja algún día.

—Ah —dijo Pierre, como si hubiera comprendido de repente—, ahora lo entiendo.

—¿El qué? —preguntó Hilary.

—Leí uno de sus libros cuando estaba en El Cairo —respondió Pierre mientras seguía dando zancadas por la acera.

—¿Cuál? —preguntó Hilary, tal y como siempre debe hacer un escritor.

—Se titulaba *La perla de Oriente* —respondió Pierre, con una terrible pronunciación inglesa—. Le advierto que no soy en absoluto un literato, como usted. Nunca leo poesía francesa, y no digamos inglesa. Pero vi ese libro en una tienda y, como sabía que algún día tendría que ir a visitarlo, sentí una gran curiosidad. Si le digo la verdad, fue el único libro de poesía moderna que me ha gustado en toda mi vida.

—¿Por qué? —preguntó Hilary bruscamente.

—Era tan alegre... —dijo Pierre—. Me gusta imaginar el paisaje inglés tal y como lo describe en el libro. No puedo imaginar nada más placentero que disfrutar del paisaje inglés con la mujer que uno ama. Conseguía que el amor moderno pareciera un idilio de la Arcadia, en vez del asunto urbano en el que suele consistir.

—Escribí ese libro en la primavera de 1939 —respondió Hilary violento—. Entonces era muy joven —reflexionó con amargo asombro sobre la imaginación de aquel hombre más joven que él que había conseguido fundir el amor del que disfrutaba por entonces con un paisaje que aún no

había hecho realmente suyo. «Incluso mi poética amorosa —pensó— estaba más fundada en una ilusión que en la vida real que Lisa y yo llevábamos juntos».

Pierre estaba diciendo:

—Cuando leí ese libro, naturalmente, me formé una imagen de usted en mi cabeza. Pensé que sería de hombros anchos y no tan delgado, rubio en vez de moreno, rubicundo en vez de blanco, y feliz... Quiero decir, con capacidad para ser feliz. —Se detuvo, consternado por lo que había dicho.

Siguieron caminando en silencio porque también Hilary estaba consternado por el comentario de Pierre. Tener la capacidad de ser feliz suponía, presuntamente, ser capaz de contemplar un futuro en el que cupiera la felicidad. Pero Pierre lo veía como el opuesto a esa capacidad. ¿Significaba eso que él solo contemplaba el pasado, que el futuro no era más que un tiempo que debía atravesar, que lo arrastraba cada vez más lejos de la única felicidad que conocía o conocería nunca? ¿O quizá solo podía contemplar el futuro mediante la capacidad de sentirse desgraciado?

«Supongamos que realmente encontramos al niño —pensó aterrado—. ¿Acaso no me daría eso una nueva oportunidad para sentirme feliz?». De pronto, su mente se vio inundada por los dos primeros versos de un poema. Los repitió una y otra vez con una gran satisfacción, comprobando el sonido de cada palabra, el acento en cada sílaba. Habían cruzado el río y andaba buscando el tercer verso, y el cuarto, cuando cayó en la cuenta de que ese poema mostraba una orgullosa resignación.

—El primer poema del libro era muy diferente de los otros, ¿verdad? —dijo Pierre—. Ya sé que es el único sobre Francia, quizá por eso lo pensé. ¿Qué tenía en mente cuando lo escribió?

—Cassis —replicó Hilary, y luego añadió—: Ahí fue donde conocí a Lisa. —Y ambos se sumieron en un nuevo silencio mientras seguían avanzando por el *boulevard* Saint-Germain. Pero la alusión de Pierre al único poema de su libro totalmente basado en su experiencia había devuelto a Hilary sigilosamente a la remembranza. «Sé que no es el recuerdo, sino la anticipación, lo que debería sentir ahora mismo —pensó, pero de nuevo se dijo—: No, hoy no, ya pensaré en esas cosas más tarde, dentro de un tiempo. Por ahora debo seguir anestesiándome con recuerdos felices», y dejó que su mente regresara a aquella primavera en Cassis en la que conoció a Lisa.

* * *

Fue Thomas quien lo llevó a Cassis. Fue Thomas quien lo convenció, al volver de Oxford, de que un año en París ampliaría sus aptitudes literarias hasta límites insospechados. Así que ambos acabaron alquilando un estudio encima de una casa en ruinas en Île de la Cité. Thomas escribía de vez en cuando críticas de arte para unos pocos y selectos periódicos ingleses, y Hilary publicaba poemas que no dejaban de incrementar la precoz reputación que ya se había creado en Oxford. Pero el principal interés y objetivo de aquellos días era hacer nuevos contactos, y gracias a un nuevo contacto de Thomas, Hilary se encontraba en Cassis aquella primavera de 1938.

Vivían con un escultor ruso en una casa junto al Mediterráneo, y fue él quien presentó a Hilary y Lisa, quien estaba pasando unas decorosas vacaciones junto a sus dos tías, *mademoiselle* Doria y *mademoiselle* Nita, en el hotel más respetable de todo Cassis.

Tanto Hilary como Lisa se enamoraron al verse por primera vez. Ninguno de los dos tuvo la menor duda de que debían casarse y pasar juntos el resto de sus vidas.

No hubo dificultades por el camino. *Mademoiselle* Doria y *mademoiselle* Nita estaban encantadas de que Lisa se casara con un inglés. En los tiempos de su juventud, en Polonia, un joven caballero inglés era lo más elegante que una se podía imaginar, y ese era, por entonces, un papel que Hilary estaba más que dispuesto a desempeñar, de modo que ambas partes se profesaban una mutua fascinación. *Mesdemoiselles* Vorotsky eran las únicas tutoras de Lisa y las únicas parientes cercanas que tenía. Sus padres habían muerto cuando intentaban, de forma muy imprudente, completar un recorrido de visitas por las mansiones rusas en 1917, y las tías de Lisa habían conseguido llevar a la niña a París, donde habían vivido las tres desde entonces.

Así que, en el otoño de 1938, Hilary y Lisa se casaron en el consulado británico de París. *Mesdemoiselles* Vorotsky, rebosantes de un pletórico entusiasmo, se marcharon de inmediato a vivir con la prima Elena de Río de Janeiro.

—¿Se van y nos dejan emprender solos nuestra vida de casados porque quieren ser discretas? —había preguntado Hilary a Lisa—. Parece tan extraño que se vayan así, tan felices, cuando es evidente que te adoran... —Y Lisa había respondido:

—No, me adoraban cuando tenían que cuidar de mí, pero nunca les ha interesado que nadie las cuide a ellas. La prima Elena acaba de perder a su marido y tiene cataratas.

Así fue como las tías de Lisa se desvanecieron de sus vidas, desaparecieron tan completamente que Hilary nunca pensó siquiera en escribirles para decirles que Lisa también estaba perdida, y de manera irrevocable.

* * *

Ninguna posible interpretación de las indicaciones, por mucho cuidado que hubiera puesto en recibirlas, habría permitido a Hilary encontrar el *impasse* de la Pompe por sí mismo. Después de pasar Saint Sulpice, Pierre lo había conducido a través de un entramado de calles estrechas hasta que, finalmente, llegaron a un pasaje empedrado por el que apenas cabían dos hombres juntos. Anduvieron así, entre dos muros altos, durante unos cincuenta metros hasta que se toparon repentinamente con un muro alto donde moría la calle. Al parecer, no había puertas en los muros y, al otro lado, solo podían divisarse unos cuantos árboles desnudos.

—Qué lugar tan extraordinario —dijo Hilary, de pie en la entrada, mirando la hierba que crecía entre los adoquines—. Esto no es París, es un ruinoso pueblo alejado de todas las *routes nationales*. —Y añadió en una especie de deleite—: Es un sitio espléndidamente romántico para emprender una nueva búsqueda.

—¿Verdad que sí? —concedió Pierre, con la gratitud que se siente al ver que los amigos aprecian los descubrimientos que uno ha hecho antes que ellos—. De hecho, estamos entre los jardines de un grupo de casas de las calles aledañas. Originalmente, todas eran casas de aristócratas ricos, y algunas todavía lo son, pero el resto se han convertido en oficinas de editoriales y cosas así; incluso hay una yasería.

—Pero ¿dónde está la casa de *madame* Quillebœuf? —preguntó Hilary con fingida seriedad.

—Ahora lo verá —respondió Pierre, y lo condujo callejón abajo.

Al final de todo, el callejón se ensanchaba en una pequeña *place* de poco más de dos metros de diámetro. En uno de los lados, una ruinoso tubería emergía de los adoquines, como reliquia última de la bomba de agua que había dado nombre a la calle. Al otro lado del muro se alzaba,

invisible hasta tenerla justo delante, una puerta de hierro negro forjado respaldada por una plancha de hierro oxidado.

—Por aquí —dijo Pierre, y tomó la delantera.

Se detuvieron frente al pequeño buzón rectangular de una casa de paredes estucadas. La puerta se encontraba en el centro exacto de la fachada, flanqueada por dos ventanas en arco de proporciones sorprendentemente bellas. No había más ventanas. El estucado desconchado y sucio en el que estaba encajado el pequeño buzón se había cubierto alguna vez con una delicada celosía de madera verde, pero esta se había ido cayendo y por todas partes colgaban astillas que, una vez caídas, se amontonaban en el suelo. Dos gallinas pardas y escuálidas picoteaban en el umbral.

Hilary contemplaba la escena encantado.

—¿Es esto un... —brindó la primera palabra que le vino a la mente—, un pabellón?

—Correcto —respondió Pierre, feliz al ver la satisfacción de Hilary—. Originalmente, este era el pabellón del jardín de la casa que ahora, como ya le he dicho, es una yasería. El yesero se lo alquiló a *madame* Quillebœuf porque no le daba uso. Venga, vamos a conocerla.

Anduvieron por el pequeño sendero, bordeado aún por unos deteriorados restos de conchas de mar, y Pierre llamó a la puerta.

Al momento, abrió una mujer mayor tan alta y ancha de hombros que Hilary se quedó mirándola impresionado. Era evidente que se trataba de una mujer de campo, no de una parisina. El rostro fino y tostado estaba surcado de profundas arrugas pardas. Los pies, envueltos en zapatillas, permanecían, anchos y firmes, en el zaguán, preparados para impedir la entrada a cualquier visitante indeseado. Pero al ver a Pierre, la nariz aguileña y el mentón alzado se le juntaron en una ancha sonrisa, y dijo con voz ronca:

—¡*Monsieur*, ha venido con su amigo! Entren. —Se hizo a un lado para dejarles pasar y después cerró la puerta rápidamente.

Parecía que el pabellón entero consistía únicamente en la habitación en la que se hallaban. La estancia ya no resultaba acogedora; las paredes estaban empapeladas en marrón con una cenefa cubista muy exagerada y el escaso mobiliario que había era pesado y oscuro, recargado con adornos baratos. Al fondo de la habitación, un rincón quedaba separado del resto por una especie de colcha blanca y andrajosa. Todo el ambiente desprendía un olor húmedo y desagradable que Hilary reconoció sin llegar a identificar. *Madame* Quillebœuf sacó dos sillas tapizadas de felpa con relieves verdes y las dispuso alrededor de una mesita de poca monta para Hilary y Pierre y, acto seguido, se colocó frente a ambos con las manos ligeramente apretadas sobre el delantal de satén negro.

—Me pregunto —empezó Pierre con una voz que Hilary no había oído antes, una voz lenta, persuasiva y paciente—, me pregunto, *madame*, si podría empezar por contar a mi amigo cómo llegó a conocer al cura.

Hilary lanzó a Pierre una mirada inquisitiva, como para preguntarle si era realmente necesario, y Pierre le dirigió un ademán casi imperceptible de afirmación. «Estoy acostumbrado a hacer preguntas», había dicho Pierre en Londres. Quizá sabía que a *madame* Quillebœuf le sería más fácil relatar su historia si empezaba por algo que le resultara sencillo y real.

—Pronto hará cincuenta años que lo conocí —empezó a contar—. Yo estaba recién casada y mi marido, por entonces, trabajaba como jardinero para *monsieur le Vicomte*. El cura vino al pueblo casi al mismo tiempo que *monsieur le Vicomte* perdiera toda su fortuna. Así que mi marido empezó a trabajar para *monsieur* Badouin, el granjero, y nos fuimos a vivir a la casa del cura.

Durante veinticinco años fui su ama de llaves y mi marido, por las tardes, le cuidaba un poco el jardín.

—Explíqueme a *monsieur* por qué vino a París —rogó Pierre con la misma voz suave y persuasiva.

—Bueno, mi marido tuvo un problema —dijo *madame* Quillebœuf—. Fue justo después de que el cura se jubilara para venir a París, y el director de la escuela le escribió una carta de mi parte para pedirle consejo. Fue siempre muy amable, *monsieur le curé*. Supo de esta pequeña casa, que es tan barata, *messieurs*, es increíble, y nos sugirió que viniéramos, y yo podría ganar dinero lavando y cosiendo. Y nos las arreglamos bastante bien, *messieurs*, aunque desde hace unos años tengo las manos demasiado deterioradas para la costura y solo me dedico a lavar, y con lo que han subido los precios, ya me entienden, no saco gran cosa. Pero sigo estando mejor que en Normandía, de donde es mi marido, porque allí las mujeres se lavan su ropa, no como estas parisinas. —Pronunció las últimas palabras con un semblante de malicioso desdén y echó una rápida mirada a Hilary, como si quisiera comprobar si podía reírse con ella.

«Así que este olor extraño y desagradable —pensó Hilary— proviene de las interminables coladas que llevan sucediéndose, una detrás de otra, durante años y años». Sintió curiosidad por saber qué problema tendría el marido, pero no se atrevió a preguntar. Era un alivio dejar a Pierre el interrogatorio que, en un momento dado, le revelaría algo sobre su hijo. Pero quería estar atento al ambiente que Pierre, según le daba a entender, pretendía crear, así que para responder a la mirada de *madame* Quillebœuf, torció el gesto en lo que percibió como una sonrisa completamente artificial.

Pero Pierre parecía satisfecho, porque también estaba reproduciendo el malicioso regocijo de la *madame* Quillebœuf.

—Sus coladas resultaron de gran utilidad para muchos parisinos durante la ocupación —dijo en medio de una profusión de significativas insinuaciones.

—Pues sí —convino *madame* Quillebœuf—, sí que lo fueron. —Y puso las palmas de las manos sobre las rodillas mientras se inclinaba hacia delante y soltaba una vehemente carcajada, encantada con la broma compartida.

—Pero *monsieur* no sabe nada de eso —dijo Pierre, volviéndose hacia Hilary como si acabara de recordar que seguía ahí—. ¿Por qué no le cuenta lo que hacía con la colada durante la ocupación, *madame*?

—Desde que llegué a París, siempre le lavaba la ropa a *monsieur le curé* —dijo *madame* Quillebœuf—. Él no podía pagarme nada, por supuesto, pero me daba muy poco trabajo, y hay que ser agradecida. Cada semana iba a su casa con el cesto, después de haber llamado al resto de mis clientes de los alrededores de la *rue* du Vaisseau, y él siempre me esperaba con un vaso de vino y unas palabras cariñosas sobre mi marido. Entonces yo le recogía la ropa, la metía en el cesto y me despedía hasta la semana siguiente.

»Bueno, *messieurs*, y así fue durante años y años. Puntual como un reloj, cada martes a las cinco, a veces un poco antes, a veces un poco después, yo llegaba a casa del cura con mi enorme cesto. Entonces un martes, justo después de que los alemanes llegaran a París, *monsieur le curé* me esperó con otra clase de ropa.

Se detuvo para mirar inquisitivamente a Pierre con un amago de sonrisa, y él, como respuesta, lanzó una franca y alentadora carcajada.

Por primera vez, *madame* Quillebœuf se dirigió directamente a Hilary.

—No se creará, *monsieur*, qué clase de ropa me tenía preparada *monsieur le curé* aquel martes. —Hilary comprendió que el empujoncito que necesitaba aquella anciana pasaba por confirmar que su audiencia se mostraba receptiva, así que sacudió la cabeza con una expresión de genuino desconcierto—. Era un niño pequeño —dijo *madame* Quillebœuf con gesto triunfal—, un niño pequeño con una camisola blanca con un lazo, profundamente dormido dentro del armario grande que había debajo de la estantería.

Sobresaltado, Hilary miró rápidamente a Pierre, que hizo un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—Espere —dijo con los labios, mientras su rostro asumía una expresión de embelesada incredulidad que exigía la dramática pausa de la narradora.

—Sí, eso fue lo que vi —dijo ella, satisfecha—. Un niño pequeño con rizos dorados, de unos dos años, que parecía un angelito allí dormido. «*Madame* —me dijo *monsieur*—, si usted y yo no salvamos a este niño, esos malditos demonios van a matarlo». —Y yo le dije: «De ninguna manera, *mon père*. Nadie, ni siquiera los alemanes, van a matar a un niño como este». Porque esto pasó a los pocos días de que llegaran, y nadie sabía entonces lo que eran capaces de hacer. Pero *monsieur le curé* me aseguró con firmeza que realmente matarían al niño si lo atrapaban, porque su padre era un buen hombre, y al final dije: «Bueno, *mon père*, ¿y qué puedo hacer yo para salvarlo?». «Puede llevarlo a su casa metido entre la ropa —dijo *monsieur le curé*—, y mantenerlo a salvo hasta que pueda mandar a alguien a buscarlo». ¿Y si se despierta por el camino y empieza a chillar como un mamoncete?», pregunté. «Le he dado algo para que duerma hasta medianoche», dijo *monsieur le curé*. «¿Y si esos cerdos vienen a mi casa para ver si lo tengo escondido?», pregunté. «Entonces, diga que en su casa viven usted, su marido y el hijo de su hijo viudo de Argelia», dijo *monsieur le curé*, porque sabía que nuestro querido Isidor, que lleva muerto quince años, fue conductor de autobús de la Compañía General Transatlántica de allí. —Se detuvo para tomar aliento.

—Fue muy práctica al pensar en todas las dificultades que podría encontrarse antes de actuar —dijo Pierre en voz baja.

—Yo, por encima de todo, soy muy práctica —confirmó *madame* Quillebœuf con verdadero orgullo—, práctica y discreta, y por eso *monsieur le curé* me eligió para ese trabajo tan difícil y peligroso.

»Bueno —prosiguió—, entonces llevé al niño a mi casa y estuvo tres días con nosotros, sin otra cosa puesta que la camisola blanca, porque yo no tenía nada que ponerle. Pero *monsieur le curé* era un hombre extraordinario y pensó en todo. El tercer día por la tarde (y así llegamos, déjeme pensar, al jueves), un joven llamó a la puerta justo después de anochecer. «*Madame* —me dice—, he venido a ver si puede lavar la ropa de mi suegra». Y ¿saben, *messieurs*? Eso era justo lo que *monsieur le curé* me dijo que diría. Entonces yo tenía que responder: «¿Y dónde vive su suegra?». Y así lo dije, y él contestó como debía: «Aquí cerca, a cinco minutos del orfanato de Auteil». Cada vez que alguien venía a por los niños —porque no siempre era el mismo hombre—, decía esas mismas palabras. Entonces ese joven se sacó del abrigo unos pantalones, una camisa y unos zapatitos, y se lo pusimos todo al niño y le dijimos que iba a ir con su mamá, y se fue más contento que unas pascuas.

—¿Se iba con su madre? —preguntó Hilary.

—Qué va —dijo *madame*—. A su madre ya la habían matado. Se lo dijimos solo para que se quedara calladito por el camino.

—Bien pensado —se apresuró a decir Pierre, frunciendo el ceño al ver el semblante de indignada desaprobación de Hilary.

—Eso era lo que siempre les decíamos cuando los pasaban a buscar —dijo *madame* complacida—. Siempre se quedaban calladitos y quietos cuando les decíamos que iban a ver a mamá.

—¿Y *adónde* iban? —preguntó Hilary.

—No lo sé —dijo *madame* categóricamente—, y nunca lo pregunté. Cuanto menos supiera una de los asuntos de los demás, mejor. Era de esperar que fueran a buenas casas católicas, porque muchos de los que venían en el cesto eran pequeños judíos.

«Qué mujer tan atroz», pensó Hilary con renuente admiración. Nada le resultaba más difícil que valorar un carácter cuyos atributos para el bien y el mal fueran igual de evidentes; concedía, aunque un poco a regañadientes, que el bien podía tener pequeños vicios y el mal, virtudes menores, y su incapacidad para establecer su propia personalidad a un lado u otro de esta postura moral le producía un constante desconcierto.

Pierre estaba diciendo:

—A *monsieur* le gustaría escuchar la historia del último niño.

Hilary contuvo el aliento bruscamente y esperó.

—Ah —dijo *madame* con voz queda e infinita ternura—, mi pequeño Boubou.

Hilary preguntó rápidamente:

—¿Cómo se llamaba?

—Así lo llamaba yo —dijo *madame*—. Nunca supe su verdadero nombre porque nadie me lo dijo. Yo llamaba Boubou a mi Isidor cuando era un bichito.

«No puede estar hablando de mi hijo —se dijo Hilary—. Ningún hijo mío le podría haber recordado al granadero de su Isidor». No reparó en que, por primera vez, sentía que su hijo desconocido no era un símbolo, sino una persona a la que debía proteger de las potenciales y hostiles críticas.

—Dígale a *monsieur* cómo llegó Boubou hasta usted —rogó Pierre.

—Pues vino igual que los demás —dijo *madame*—, metido en un gran cesto de ropa para lavar y dormido como un tronco. No había ninguna diferencia. Yo lo traje a casa, como a los otros, y cuando se despertó por la mañana preguntó: «¿Dónde está mamá?». Exactamente igual que los demás, y yo le dije que mamá iba a venir a buscarlo enseguida, lo mismo que les decía a los otros, y se portó fenomenal. Se sentó muy quietecito y estuvo mirando a mi marido durante horas.

—¿Por qué? —saltó Hilary con incontenible curiosidad.

—Mire usted mismo, *monsieur* —dijo *madame*, y se dirigió a grandes pasos hasta la colcha blanca que colgaba en el rincón para recorrerla de un tirón.

Detrás de ella yacía un anciano en un ancho bastidor de latón. Tenía el cabello y la barba blancos, la piel de un tono grotescamente blancuzco y los ojos contemplaban ausentes una distancia indefinible. Yacía completamente quieto. Nada en él se movía salvo una gran burbuja de saliva que, mientras todos lo observaban, se le iba formando en la comisura de los labios, hasta que empezó a caerle la saliva por el mentón y a formarse una nueva burbuja.

—Sí, se quedaba ahí sentado en la cama a su lado, mirándolo sin moverse —dijo *madame* con una voz llena de un orgullo que parecía dividirse a partes iguales entre su marido y el niño.

Hilary sintió una náusea. La visión de aquel rostro flácido le causaba repugnancia.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó.

—Cuatro años —respondió *madame* impasible mientras dejaba caer la colcha. Regresaron a sus sillas—. Antes solo tenía paralizado un lado. No podía cavar ni nada de eso, claro, pero podía hacer pequeñas tareas de la casa, dar de comer a las gallinas y esas cosas. Pero desde que tuvo la última apoplejía, así está, como lo ven. No hay nada que pueda hacerse por él, más que darle de comer y mantenerlo limpio.

Hilary sintió como la náusea le crecía al imaginar esas labores. La encantadora casita escondida se le antojaba ahora fétida y asquerosa, y sintió ganas de abandonarla y con ella, todo el asunto que lo había llevado hasta allí. La náusea era tan física que tuvo que controlar una arcada y mirar fijamente a Pierre con desesperación, quien en ese momento estaba diciendo de un modo bastante despreocupado:

—Qué suerte que el pequeño Boubou se divirtiera tan fácilmente... puesto que lo tuvo aquí tanto tiempo.

—¡Eso de verdad que no me lo esperaba! —exclamó *madame* con dramatismo—. Siempre pasaban a buscar a los niños antes de una semana, a veces incluso la misma noche, a veces tardaban tres o cuatro días, pero siempre antes del martes siguiente. Yo no sabía qué pensar.

—Entonces, el martes siguiente —que era justo antes de Navidad—, salgo con mi cesto a la *rue du Vaisseau* y me dicen que *monsieur le curé* ha muerto. Fue mientras dormía, justo el día después de llevarme al pequeño Boubou. Pues nada, no sabía qué hacer. Volví a casa con el cesto y esperé a que alguien llamara a la puerta y me preguntara si podía lavar la ropa de su suegra.

»Pues, *messieurs*, pasaron dos semanas, tres semanas, un mes y nadie aparecía, y yo me iba encariñando cada vez más con el niño. Le dije que era su abuela y que lo estaba cuidando mientras mamá estaba fuera, y él me llamaba *grandmaman*. Yo solía imaginarme incluso que era el verdadero hijo de mi Isidor —que nunca, bien sabe Dios, se llegó a casar— y tenía esperanzas de que nadie llamara nunca a la puerta.

Se detuvo un momento para secarse con la punta del delantal negro las lágrimas que le brotaban de los ojos rojos y cansados.

—Supongo que el hombre murió antes de poder dar instrucciones —murmuró Hilary a Pierre de una punta a otra de la mesa.

—Seguramente fue lo que pasó —convino Pierre en voz baja, y ambos esperaron a que la anciana siguiera hablando.

—Pero las cosas no podían seguir así —dijo ella con voz plana—. Dos meses después lo tenía muy claro. No podía mantener al niño como un prisionero en esta habitación toda la vida, sin dejarlo salir por si acaso alguien lo oía. Además, no podía permitírmelo. En esos días casi no tenía trabajo, y un niño pequeño tiene que tomar leche, mantequilla, buena carne roja y todas esas cosas que en el mercado negro costaban una burrada. Y luego crecería y la ropa empezaría a quedársele pequeña y la ropa nueva no cae del cielo. Me sentaba aquí por las noches, en esta misma mesa, y me ponía a pensar en cómo podía mantenerlo y no encontraba manera alguna.

Hilary se imaginó a la anciana, cansada e inclinada sobre la mesa, tratando desesperadamente de encontrar un modo de cumplir el deseo imposible de su corazón, mientras el anciano yacía sobre el bastidor y el niño...

—¿Dónde dormía el niño? —preguntó repentinamente.

—Pues ahí... con nosotros —respondió *madame* desconcertada, señalando la colcha raída—.

¿Dónde iba a dormir si no? Así nos dábamos calor.

—Oh, Dios mío —murmuró Hilary por lo bajo. La pena y el asco luchaban para afirmarse en la imagen que se estaba formando en su cabeza.

—Es un verdadero problema que los niños crezcan y la ropa se les quede pequeña —dijo Pierre—. ¿Qué llevaba puesto el pequeño Boubou cuando se lo entregaron?

—Ah —replicó *madame*—, se veía que era un niño muy querido por los bordados tan bonitos que tenía en la camisa, el fruncido hecho a mano y, encima, un jersey de punto azul claro. ¡Y unos pantalones bombachos de lana con calcetines de seda! Eso sí, todo muy sucio y arrugado cuando me lo trajeron, pero una lavandera sabe distinguir a primera vista la ropa de buena calidad y cosida a mano.

—¿Llevaba abrigo? —preguntó Pierre.

—No —*madame* Quillebœuf sacudió la cabeza—. A decir verdad, yo también lo pensé, porque cuando me lo trajeron estábamos en diciembre, pero luego me dije: «Bueno, debajo de toda esa ropa del cesto estará calentito». Además, al principio creía que serían solo uno o dos días, ya me entiende. *Monsieur le curé* estaba tan pálido y preocupado que no quise molestarlo, aunque nunca pensé que en aquel momento le estuviera rondando la sombra de la muerte.

Pierre suspiró.

—Así que, entonces, Boubou se quedó con usted un par de meses —apuntó.

—No podía seguir así —afirmó *madame* con rotundidad—. Lo mirara por donde lo mirara, siempre llegaba a esa conclusión. Tenía que encontrarle una buena casa a mi Boubou como fuera.

En la pausa infinitesimal hasta la frase siguiente, toda una epopeya imaginaria cruzó la mente de Hilary. *Madame* Quillebœuf contaba entre sus clientes con una mujer muy rica que acababa de perder a su hijo; era ella la que se había llevado al pequeño Boubou y lo llenaba de amorosas atenciones, y separarlos ahora sería una crueldad...

—Y al final se me ocurrió llevarlo al orfanato del pueblo de A., donde nació.

Pierre echó una mirada llena de temor a Hilary, el cual, a pesar de no ser consciente de experimentar ningún cambio de actitud, se puso rígido en su silla.

—Enseguida me di cuenta de que era un buen plan —dijo *madame*—, pero no podía llevarlo a cabo en ese momento. Antes tenía que hacer un montón de cosas.

»Primero estaba el asunto del billete —prosiguió—. Para los ricos, eso es fácil. Uno saca la cartera, pregunta: «¿Cuánto es?», y pone el dinero sobre la mesa. Pero las cosas son distintas para nosotros. Hay que elegir bien en qué gastar cada céntimo, y llevamos años sin poder ahorrar nada.

»Al final vendí el reloj. Fue un gesto de caridad. No lo lamento.

»Luego estaba el asunto de la ropa del niño. No solo tenía que tener un abrigo para los fríos vientos de marzo, sino que, además, ¿cómo iba a llevarlo en el tren si, debajo del abrigo, la gente veía que iba vestido como un niño rico? Al final decidí lo que iba a hacer. Una noche lo acosté con una camisa vieja de mi marido y entonces me puse a lavar, remendar y planchar cada costura. Es que, por el amor de Dios, ¿quién sabe cuánto tiempo había llevado la misma ropa? No puedo decir que estuviera en las mismas condiciones en que la trajo, pero hice lo que pude con ella y, por la mañana, me lo llevé todo y lo vendí.

Echó a Hilary una mirada desafiante que él no supo interpretar. Pierre pareció comprender y dijo suavemente:

—*Madame*, estoy seguro de que, si algún día encontramos a la familia del niño, dirán que

estaba en su perfecto derecho de vender la ropa.

—Bueno —dijo ella, un poco más relajada pero aún a la defensiva—, eso fue lo que hice. Vendí la ropa y con el dinero compré algunas cosas más adecuadas para un niño de familia pobre. Tengo que admitir que no eran nuevas, pero eran lo que necesitaba, y deberían haber visto lo orgulloso que estaba cuando se las puso.

»A la mañana siguiente llegamos muy temprano a la estación, antes de que salieran los vecinos. No me gustaba tener que dejar a mi marido todo el día solo, y nunca lo había hecho hasta entonces, pero no había más remedio y, por suerte, él estuvo bien, aunque, claro, al llegar a casa me esperaba el doble de trabajo. Me costó mucho convencer a la madre superiora para que acogiera al niño, pero al final comprendió cómo estaban las cosas: «Puede venir a verlo cuando quiera», me dijo cuando ya me iba, pero claro, nunca he tenido dinero para *eso*. Hace ya tres años... —Se interrumpió y se quedó muy quieta, con una mueca rígida de dolor suspendida en la boca.

—*Madame* —se encontró diciendo Hilary—, aún no sé si el niño del que nos ha hablado es el mismo que estoy buscando, pero le ruego, de parte de los padres de ese niño, que me deje al menos pagarle el dinero que usted se gastó en él. —Entonces se detuvo, consternado por sus palabras. Se había dejado llevar por un impulso de agradecimiento y consuelo, pero al ofrecerse a pagar lo que aquella mujer había entregado libremente, ¿no estaba destruyendo la belleza del regalo?

Sin embargo, *madame* Quillebœuf no lo veía de ese modo. Se le relajó la boca cuando dijo:

—*Monsieur* es muy amable. No puedo negar que a veces he tenido la esperanza de que quizá, un día... —Y entonces añadió de un modo casi voraz—: No puede imaginarse cuánto necesito el dinero.

Hilary sacó apresuradamente la cartera, extrajo un billete de mil francos y miró vacilante a Pierre, que asintió con vehemencia. Hilary entregó el billete a la anciana, que lo deslizó con rapidez en un bolsillo por debajo del delantal y dijo solemnemente:

—Que el buen Dios le bendiga, *monsieur*.

—¿Hay algo más que quiera preguntarle antes de irnos? —susurró Pierre.

Hilary tragó saliva y preguntó, vocalizando cuidadosamente:

—¿Alguna vez dijo algo el niño acerca de su casa..., de su madre?

La anciana se quedó pensativa un momento.

—Bueno, es que yo tampoco tenía mucho tiempo para hablar con él —dijo finalmente—, y además hubo tantos niños que a veces confundo lo que dijo uno con lo que dijo otro. Se veía que Boubou estaba bien educado... Comía con la boca cerrada y, una vez le dije: «Suénate la nariz». Y me respondió: «No tengo pañuelo». —Sonrió al recordarlo—. Sí —repitió—, eso me dijo: «No tengo pañuelo».

—Creo que no va a sacarle nada más —dijo Pierre por lo bajo—. Yo ya lo he intentado por ahí, pero no recuerda nada que nos pueda servir.

Se puso en pie y lanzó un discurso formal de agradecimiento a la anciana por su amabilidad al recibirlos, que Hilary secundó lo mejor que pudo. Finalmente salieron del destartado pabellón hacia el pequeño callejón escondido, y luego, de nuevo, a la calle llena de ruidos.

—Y ahora —dijo Pierre alegremente—, ¿qué tal si nos tomamos algo?

CAPÍTULO 4

—Buena idea —aceptó Hilary—. ¿Conoce algún lugar tranquilo, quiero decir, donde podamos hablar con calma?

—Eso podemos hacerlo más tarde —replicó Pierre, instando a Hilary a avanzar—, pero ahora quiero llevarlo a un pequeño bar que conozco. Tengo unos amigos que van allí de vez en cuando y me gustaría que conociera a un par de ellos.

Hilary, desconcertado, dejó que Pierre lo guiara. «Seguramente —pensó—, es mejor que todo esto salga ahora que estamos tan nerviosos». No podía entender el repentino cambio de actitud de Pierre, que había pasado de la cuidadosa ternura mostrada ante *madame* Quillebœuf a un derroche de súbita y entusiasta alegría. Por primera vez desde que se conocieran, este le infundió un completo desafecto.

Pero pasados diez minutos, mientras tomaban un Pernod en el pequeño bar de Saint Sulpice, ya se había olvidado completamente de *madame* Quillebœuf y su andrajosa casita de muñecas. Los amigos de Pierre ya estaban allí cuando llegaron. Estaba Édouard Renier, editor de una de las más respetables revistas del inmenso panorama literario. Había una mujer baja y cuadrada de rostro inquieto que, según Pierre, se había entregado con devota felicidad al movimiento de la Resistencia y ahora se sentía perdida y vacía. Había un joven aristócrata que resultó ser investigador químico y una criatura desaliñada de pelo negro que escribía editoriales sobre política para un diario de izquierdas.

Rodeado de aquella gente, Hilary enseguida se sintió como en casa. Todos eran amigos, escogidos compañeros. En cualquier parte del mundo donde estuviera, tarde o temprano acabaría encontrando un grupo así, en el que se sintiera tan a gusto como en familia. Toda esa gente, en caso de tener la oportunidad, solía exhibir la misma clase de hogar. Ya fuera en Praga o Budapest, París o Londres, al entrar en una estancia y mirar las paredes pintadas de colores pálidos, las pesadas cortinas bordadas, el enorme y raído sillón, la graciosa figurita de porcelana china de la estantería, uno enseguida se daba cuenta de que pertenecía a un intelectual europeo de una cierta generación gracias al aspecto tan reconocible que ofrecía. En cada una de esas estancias, las estanterías, abiertas y de madera clara, contenían los mismos libros y, por esta razón, tan pronto como los miembros de dicho grupo se conocían, desplegaban un extenso rango de conversaciones repletas de intereses compartidos. No tenían ninguna necesidad de hablar del tiempo, emprender una laboriosa búsqueda de conocidos comunes o sacar fotografías de los niños; una vez establecido el reconocimiento, las barreras desaparecían.

Todos los amigos de Pierre habían oído hablar de Hilary y estaban encantados de conocerlo. «Por fin», decían, como si fuera ese amigo de quien tanto habían oído hablar por algún conocido

común. Todos tenían preguntas que hacerle, preguntas interesantes de gente informada, cuyas opiniones podían resultar de un valor muy constructivo. También Hilary deseaba hacer preguntas y esa gente podía ofrecerle opiniones que constituían, al fin y al cabo, las respuestas que él necesitaba. Cuando finalmente Pierre lo llevó a cenar, Édouard Renier y la mujer a quien todos llamaban Bobby fueron con ellos.

Cenaron en un pequeño y oscuro restaurante cercano regentado por un miembro de la Resistencia —algo que ya empezaba a hacerse monótono cuando Pierre hablaba de sus amigos—. Las mesas estaban cubiertas con hules sucios, las sillas eran de madera basta y oscura... Nadie se esforzaba por que el restaurante resultara acogedor para el comensal fortuito que, en algún momento, pudiera abrir la puerta esperanzado y echar un vistazo al interior.

Sin embargo, Hilary pasó en esa pequeña y deslucida pieza las dos horas más felices que recordaba desde que había dejado a Lisa en París.

Para empezar, la comida era increíblemente opulenta. Había pan blanco y filetes de carne roja de dos dedos de grosor untados con una pizca de mantequilla que se derretía poco a poco. Había merengues rellenos de nata montada, un queso *brie* maduro, buen vino de Burdeos, un armañac suave. Una vez —¡hacía ya tanto tiempo!—, Hilary había entendido de comida. Por aquel entonces, trataba el paladar como un precioso instrumento de placer y lo mimaba con innumerables conocimientos esotéricos. Pero eso quedaba ya tan lejos en su conciencia que había olvidado las sensaciones que todo ello le producía. Hacía ya muchos años que las comidas eran, para él, aburridos y metódicos ejercicios mucho menos placenteros, en términos de placer real, que los movimientos intestinales que acompañaban necesariamente a estos.

Así, sucedió que el nuevo despertar de sus papilas gustativas, tan completamente olvidadas, evocó simultáneamente un sensual recuerdo de placeres pasados. Hilary recordó el olor de la hierba caliente de Provenza, de los carísimos perfumes de las mujeres en los buenos restaurantes, del vino resinoso que había bebido en Grecia. Recordó el sonido de las chicharras durante las largas tardes de verano en el sur, la música gitana que había escuchado en Hortobágy, el clamor de las voces en los mercados italianos. Contempló como una vívida realidad el sol brillante sobre las negras carreteras francesas, tan intenso que creaba un espejismo de agua brillante en la superficie, y al fondo, el cielo azul iluminado detrás del dentado perfil de la sierra. Olvidó que todas esas cosas del pasado las había tenido en su juventud, en libertad, en el mundo que existía antes de la guerra; tan solo supo que, de repente, la vida que se extendía ante él abrazaba una serie de posibles placeres que, al imaginarla hasta entonces, había ignorado por completo.

La conversación alrededor del café y el brandi se tornó práctica. Édouard preguntó a Hilary si podría escribir un artículo sobre los poetas ingleses emigrados durante la guerra. Después podría venir a dar algunas charlas sobre literatura inglesa. Su nombre era bien conocido entre los jóvenes escritores franceses; Renier le prometió que una vasta e interesada audiencia estaría esperándolo. Hilary, a su vez, sugirió a Renier que le enviara algunos artículos sobre escritores franceses colaboracionistas. Hablaron de pintores de Francia e Inglaterra, y ahí se les unió la mujer, Bobby, quien demostró una inteligente vivacidad. Hablaron del espontáneo renacimiento de las artes aplicadas en Italia y discutieron sus implicaciones históricas y sociológicas. Todo ello mientras Pierre aguardaba reclinado en la silla y los contemplaba en silencio con una sonrisa benevolente. No parecía necesario inmiscuirlo en la conversación. Hilary tuvo un pensamiento fugaz: «Pobre Pierre, no es un intelectual y esta conversación no significa nada para él». Sumido en su desdeñosa piedad momentánea, en ningún momento fue capaz de apreciar la discriminación que

había llevado a Pierre a elegir, de entre todos sus conocidos, a aquellos dos para que cenaran con Hilary.

Entonces Hilary cayó en la cuenta de que Renier y Bobby eran amantes. Advirtió que los ojos de Bobby devoraban las peludas manos de Renier, y que Renier aceptaba, relajado y satisfecho, su proximidad. Poco a poco, el irreflexivo placer que venía experimentando se desvaneció en la tristeza nostálgica y romántica que suele conducir al llanto, no por nosotros mismos y nuestra pena inmediata, sino por la tragedia más amplia que supone nuestra presencia en un mundo trágico.

—Tenemos que irnos —dijo Pierre sin dar ninguna explicación o excusa. Se había vuelto tan sensible a los cambios de humor de Hilary como una madre hacia su único hijo. Una vez fuera del restaurante dijo—: Me siento un desconsiderado. A lo mejor le gustaría ir a ver a algún viejo amigo suyo.

—No —respondió Hilary con brusquedad. Su vida con Lisa en París no había incluido a ningún amigo a quien, después de la guerra y la ocupación, aún tuviera esperanzas de volver a ver establecido en su propia casa. Cuando vivía allí, había llegado a pensar que estaba completamente integrado en Francia y en la vida de los franceses. Ahora se daba cuenta de que todos aquellos que había conocido eran como él, refugiados ingleses, polacos, americanos o alemanes, intelectuales expatriados y arrastrados por la guerra.

—Entonces vamos a sentarnos en la terraza del Café de la Paix —dijo Pierre con determinación—. Usted es un turista extranjero y yo siempre hago lo que hay que hacer con los turistas extranjeros.

Fue una buena elección. La multitud se arremolinaba con estrépito en torno a él; el hombre barbudo de la mesa de al lado se llevaba a una prostituta rubia; dos mujeres morenas, impecablemente arregladas, representaban su mundano papel ante sus impecables acompañantes. Hilary olvidó su melancolía pasajera observando lo que sucedía a su alrededor con una atención repleta de entusiasmo.

Solo entonces Pierre lanzó la pregunta:

—¿Qué piensa de la historia de *madame* Quillebœuf?

«Estoy acostumbrado a hacer preguntas», había dicho Pierre una vez, pero Hilary lo había olvidado. No se daba cuenta de que, tras la noche que Pierre había planeado para él, la catarsis resultante le permitía ahora discutir el asunto sin tensiones, sin el rechazo profundamente inhibido que, de otro modo, habría sentido al abordarlo. Hizo una pregunta que le rondaba en la cabeza desde que salieron:

—¿Por qué estaba tan empeñado en saber si el niño llevaba abrigo?

Pierre suspiró.

—La portera de Jeanne pudo describirme con bastante detalle el abrigo que llevaba puesto el niño cuando Jeanne lo sacó de allí —replicó—. Si *madame* Quillebœuf hubiera visto el mismo abrigo, estaríamos ante una evidencia definitiva.

—¿Y así? —preguntó Hilary.

—Yo creo que es su hijo —afirmó Pierre.

Al salir de la casa de *madame* Quillebœuf, Hilary estaba convencido de que la historia que les había contado la mujer sobre el pequeño Boubou era la de su propio hijo. Ahora, una serie de objeciones intelectuales empezaban a nublar esa convicción.

—No hay ninguna evidencia real de que lo sea —objetó.

—No, es cierto —concedió Pierre—, pero sí que resulta muy probable. Sabemos que Jeanne conocía al cura. Seguramente sabía que él había conseguido salvar a otros niños y, cuando se dio cuenta de que no podía seguir teniendo al niño con ella, lo más fácil es que recurriera a él, y que tuviera muy poco tiempo para preparar sus cosas antes de llevárselo. Las fechas concuerdan; *madame* Quillebœuf recuerda vagamente el día en que se llevó al niño, pero, por lo que ha dicho, fue una semana o dos antes de Navidad. A Jeanne la arrestaron el día 10 de diciembre, así que, contando con que el niño pasó casi una semana con el cura antes de que la mujer se lo llevara, todo encaja. Y hay algo más: he mandado hacer un análisis de sangre al niño y tiene el mismo grupo que usted. Sé que eso tampoco es definitivo, pero, si lo sumamos todo, creo que resulta de lo más sugerente.

—Quedan muchas incógnitas —continuó Hilary obstinado—, por ejemplo, el asunto del abrigo. Recuerde que era pleno invierno. Puesto que sabemos con seguridad que mi hijo tenía un abrigo cuando Jeanne se lo llevó, ¿por qué iba a quitárselo el cura y dejarlo a cuerpo, con el frío que hacía?

—Se me ocurren muchas razones —replicó Pierre—. El cura podría haber pensado que cualquiera que hubiera visto a Jeanne con el niño podía reconocer el abrigo —como habría hecho, por ejemplo, la Gestapo si hubiera estado buscándolo—. O quizá el niño había estado fuera, bajo la lluvia, y el abrigo estaba demasiado empapado para ponérselo. O, lo que es aún más probable, el niño no tenía puesto el abrigo cuando el cura lo drogó para mantenerlo dormido y después, cuando llegó *madame* Quillebœuf, se le olvidó ponérselo. Ya sabe, era un hombre mayor. Además, recuerde que el primer niño que ella se llevó solo llevaba puesta una camisola, y la ropa adecuada la traían después, si era necesario, cuando iban a buscar a los niños.

—Eso suena bastante plausible —admitió Hilary a regañadientes. Un impulso desesperado lo empujaba ahora a luchar contra la convicción primera de que ese niño era su hijo—. El problema es que —añadió—, aunque *pueda* ser mi hijo, también puede no serlo. Se me ocurren muchas posibilidades. Por ejemplo, que *madame* Quillebœuf no fuera el único contacto del cura a la hora de deshacerse de esos niños. Además, no sabemos si Jeanne llevó realmente a mi hijo al cura. Puede que lo llevara a otro sitio muy distinto. También podría haberlo atrapado la Gestapo, y quizá muriera en uno de esos trenes de los que me habló, o quizá sea uno de esos niñitos nórdicos y felices en algún hogar alemán. ¿Ha pensado en todo ello en algún momento? —preguntó con agresividad.

—Claro que sí —respondió Pierre paciente—. Pero si realmente ha ocurrido algo así, usted no lo sabrá nunca, y nunca encontrará al niño. La única premisa sobre la que podemos trabajar es que *no* cayó en manos de la Gestapo. Yo, personalmente, estoy convencido de ello. Jeanne era una persona extremadamente competente, y si quiso poner al niño a salvo, doy por hecho que lo consiguió.

—Aun así —rebató Hilary—, no puede estar *seguro*.

—No —admitió Pierre.

—Incluso si asumimos que el niño está en Francia —razonó Hilary—, no quiero ir a reclamarlo y que luego resulte ser alguien completamente distinto.

—Eso no ocurrirá —replicó Pierre—, puedo asegurárselo. Créame, Hilary, si ese niño no es el suyo, nunca lo encontrará.

«No si puedo evitarlo», añadió para sí mismo. Hilary nunca sabría por él de la existencia de un niño que mordía y lloraba en un psiquiátrico de Tours, y que bien podía, por fechas, pruebas de

sangre y todo lo que se sabía de su historia, ser el hijo de Hilary. Tampoco le diría nada acerca de aquel niño que ahora vivía cerca de Lyon y representaba el único consuelo que tenían sus padres, cuyos hijos biológicos habían sido atrapados por la Gestapo y torturados antes de morir. Si ese niño, que había llegado a través de canales tan tortuosos que nadie podía seguirles el rastro, era realmente el hijo de Hilary, entonces el hijo de Hilary debía continuar perdido para siempre. Pierre recordó el rostro de confiada felicidad de un niño, y las babas imbéciles del otro, para acabar alejando a ambos de su mente. Creía firmemente que, de todos aquellos niños, el pequeño Boubou era el que más probabilidades tenía de ser el que buscaban.

—¿Ha visto al niño en cuestión? —preguntó Hilary.

—No —respondió Pierre—, no lo he visto. Pensé que querría que fuéramos los dos a A. mañana.

—Si pudiera estar *seguro* —dijo Hilary.

—Estoy convencido de que la única manera de estar seguro es ir allí y ver al niño —dijo Pierre—. Primero, porque creo de verdad en el instinto. Si es su hijo, estoy seguro de que se dará cuenta a primera vista. Incluso si el instinto le falla —como suele hacer cuando nos volvemos demasiado civilizados, demasiado intelectuales—, queda la posibilidad de que usted mismo recoja una evidencia que puede resultar definitiva. Conoce a su familia; quizá pueda percatarse de que tiene algún rasgo peculiar que le recuerda a su madre, o se parece mucho a las fotos de su tío cuando tenía su edad. Y no solo eso; si llega a conocer al niño y habla un poco con él, quizá consiga que recuerde toda clase de cosas sobre su vida pasada y su entorno, cosas que solo tendrían significado para usted.

—Tiene razón en mucho de lo que dice —admitió Hilary—, aunque tengo serias dudas sobre la última parte. El niño solo tenía dos años y medio cuando se lo llevaron, y ya debe de haber cumplido los cinco. No sé gran cosa sobre niños pequeños, pero yo mismo soy incapaz de recordar cualquier cosa que me sucediera antes de los tres años.

—Pero usted es adulto —objetó Pierre—, y no sabe lo que recordaba a los cinco años.

—Eso es cierto —admitió Hilary pensativo. «Es posible —concedió para sus adentros— que Pierre tenga razón y una vez que haya visto a ese niño sepa, de algún modo, si es mío o no», y entonces un pensamiento cruzó fugaz por su mente: «Si Pierre está conmigo, no voy a ser capaz de rechazarlo». Miró a Pierre con una repentina aprensión mientras caía en la cuenta de que quizá, después de todo, se encontraba ante el enemigo.

—Dígame —decía Pierre con la voz cambiada—, ¿qué va a hacer con el niño si resulta que es suyo? ¿Tiene casa propia, o vive aún en aquella leonera?

—No, me desmovilizaron la semana pasada —respondió Hilary—, pero, aun así, no sé muy bien lo que haría con el niño. Por ahora comparto piso en un bonito edificio de Regent's Park con Thomas, el amigo con el que viví en París antes de casarme, pero no es la clase de sitio que uno desea para criar a un niño.

Recordó con gran placer el pequeño y coqueto edificio con terraza, de principios del siglo XIX, donde habían encontrado aquel piso; los libros, los discos del gramófono, la intimidad y el retiro de los que disfrutaba. La vida en ese piso albergaba la certeza de la impasibilidad, ya que su relación con Thomas siempre había permanecido en el plácido nivel del respeto por los logros del otro. Era impensable que un niño invadiera ese refugio.

—Además —añadió—, no hay nadie que pueda cuidarlo.

—¿Y su madre? —sugirió Pierre— Según mi experiencia, las abuelas suelen cuidar gustosas

de los hijos de sus hijos.

—Me temo que eso sería bastante complicado —dijo Hilary fríamente—. Mi madre y yo no nos llevamos bien. —Se sintió muy ofendido por aquella sugerencia. Su madre no podría criar a ningún niño junto al que Hilary imaginara la posibilidad de ser feliz. Se estremeció y contempló horrorizado, con repentino malhumor, la red suburbana que se extendía bajo sus pies.

—Perdóneme, Hilary, si me estoy entrometiendo —se disculpó Pierre—, pero ¿ha pensado alguna vez en la posibilidad de volver a casarse?

Hilary tomó el cenicero y, acto seguido, volvió a depositarlo con cuidado en el punto medio exacto entre los dos vasos. Respondió en una voz deliberadamente desprovista de emoción:

—Sí, lo he pensado. —Y entonces sintió una necesidad de consuelo que lo impulsó a preguntar con una voz entre ansiosa y asustada—: ¿Le importa si se lo cuento?

—Adelante —replicó Pierre.

—Se llama Joyce —comenzó Hilary—. La conocí durante la guerra. Era ayudante de mi oficial de mando. Cuando terminó de estudiar en Oxford, aún muy joven, se casó con un periodista, pero al poco tiempo se divorció, por lo que deduzco que las cosas fueron muy mal. Tiene veintiocho años.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Pierre. Suponía que esa era la pregunta adecuada para hablar de una mujer inglesa que había estudiado en Oxford y ya no estaba casada.

—Trabaja en la BBC —respondió Hilary—. Consiguió un buen trabajo.

—¿Y cómo es? —preguntó Pierre.

—Es muy buena chica —dijo Hilary con un tono entre la admiración y el desdén—. Es inteligente, bien educada, competente, bondadosa, amable. Lee *The New Statesman* cada semana, le interesa la política y está bien informada al respecto. Además, está enamorada de mí.

—Todo eso suena formidable —dijo Pierre, que sintió cómo el corazón se le llenaba de un profundo alivio—. Puedo imaginar que a su lado tendrá una vida muy feliz.

—Eso es lo que uno se imagina, ¿verdad? —convino Hilary con amargura.

—Hilary, sinceramente, no lo entiendo —dijo Pierre con aspereza—. ¿Qué hay en la perspectiva del matrimonio con esa tal Joyce que tanto parece disgustarle?

Hilary volvió a tomar el cenicero, intentó ponerlo aquí y allá y, sin dejar de jugar con él, dijo en voz queda:

—Han pasado tres años desde que vino a decirme que John se había perdido.

Permaneció callado durante un minuto y entonces, con la mirada aún fija en la mesa, susurró:

—Antes de que usted viniera, yo estaba deseando encontrarlo. Era Navidad, ¿recuerda? Habíamos puesto el árbol y me quedé un rato mirándolo y sentí unas ganas terribles de que el niño estuviera allí, conmigo.

Ahora que había empezado a hablar, no podía parar. Aunque sabía que quizá le estuviera hablando no a un amigo, sino a un enemigo, las palabras le salían imperiosamente a borbotones.

—Fueron dos veces —prosiguió—, dos veces en un año. Primero Lisa se fue y aquella agonía... *Usted* ya sabe lo que fue aquella agonía —dijo en tono acusador, levantando la vista súbitamente hacia Pierre. Entonces, volvió a mirar el cenicero que estaba haciendo rodar sin rumbo fijo por la mesa—. Cuando Lisa se fue —continuó—, aún era capaz de creer que un día podría volver a sentir algún consuelo, algún cariño, porque el niño seguía vivo. Era de Lisa y mío, era parte de nosotros, algo creado en la única seguridad que he tenido en toda mi vida. Entonces

vino a decirme que él también se había ido, y ya no hubo nada, ni consuelo ni amor, nada en absoluto con lo que mirar hacia delante.

»He tenido tres años —prosiguió desesperado—, tres años para dejar atrás los sentimientos. No he podido hacer aquello que me dijo, imaginar cómo había muerto Lisa, no he podido pensar en ello. Tampoco en el niño perdido, en cómo se preguntaría qué había pasado, en lo cruel que podría ser la gente con él, en lo solo que se sentiría... —Alzó su rostro angustiado hacia Pierre para implorarlo—: Pierre, no podía pensar en ello. Ahora no quiero pensar en ello.

—Pero quizá todo eso ya ha pasado —dijo Pierre despacio—, quizá hayamos encontrado al niño.

—Es demasiado tarde —dijo Hilary con voz muerta—. Ya no quiero volver a sentir nada nunca más. Antes de conocer a Lisa, nunca había sentido nada parecido a la ternura o el amor. Mi madre... —Interrumpió la frase y volvió a empezar—. Pensé que nunca sería capaz de sentir nada parecido, y entonces conocí a Lisa y ya sabe lo felices que fuimos, lo perfecto que fue todo. Pero después de que usted se marchara, pensé que habría sido mejor no ser feliz, mejor no haber sentido nunca el amor y la ternura y todas esas cosas, que haberlas conocido para luego perderlas.

—Si encontramos al niño —replicó Pierre con la misma voz queda—, volverá a encontrar todas esas cosas.

—¡No las quiero! —gritó Hilary con dureza. Estaba empezando a decir más de lo que tenía pensado, pero no podía detenerse—. ¡Puedo apañarme sin ellas! —gritó—. No podría soportar que me hicieran daño otra vez, prefiero no sentir nada. No me gustan los niños pequeños, me aburren. Antes pensaba que tener un hijo me haría feliz, pero ahora sé que eso ya no es verdad. No tengo nada que ofrecer al niño y no tengo nada que ofrecer a Joyce. Solo quiero que me dejen en paz para que nadie pueda volver a hacerme daño.

—Pobre niño —suspiró Pierre.

Hilary se dio cuenta poco a poco de que la empatía que Pierre mostraba no era hacia él, sino hacia el niño perdido. Eso era inaguantable. En el fondo, sabía que todo lo que había dicho era para que la empatía de Pierre se volviera hacia él, y descubrir ahora que no había sido así tornó en ira su creciente resentimiento contra Pierre.

—¿Podría decirme —preguntó bruscamente— cómo es que *usted* consigue parecer tan feliz y tan... tan seguro?

Pierre no era una persona introspectiva. Prefería hacer generalizaciones sobre la vida antes que precisar cualquier cosa acerca de sí mismo.

—¿Parezco muy feliz y seguro? —preguntó, enarcando sorprendido las cejas.

—Sí —afirmó Hilary violentamente—, sí que lo parece. ¿Y por qué usted sí y yo no? Después de todo... —Titubeó al terminar la frase hasta encontrar algo que soltó complacido. La muerte nos ha dejado a los dos cornudos.

—Sí —dijo Pierre considerando y saboreando la emoción—, es cierto. —Se quedó un instante en silencio y luego sugirió—: Imagino que no soy una persona que viva en el pasado.

Hilary sintió el impulso de seguir con el interrogatorio.

—¿Ha vuelto a enamorarse? —preguntó.

—Oh, no —respondió Pierre—, tampoco soy proclive a eso. Eso sí, no pretendo dar a entender que practico el celibato. No, es simplemente que esa parte de mi vida parece no aguardar ya la posibilidad de implicarme emocionalmente con alguien.

Ahora Hilary sintió un profundo latigazo de envidia hacia Pierre. Él tampoco había practicado el celibato. Durante el fin de semana de permiso había estado con Rose, la puta local del pueblo cercano al puesto militar donde lo enviaron una vez para un ejercicio; había pasado por una incómoda relación de tres meses con Heidi, la pequeña refugiada de Viena. Pero nunca había sido capaz de acostarse de manera esporádica y satisfactoria con una mujer a la que deseara. A pesar de su consciente determinación de no buscar nada más allá de la satisfacción física, aún perseguía inconscientemente un consuelo indefinible y trascendental en cada relación sexual y, al no encontrarlo nunca, se quedaba sexualmente insatisfecho y decepcionado. Lleno de aspereza y enojo, como si pudiera arrancarle la respuesta, preguntó a Pierre:

—Entonces, ¿qué es lo que le hace feliz?

—Supongo que he encontrado algo por lo que vivir —replicó Pierre.

—¿Y qué es? —reclamó Hilary.

—Durante los últimos cinco años nunca he sabido si fui un héroe o un traidor. Ahora quiero estar seguro, al menos, de que soy un patriota. Me he puesto al servicio del general De Gaulle.

Con un agudo alivio, Hilary dejó que esa sola respuesta destruyera totalmente su sentido de la amistad y obligación hacia Pierre. Se permitió creer que este lo había engañado y decepcionado. «Qué fascista», pensó porque, en su propio credo, el general De Gaulle era un hombre equivocado, definitivamente situado en el lado incorrecto de la línea moral. Ningún miembro de la esotérica sociedad en la que él mismo se confinaba podría siquiera concebir la consideración de un punto de vista distinto. Puesto que Pierre sostenía precisamente esa visión distinta, debía, por fuerza, quedarse fuera de dicha sociedad y convertirse en alguien inaceptable para Hilary. La afinidad que había fluido entre ambos estaba basada en falsas premisas. Hilary se había equivocado irremediabilmente al reconocer a Pierre como una criatura de su misma especie. «Me he librado de Pierre —pensó exaltado—. Puedo decidir por mí mismo».

En ese instante proscribió a Pierre de una manera tan absoluta que ya ni siquiera pudo hacer elogio de la discusión. En su lugar, dijo con una voz mucho más cálida que la que había usado hasta entonces:

—¡Qué interesante! —Y después, en un bostezo—: Bueno, creo que lo mejor es que regrese al hotel ahora mismo.

Pierre sintió la retirada de Hilary sin alcanzar a comprenderla, y exclamó ansioso:

—El tren a A. sale mañana a las diez y media de la mañana de la *gare du Nord*.

—Bien —respondió Hilary. Empezaron a caminar juntos por la *avenue de l'Opéra*—. Por cierto, ¿cómo se llama ese orfanato? —preguntó.

—Notre Dame de la Pitié —replicó Pierre, y Hilary inquirió:

—Supongo que le habrá hablado de mí a la madre superiora.

—Oh, sí —dijo Pierre, feliz de poder volver a aleccionar a Hilary—. Le escribí contándole su historia y le pedí que hiciera la prueba de sangre. Nos espera mañana.

—Me pregunto, amigo —dijo Hilary con una muy estudiada despreocupación—, si no le importaría dejarme ir solo hasta allí.

—Por supuesto, si es lo que desea —dijo Pierre en tono vacuo. Estaba claro que sentía una decepción amarga, dolorosa.

Hilary estaba a punto de creer que había repudiado a Pierre en pos de un principio político de gran autoridad moral. Al haber contado a Pierre parte de la verdad, se permitió pensar que ahora

podía soltar una mentira piadosa:

—Sabe que nada me gustaría más que viajar con usted, pero me temo que no sería lo correcto. Respeto tanto su opinión que me sentiría obligado a acatarla y, en este caso concreto, creo que para mí es vital llegar a una decisión sin influencia externa alguna. Tengo que enfrentarme a ello por mí mismo. —Y, en un nivel más bajo de conciencia, emergió el siguiente pensamiento: «Tengo que estar libre para poder escapar».

—Lo que dice es muy razonable —replicó Pierre desesperanzado—. No tengo ningún derecho a forzarlo a acometer mi propia expiación.

Estaba entendiendo demasiado. Ya habían llegado al hotel.

—Le contaré lo que suceda, por supuesto —añadió Hilary impaciente.

—Gracias —respondió Pierre, y volvió a insistir como si no pudiera evitarlo—: Si puedo hacer algo más..., si finalmente quiere que lo acompañe...

—Por supuesto —repitió Hilary con una falsa calidez que era ya lo único que le quedaba por ofrecer. «Es un fascista —se recordó a sí mismo—. Llevarlo solo serviría para emponzoñar mi adversidad».

—Entonces, adiós —se despidió Pierre tristemente y, volviendo sobre sus pasos, desapareció.

CAPÍTULO 5

Aunque el pueblo de A. estaba solo a ochenta kilómetros de París, el tren tardó casi cuatro horas en llegar. Abarrotado por encima de su capacidad, había ido reptando a través de la meseta ondulante del norte de Francia, se había detenido hasta casi alcanzar el paso de hombre en cada uno de los provisionales y desvencijados puentes, en cada pequeña estación y, de vez en cuando, simplemente se paraba durante un largo rato a campo abierto sin razón aparente. Al final, después de una hora y media para cambiar de vía, resoplando en medio de un paisaje lleno de montañas de residuos y fábricas bombardeadas, Hilary se apeó en el andén de la estación de A. y el tren siguió adelante entre lentas sacudidas.

La estación se encontraba ya en las afueras del pueblo. Echó a andar con su maleta al hombro y descendió el paseo, ancho y deslucido, que se extendía ante él. Se veía claramente que el pueblo de A. era de los que habían quedado totalmente destrozados en la Primera Guerra Mundial y se habían reconstruido con ese indiferente descuido tan característico de la Francia moderna. Ahora, una segunda guerra había venido a devastar las mugrientas fachadas de hierro forjado de los garajes y a llenar de agujeros de bala las paredes de ladrillos, amarillos y escarlata, de las casas del pueblo. Por arriba colgaban, en una enmarañada confusión, los cables de los tranvías y, por abajo, el pavimento estaba roto y lleno de baches. Las calles casi vacías dejaban suponer que todos se encontrarían, seguramente, descansando después de la comida.

Dondequiera que mirara, no veía más que fealdad. La primera reconstrucción de A. se había llevado a cabo sin más criterios que el prestigio y la simple utilidad. Llegó a una amplia plaza en cuyo centro se alzaba un monumento en memoria de la guerra, un *poilu* aferrado a una bayoneta sobre un desvencijado pedestal de granito. Sabía que aún se encontraba en las afueras, así que detuvo a un paseante para preguntarle:

—¿Dónde está el centro del pueblo? —El hombre señaló con el dedo hacia una calle y Hilary, que ya notaba la maleta mucho más pesada, se dirigió hacia allí.

La calle se perdía en una curva de modo que, desde la plaza, solo se veía el principio. Tomó la curva y entonces se topó con la más salvaje desolación. No había un solo edificio construido en casi un kilómetro a la redonda, exceptuando una iglesia sin techo que contrastaba con el vacío de alrededor. Ladrillos rojos y grises, tejas y trozos de yeso y hormigón armado que escupían gruesos alambres oxidados... Todo estaba allí tendido, amontonado en medio de la destrucción. Al parecer, nadie había retirado nada, salvo unos pocos escombros necesarios para abrir un estrecho paso. Era la más completa y desolada ruina que Hilary había visto nunca.

Sintió una repentina punzada de profundo dolor. Aquel pueblo siempre había sido feo. En modo alguno habría querido compartir la vida de un sitio como aquel. Sin embargo, las gentes que

formaban parte de la nación donde estaban esas ruinas, que a él le parecían las más civilizadas del mundo, habían gozado de vidas plenas, satisfactorias; habían comido con instruido placer; habían discutido con instruida lógica; se habían paseado por allí durante las cálidas tardes de verano, se habían sentado en los cafés para mirar a otras gentes pasar. Las amas de casa habían hecho allí la compra con el placer inconsciente y el orgullo que produce la práctica de una destreza. Habían pinchado las calabazas para ver qué forma tenía el corazón, habían comprobado el largo del mantel, habían dado la vuelta a los guantes de piel antes de comprarlos delante de los comerciantes, que respetaban la pericia de sus clientas. Hilary tuvo la impresión de que el daño que habían hecho las bombas en un pueblo francés como aquel era una tragedia mayor que en cualquier otro sitio, porque la clase de vida que ahí se destruía era la completa antítesis de todo aquello que las bombas pretendían conseguir. Le entraron ganas de agarrar una pala y, con su propio esfuerzo físico, empezar a reparar el desorden para así extinguir la pérdida.

«Sí que puedes —dijo una voz en su conciencia—. Hay un niño al que puedes encontrar y salvar».

Atravesó rápidamente las ruinas, mirando hacia los edificios que, a lo lejos, aún se tenían en pie. Llegó a una iglesia devastada donde un hombre trabajaba con una carretilla. En ese momento salía por la enorme puerta con la carretilla cargada de brillantes trozos de yeso dorados y azules. Hilary se dirigió hacia él y preguntó:

—¿Queda algún hotel en el pueblo?

—Hace bien en preguntar —respondió el hombre señalando hacia una pila de escombros que se alzaba frente a la iglesia—. Ese era el Lion d'Or. —Entonces señaló en otra dirección—. Ese era el Hôtel de la Cygne. —Volvió a asir la carretilla y señaló con la cabeza hacia un pequeño sendero despejado—. Si baja por ahí, encontrará el Hôtel d'Angleterre. —Y se marchó.

Los escombros se terminaron de repente y reaparecieron los edificios. Había llegado a una parte más antigua del pueblo que de forma evidente había resistido tanto la Primera Guerra Mundial como la última, ya que ahí las calles eran estrechas y empedradas, atravesadas por estrechos callejones, y los edificios eran de un gris agradable y deslucido, con las fachadas rotas aquí y allá y las amplias arcadas cerradas por formidables puertas de madera.

El Hôtel d'Angleterre abarcaba una de estas arcadas. Sus enormes puertas abiertas revelaban un patio interior, con unas cuantas macetas de geranios marchitos, algunas cajas de botellas vacías y, al fondo, unos establos en ruinas. Una maltrecha placa esmaltada en la pared de la arcada explicaba que el Hôtel d'Angleterre había recibido el reconocimiento de una organización llamada Les Amis de la Route en 1929.

«Es como en los viejos tiempos», pensó Hilary al recordar cuán a menudo solía hojear las páginas de las guías gastronómicas antes de elegir dónde pasar la noche y, una vez decidido, traspasaba una arcada como aquella en coche, orgulloso de conocer el país lo bastante como para poder rehuir los hoteles grandes y seguros e indagar en aquellos pequeños albergues, todos ellos depositarios de una larga tradición de amable servicio y excelentes comidas. Subió los escalones situados en la pared de la izquierda de la profunda arcada y allí, en un rinconcito de la estancia, se hallaba *madame*, una anciana bulbosa e hirsuta ataviada con el inevitable vestido negro, el cabello gris amarillento recogido en un moño alto y unos ojos inesperadamente lascivos de color azul claro, demasiado abiertos bajo los arrugados párpados amarillos.

—Buenos días —saludó Hilary dejando la maleta en el suelo e inclinándose hacia el mostrador—. ¿Tendría por casualidad una habitación para esta noche?

—¿Doble o individual? —gruñó la mujer sin ningún interés. Entonces levantó la vista y, con los claros ojos penetrantes de curiosidad, preguntó—: *Monsieur* es inglés, ¿verdad?

—Sí —admitió Hilary, esperando instintivamente de aquella confesión algún tipo de calidez hacia el liberador, el hijo pródigo. *Madame*, sin pretender siquiera echar un vistazo al grueso libro que reposaba ante ella, preguntó:

—¿*Monsieur* está en A. por trabajo?

—Sí —afirmó Hilary de nuevo.

—¿*Monsieur* es viajante de comercio, quizá? —preguntó *madame*.

—No —respondió Hilary, que preguntó airado a su vez—: ¿Tiene o no tiene una habitación?

—*Monsieur* me disculpará la curiosidad —replicó la mujer con frialdad—. En estos últimos años nos hemos acostumbrado a desconfiar de los extranjeros. —Ahora miraba el libro, y Hilary también, y estaba claro que apenas había nombres escritos en las páginas abiertas—. Mariette —llamó *madame* airadamente mientras aparecía una vieja y marchita sirvienta de aspecto nervioso—. Mariette, enseña a *monsieur* la número veinticuatro.

La sirvienta recogió una llave del tablón y se quedó esperando al pie de la escalera. Pero Hilary recordó los consejos que le habían dado y no se movió.

—¿Le importaría decirme, *madame* —preguntó cortésmente—, qué precio tiene la habitación?

—Podemos discutir eso luego —respondió *madame* secamente—, cuando *monsieur* haya decidido si desea o no quedarse. —Y, como en un arrebato, empezó a rayar las anotaciones de la página abierta del libro.

«Seguro que la maldita vieja lo tiene todo precioso y como una patena», pensó Hilary mientras seguía los pasos de la sirvienta, enfundada en unas zapatillas de fieltro negro, y ambos subían unas estrechas escaleras de piedra para luego atravesar un estrecho pasillo, doblar a izquierda y derecha y subir y bajar unas inesperadas escaleritas. «Tendré que dar algún tipo de explicación por estar aquí», pensó, y la sirvienta abrió de par en par la puerta número veinticuatro, entró sigilosamente para abrir los postigos y luego se quedó quieta, sin decir nada, esperando algún comentario de Hilary.

Reconoció al instante la habitación...: las paredes pintadas de beis con un falso estarcido egipcio en lo alto, la ancha cama de madera clara con la colcha blanca, el ropero barato, la única lámpara, de vidrio rosado, en el centro del techo. Puesto que recordaba tantos momentos felices en habitaciones como aquella, sintió debilidad por el lugar y se encontró diciendo:

—Me parece muy bien. ¿Qué precio tiene? —Y la sirvienta respondió nerviosa:

—*Monsieur* tendrá que discutir el precio con *madame*.

«Voy listo», pensó Hilary, pero bajó obediente las escaleras y volvió a encontrarse frente a *madame* a través de la ventanilla.

—Me quedo con la habitación —dijo en un tono que trataba de sonar cálido y amistoso—. ¿Qué precio tiene?

Pero *madame* no iba a dejarse ablandar por sus encantos.

—Eso depende de si *monsieur* quiere quedarse solo una noche o por más tiempo —respondió.

Hilary, hasta ese momento, no había pensado en cuánto tiempo iba a permanecer en A. Pierre lo había dispuesto todo y, después de haberse deshecho de él, no había previsto nada más allá de la siguiente necesidad más inmediata. Se encontró tartamudeando. —De veras que no lo sé. —Y añadió rápidamente—: Si le parece, podría decirme el precio de una sola noche y también con

pensión incluida, en caso de que finalmente tenga que pasar unos días aquí.

Madame reflexionó un momento, mientras hacía sus cálculos con la mirada fija hasta que, finalmente, respondió:

—Bueno, podemos dejarlo en... —dijo dos precios sin apartar la vista de él, para ver cómo se lo tomaba.

Hilary hizo unas rápidas sumas mentales y pensó que la oferta le resultaba increíblemente exorbitante. Pero no sería por mucho tiempo y, de todas maneras, no iba a discutir con esa horrible mujer, así que dijo tan secamente como pudo:

—Muy bien, ya le diré cuánto tiempo voy a quedarme. —Y, a grandes pasos, volvió a subir a su habitación.

* * *

«Y ahora —pensó—, ¿qué hago ahora?».

* * *

«Si hubiera dejado que Pierre viniera conmigo», se dijo. Ahora veía a Pierre no como un amigo reconocido en falso sino como un mensajero útil que podría organizar las expediciones, tomar las decisiones, protegerlo de la vieja bruja de la ventanilla de ahí abajo. «Soy demasiado intolerante —se dijo—. Las ideas políticas de Pierre son asunto suyo. Debería haber aceptado la ayuda que me ofrecía y dejar correr lo demás». Pero en el fondo sabía que dejarlo correr le habría resultado imposible. La profunda e instintiva afinidad surgida entre Pierre y él no podría haberse convertido en una mutua e interesada familiaridad.

«Por supuesto, puede que todo sea muy fácil —se dijo—. Puede que desde el principio resulte evidente que no se trata del niño que busco (pero ¿cómo podría ser evidente una cosa así?) —se preguntó por un instante—. En ese caso, todo será muy fácil —pensó entonces—. Me vuelvo derecho a París, le digo a Pierre que todo ha sido un fracaso (porque él dijo que si este no era mi hijo, entonces nunca aparecería) y regreso a casa, a mi escritura, mis lecturas y todo aquello que he encontrado para suplir las emociones».

En ese momento sonrió porque, sin desearlo siquiera, le había venido a la mente la imagen de sí mismo con Pierre y el niño unidos por el amor una vez superadas las adversidades, la catarsis completa. «No hay palabras para describir lo maravilloso que sería», se dijo como en un sueño, y entonces cayó en la cuenta de lo que estaba soñando. «Nunca podrá ser así —pensó—, no me queda nada que pueda hacer eso posible. Esas emociones traidoras de ternura, piedad y amor deben seguir muertas en mi interior. No podría soportar que revivieran para volver a morir».

Lenta y fatigosamente, se volvió para levantarse de la cama en la que se había tumbado y reemprender la búsqueda.

CAPÍTULO 6

Se alejó un poco del hotel antes de preguntar a un transeúnte por el camino hacia el orfanato de Notre Dame de la Pitié. No sabía por qué razón se empeñaba en mantener en absoluto secreto los motivos que lo habían llevado hasta allí. Desde el momento en que Pierre había ido a casa de su madre aquella Navidad, no había hablado con nadie de la posibilidad de tener un hijo en Francia, y sabía que no iba a decírselo a nadie hasta que el asunto hubiera terminado. Aun entonces, a menos que encontrara al niño y lo reclamara y rescatara, nadie debería saber sino que el hijo de Hilary había muerto mucho tiempo atrás.

Caminó en la dirección indicada hacia las afueras del pueblo, en sentido opuesto a la zona donde se encontraban los escombros apilados y la estación de tren. Ahí había casas de pueblo de comerciantes prósperos ya retirados, y cada conjunto de casas contaba con una pequeña parcela de terreno rodeada de muros rematados por rejas altas que imitaban las de los castillos del siglo XIX, propiedad de los aún más prósperos comerciantes del Segundo Imperio.

Una de aquellas casas era el orfanato, mayor pero mucho más destartada que las casas vecinas de la misma calle. Un ancho sendero de gravilla bastante descuidado conducía a la ostentosa puerta de entrada, precedida por una doble hilera de escaloncitos. No había flores delante de la casa; solo unos cuantos arbustos polvorientos y diseminados a lo largo del sendero de gravilla. A un lado de la casa, Hilary divisó un grupo de barracones desordenados que se extendían por detrás. Con infinita aprensión, subió las escaleras y llamó al timbre.

Una monja baja y gorda ataviada con un hábito blanco abrió la puerta. Llevaba un crucifijo negro colgando del cinturón y un grano peludo le asomaba en la barbilla roja.

—¿Podría ver a la madre superiora? —preguntó Hilary—. Soy *monsieur* Wainwright y vengo de Inglaterra. Creo que me está esperando... —Se sintió avergonzado al no saber cómo dirigirse a ella. Hurgó en la cartera, sacó una tarjeta y se la tendió a la monja, que la examinó muy seria a través de sus gafas redondas de montura de acero. Acto seguido, abrió una puerta, le pidió que esperara y desapareció.

Hilary se quedó en la sala de espera, fría y opresiva con sus aires de formal desuso. Las paredes estaban cubiertas con un papel damasco carmesí que se remontaba, con toda seguridad, a los días en que aquella estancia había sido recibidor de alguna sólida familia burguesa, y lo único que la ocupaba ahora era una larga mesa de caoba cubierta por un mantel afelpado y flanqueada por dos hileras de pesadas sillas, también de caoba. La parte baja de la larga y estrecha ventana estaba cubierta por un papel que imitaba una vidriera en hexágonos de feas tonalidades rojas y verdes. En la mesa había una revista religiosa pobremente impresa, pero Hilary no la tomó, sino que se limitó a esperar, rígido y tenso, en una de aquellas sillas duras e incómodas. Esperó unos

diez minutos hasta que la puerta se abrió y entró otra monja vestida de blanco.

Era una mujer alta y delgada cuyo rostro mostraba la desapasionada habilidad de las buenas enfermeras de hospital o, mejor dicho, de las buenas hermanas de hospital, porque era evidente que poseía autoridad y capacidad de administración. Hilary sintió un inmediato respeto por ella mientras se levantaba cortésmente y respondía a su saludo, provisto de un frío interés.

—¿Vamos a mi despacho? —preguntó ella—. Allí podremos hablar más tranquilos. —La siguió hasta un cuarto pequeño y atestado, que se distinguía de otros despachos por el mero crucifijo que colgaba de la pared, justo encima de la mesa.

—Por favor —se encontró diciendo Hilary—, ¿podría decirme cómo debo dirigirme a usted? No soy católico, ¿sabe?, así que no sé...

—Puede llamarme *ma mère* —respondió sonriente la madre superiora—, y a las hermanas puede llamarlas *ma sœur*. —Se quedó un momento en silencio mirando pensativa a Hilary y prosiguió—: Su amigo, *monsieur* Verdier, me ha explicado claramente su situación, y comprendo muy bien cuánto desea que ese niño que está ahora a nuestro cargo resulte ser el que está buscando. Pero hay algo que debo decirle desde un principio. Usted no es católico, *monsieur*, tal y como acaba de decirme. Ahora bien, todos los niños que hay aquí son católicos. Comprenderá que debemos cerciorarnos muy bien de que el niño es suyo antes de dejar que entre en un hogar que no profesa la fe católica.

—Oh, pero mi hijo será católico —replicó Hilary de forma casi despreocupada—. Su madre lo era, ¿sabe? Cuando nos casamos, prometimos que nuestros hijos serían educados en esa fe. —Le pareció importante dejar claro ese punto. Después de unos años sumido en un agresivo ateísmo, ahora sentía mucha más afinidad por el catolicismo que por la Iglesia en cuyo seno se había criado, y por la que su madre había profesado un respeto carente de todo sentido.

—Ah —dijo la madre superiora achicando los ojos—, entonces las cosas cambian un poco. —Y añadió en tono abrupto—: ¿Qué quiere que le cuente del pequeño Jean?

—¿Jean? —saltó Hilary—. ¿Por qué lo llama Jean? Mi hijo se llamaba John. ¿Le dijo él que se llamaba Jean? Suenan casi igual, ¿no? —Se había inclinado sobre la mesa y temblaba de excitación.

—Me temo que el nombre no es más que una coincidencia —respondió la monja, compasiva—. Cuando el niño llegó hasta aquí, nos dijo que se llamaba Boubou, que creo que era el nombre que le había puesto la lavandera, y no fue capaz de darnos ninguna pista acerca de su verdadero nombre. Así que al bautizarlo tuvimos que buscarle uno y, por casualidad, escogimos Jean. —Y sonrió con tristeza.

—¿Y aparte del nombre? —preguntó Hilary— ¿Les contó algo más sobre él?

—Cuando llegó le hicimos un detallado interrogatorio —replicó la monja— por si acaso descubriéramos algo que, algún día, pudiera ayudarnos a que recobrar a su familia. Pero debe tener presente que el niño, por entonces, era muy pequeño; según dijo el médico, tenía unos dos años y medio. No pudo decirnos nada constructivo sobre sí mismo y claro, nosotras no sabíamos qué preguntarle. Tal vez si usted hubiera estado ahí, podría haberle hecho las preguntas adecuadas. —Se interrumpió para añadir sonriente—: Pero ahora está aquí, y Dios va a guiarlo para que pueda hacerlas incluso ahora. Debe recordar, eso sí, que han pasado tres años y hay cosas que un niño puede recordar con dos años, pero puede haber olvidado a los cinco.

—Eso es lo que pensamos —concedió Hilary. De repente sintió el impulso de preguntar a la monja si encontraba algún parecido entre el niño y él, pero temió la respuesta, tanto afirmativa

como negativa. En lugar de eso, preguntó—: ¿Dónde está el niño..., dónde está ahora Jean?

—Está dando un paseo —respondió la monja—. Los niños mayores aún están en clase, pero los pequeños acaban a las cuatro y media y la hermana Clothilde los lleva a dar una vuelta durante una hora. Eso nos da tiempo, *monsieur*, para decidir qué vamos a hacer.

Aparentemente, la madre superiora en realidad ya había decidido lo que iban a hacer, y Hilary, aliviado una vez más por evitar tomar una decisión, aseguró:

—Haré encantado lo que a usted le parezca mejor.

—Desde que terminó la guerra —dijo la monja—, algunos niños se han marchado. No todos nuestros niños son huérfanos, ya sabe. A veces son hijos de padres divorciados; a veces, por una u otra razón, sus hogares no son adecuados, a veces hay un solo progenitor y la crianza le supone una carga muy pesada. Durante los años de la guerra, muchos padres de nuestros niños eran prisioneros que ahora, al volver a casa, vienen a recoger a sus hijos. —Dio un suspiro—. Estamos muy contentas por los pequeños que pueden regresar a sus casas —prosiguió—, pero, cuando eso ocurre, los que siguen aquí se quedan muy tristes y, además, muchos albergan esperanzas que pueden resultar vanas y, de hecho, lo son en muchos casos. Por ello estoy segura, *monsieur*, de que no es bueno que el pequeño Jean sepa que usted puede ser su padre. Con su permiso, le voy a decir que *madame* Quillebœuf trabaja para usted y ha venido de su parte para ver si está bien y es feliz aquí.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Hilary, y sintió que su carga se aligeraba ante aquella muestra de frío y competente control.

—Es una mentira piadosa —dijo con dignidad la madre superiora—, y esperemos poder explicar pronto al pequeño Jean por qué se la contamos. —Esperó a que Hilary asintiera en ese punto y él logró emitir un murmullo, casi gruñido, de aceptación.

»Sin embargo —prosiguió ella—, esa mentira piadosa tiene sus desventajas, como todas las mentiras. No creo que sea bueno alterar demasiado la rutina del niño en caso de que, al final, deba volver a ella. Así que le sugiero lo siguiente: si puede venir aquí cada tarde a las cinco y media, cuando las clases diarias ya han terminado, le permitiré salir con Jean hasta las siete y media, hora en que los pequeños ya se van a acostar. Este es normalmente el acuerdo que tenemos con los visitantes que vienen a ver a los niños y, así, no va a parecer nada fuera de lo común. Cuando haya estado con el niño durante una semana más o menos, estoy segura de que será capaz de saber si es su hijo.

—Entonces, ¿usted no cree en el instinto? —preguntó Hilary en un impulso, mientras se acordaba de Pierre.

—Sí —respondió ella—, creo en el instinto, pero en un instinto atemperado por la razón. Usted, *monsieur*, va a reaccionar instintivamente cuando vea al niño. No lo conozco lo suficiente como para decir si esa reacción será de reconocimiento o de rechazo. —«Claro que lo sabe —pensó Hilary—, aunque yo mismo no lo sepa»—. Pero nos jugamos el futuro del niño y también el suyo, *monsieur*. Un asunto así no puede decidirse sin la más cauta consideración.

—Tiene razón —afirmó Hilary convencido, aunque en su interior estaba consternado. Había aceptado tan complacido la teoría del reconocimiento instantáneo de Pierre, la idea de que podría superar la adversidad tan pronto como esta se le presentara... «Una semana», pensó, y se negó a seguir reflexionando sobre el asunto.

—Y ahora —concluyó la madre superiora levantándose—, tal vez le gustaría ver el orfanato.

—Me encantaría —aseguró Hilary levantándose y siguiéndola.

—Esta es nuestra pequeña capilla —dijo ella mientras abría una puerta, y Hilary se encontró en el interior de una reducida pieza, quizá una antigua salita de estar, con unas cuantas sillas duras, un altar, una rudimentaria estatua de yeso de la virgen, algunas imágenes religiosas de poca monta. La monja se santiguó y arrodilló y Hilary permaneció de pie, incómodo, esperando que lo sacara de allí.

—Estamos muy orgullosas de nuestra capilla —dijo ella al salir—. Perdimos la antigua imagen de la virgen durante el gran ataque aéreo —se cayó al suelo y se hizo añicos por culpa de los temblores—, pero, gracias a la generosidad de *madame* Mercatel, que hizo una colecta entre las devotas del pueblo, hemos podido reemplazarla. *Madame* Mercatel es la madre de nuestro maestro, a quien pronto conocerá.

—¿Es rentable la fundación, *ma mère*? —preguntó Hilary siguiéndola por una ancha y pulcra escalera.

—Por desgracia, no —suspiró la monja—. De hecho, somos muy pobres, y desde la guerra somos más pobres que nunca, justo ahora que la necesidad es mayor. Pero Dios proveerá. —Inclinó la cabeza en una leve reverencia y añadió mientras abría la puerta—: Esta es una de las habitaciones, *monsieur*.

Era la habitación más pobre y más triste que Hilary había visto nunca. Había unas cuarenta camas dispuestas en cuatro filas ordenadas, dos de ellas con el cabezal hacia la pared y otras dos en el centro de la pieza. Cada cama estaba cubierta por una fina manta gris y, al lado, había una silla de madera. No se veían más muebles. No había ni una alfombra para cubrir el suelo de madera, ni un cuadro en las paredes pintadas de verde oscuro. No había juguetes. Cada cama era anónima e idéntica a las demás.

—Esta es la habitación de los más pequeños —dijo la monja—. Aquí es donde duerme su..., el pequeño Jean. Creo que esta es su cama. —Se dirigió hacia una de las camas del centro de la pieza, bajó la mirada y sacudió la cabeza—. Qué niño tan desobediente... —dijo con tristeza.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho? —preguntó Hilary acercándose a ella.

Alguien había colocado un montoncito de cosas en medio de la manta gris. Había una piña, un trozo de mármol casi completamente desteñido, un sello americano usado, un pequeño cisne de celuloide con el cuello partido y un trozo de paño sucio alrededor del cuello a modo de venda.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Hilary.

La madre superiora se echó a reír.

—Los niños *esconden* cosas en las camas —explicó—. Saben que si los descubrimos pierden un punto, pero, aun así, no dejan de hacerlo. Me temo que su... —Esta vez no corrigió el posesivo—. Su pequeño Jean es un pequeño delincuente.

—¿Qué implica perder un punto? —preguntó Hilary.

—La mayoría de nuestros niños tienen familia o parientes que se los llevan durante las vacaciones —replicó la monja—. Para ellos, perder diez puntos supone un día menos de vacaciones. Para el pequeño Jean eso no significa gran cosa excepto que, por supuesto, perder un punto supone una gran deshonra. Algunos niños son demasiado mayores para que mujeres como nosotras les peguemos, *monsieur*, y tenemos que usar esta clase de métodos para mantener la disciplina.

Se dio la vuelta y atravesó el dormitorio, y luego otros dormitorios, los baños, la lavandería... Cada pieza exhalaba el peculiar e inconfundible hedor de la pobreza institucional. Hilary la seguía

e iba haciendo los comentarios adecuados mientras no dejaba de repetir en silencio:

*Una caja de fichas y una piedra con vetas rojas,
un pedazo de vidrio desgastado por la playa
y seis o siete pechinas,
una botella de campanillas
y dos monedas francesas de cobre, dispuestas con
cuidadoso arte,
para consolar su triste corazón...*

«Pero este niño nunca ha tenido siquiera un surtido de tesoros que *lo* consuelen», pensó Hilary súbitamente al recordar aquel doloroso montoncito dispuesto en la cama. Bajaron las escaleras y regresaron al vestíbulo. —Aún tenemos tiempo hasta que vuelvan los niños. ¿Le gustaría ver las aulas?

—Me encantaría —respondió Hilary agradecido por lo que, seguramente, supondría un respiro frente a la insoportable pena que lo estaba obsesionando—. ¿Se imparten aquí todas las clases?

—Todas —dijo la monja—. Aquí tenemos a los niños hasta los catorce años; luego se examinan y, los que aprueban, pasan a la fundación que tenemos en Marly, donde aprenden un oficio durante cuatro años y salen bien preparados. Los otros, por desgracia, deben buscar trabajo enseguida.

Lo condujo al exterior, hacia un amplio barracón de madera. Al entrar, un pasillo recorría toda su extensión y, tras la endeble pared, Hilary pudo oír las voces de los niños, que se elevaban siguiendo familiares ritmos.

—Tengo que enseñarle cada una de las aulas —dijo la monja—, sería impensable dejarnos una sola, pero a quien quiero de verdad que conozca es a *monsieur* Mercatel. —Giró el picaporte y entraron en la primera.

Unos treinta niños se levantaron al instante y se quedaron de pie mirando a los visitantes con los brazos cruzados sobre el pecho. Todos ellos iban muy pobremente vestidos, y sus edades oscilaban entre los diez y los doce años. La monja condujo a Hilary ante ellos hasta el lugar en que una mujer joven con el pelo rizado y ataviada con un jersey y una falda permanecía en pie, esperando detrás de su pupitre.

—Este es *monsieur* Wainwright, que ha venido a vernos desde Inglaterra —dijo la madre superiora—, y esta, *monsieur*, es *mademoiselle* Lucille, que da clases de Geografía e Historia a nuestros alumnos.

Hilary estrechó la mano a la mujer, que miraba hacia otro lado y exhibía una penosa timidez.

—Ahora toca geografía, ¿no? —dijo con gracia la madre superiora—. Me pregunto si alguno de vosotros podría decir a *monsieur* Wainwright cuál es la capital de Inglaterra. A ver..., ¿Louis, quizá? —Señaló a un negro bajito de pelo rizado que dijo: «¡Londres!», — con una enorme sonrisa llena de orgullo. La monja, la profesora y los niños al completo miraron expectantes a Hilary.

Esa era la clase de audiencia a la que podía responder con toda facilidad.

—Eso está pero que muy bien, Louis —dijo entusiasmado—. Estoy seguro de que yo a tu edad no sabía cuál era la capital de Francia. —Y todos los niños le sonrieron serviles. Era evidente

que estaban esperando que la clase se reanudara.

Pero las convenciones ya estaban satisfechas.

—Bueno, no debemos interrumpir la clase por más tiempo —dijo la madre superiora, que esperó a que Hilary hiciera una leve inclinación ante *mademoiselle* Lucille a modo de despedida cortés y lo condujo fuera de la pieza.

—Pensé que eran las hermanas quienes daban las clases —dijo Hilary algo sorprendido.

—No —replicó la monja—, nuestra orden no se dedica a la educación. Nos ocupamos de cuidar a los niños, pero los docentes vienen cada día del pueblo. Y aquí está la segunda aula —dijo—. Ahora hay clase de Lectura con *madame* Lapointe.

Saltaba a la vista que *madame* Lapointe era una profesora competente y profesional. Las paredes de la clase estaban decoradas con fotos, dibujos de los niños, ilustraciones de revistas didácticas... Era una mujer rolliza de mediana edad, que saludó a la madre superiora con el respeto distante de una eficiente compañera de trabajo. Todos siguieron la misma fórmula que en la clase anterior. El pelirrojo Robert leyó en voz alta la fábula de la zorra y el queso y Hilary, ante la mirada complacida de los niños, elogió aquel acento francés tan puro que ya quisiera para sí y, acto seguido, volvieron a retirarse hacia el pasillo.

—Y ahora llegamos a los niños mayores —dijo la monja—, que están haciendo Matemáticas con *monsieur* Mercatel. Debo decirle que él es el único de mis compañeros que está al corriente de la verdadera razón de su visita. Sé que está deseando encontrar la ocasión de hablar con usted sobre el niño.

Parte del entusiasmo natural de Hilary por ser el invitado de honor en la tribuna familiar se fue apagando a medida que seguía a la madre superiora hacia la última sala del barracón.

Una vez más, los niños se levantaron y cruzaron los brazos sobre el pecho. Esta vez eran ya chicos mayores y parecían, pensó Hilary fugazmente, más robustos, más desarrollados que los chicos ingleses de la misma edad. Pero su interés se centró en el profesor, que se acercaba a saludar a los visitantes con la mano ya tendida en señal de bienvenida.

«Parece inglés», fue lo primero que pensó Hilary, pero no era cierto. Aquel hombre bajo y delgado de pelo gris podría haber sido oriundo de cualquier país. La boca amable y los apacibles ojos azules le daban un aire de europeo culto de bondad sincera y sin trascendencia alguna.

—Hoy están estudiando Geometría, ¿verdad? —preguntó la madre superiora después de la presentación de rigor—. No sé si le interesa el tema, *monsieur* Wainwright.

—A los poetas no suele interesarles la geometría —comentó *monsieur* Mercatel sonriendo a Hilary, que sintió un placer desproporcionado al ver que aquel hombre lo conocía por sí mismo, y no simplemente como un padre en busca de su hijo perdido.

—Ya solo por respeto a la educación de sus chicos, no puedo fingir que me interesa la geometría —dijo en voz alta y dirigiendo una sonrisa cómplice a toda la clase—. Pero quizá tengan a algún poeta entre ellos a quien le ocurra lo mismo que a mí.

Todo el mundo se rio.

—Georges es mejor de lo que debería —dijo *monsieur* Mercatel— escribiendo poemas que no tienen nada que ver con las clases. —Y un chico alto de la primera fila soltó una risita nerviosa con una expresión entre confusa y avergonzada—. Pero no creo que sus poemas alcancen alguna vez el renombre de los suyos.

Como ya habían prestado la debida atención a los chicos, que seguían de pie con los brazos

cruzados, podían hacer un aparte, así que los tres adultos se quedaron junto a los esquemas de la pizarra hablando en voz baja.

—Me pregunto, *monsieur* —dijo *monsieur* Mercatel—, si le sería posible venir una tarde a mi casa a tomar café, para así poder conocernos un poco más.

—Me encantaría —respondió Hilary con sinceridad, convencido de que sería una velada muy agradable en la que no hablarían del niño.

—¿Mañana, entonces? —sugirió *monsieur* Mercatel, y al ver que Hilary asentía, continuó—: ¿Le va bien que vaya a buscarlo a su hotel a las ocho? ¿Dónde se hospeda?

—En el Hôtel d'Angleterre —replicó Hilary, y comprobó sorprendido el disgusto que asomaba a los dos rostros que tenía enfrente.

—Uno se olvida enseguida de que no hay otro sitio —dijo *monsieur* Mercatel encogiéndose de hombros; acto seguido se despidieron y Hilary y la madre superiora abandonaron la sala.

—*Ma mère* —dijo Hilary con timidez mientras regresaban por el pasillo—, ¿qué tiene de malo el Hôtel d'Angleterre?

La monja vaciló un momento, como preguntándose si podría contestar a esa pregunta.

—Como cristiana, *monsieur*, debo ser caritativa —dijo finalmente de mala gana—, pero como francesa es difícil abstenerse de juzgar ciertas cosas. Todos sabemos que los hosteleros vivieron situaciones muy difíciles durante la ocupación, pero algunos de ellos sacaron sus peores vinos para los alemanes y otros, en cambio, sacaron los mejores. *Monsieur* Leblanc fue de los últimos.

—Qué desagradable —dijo Hilary—. ¿Quiere decir que era colaboracionista?

—Oh, no —replicó la monja—. Los Leblanc nunca tendrían el valor suficiente para actuar de un modo tan audaz, ni siquiera para actuar de forma equivocada. Por supuesto, hubo gente que pensó que deberían haber ido a juicio al terminar la guerra, pero no habría tenido ningún sentido intentarlo. Fue una desgracia que el resto de los hoteles fueran bombardeados. Durante un tiempo, la gente del pueblo se mantuvo alejada del Hôtel d'Angleterre, pero las cosas se olvidan fácilmente y quizá, en el fondo, nadie desea llevar el rencor demasiado lejos.

—No parecían nada contentos al verme aparecer por allí —dijo Hilary pensativo mientras atravesaban un patio de gravilla.

—Son gente cobarde —murmuró la monja con desdén—. Seguramente pensaron que, como era usted inglés, había venido a castigarlos. —Hizo ademán de zanjar el tema y volvió a sus antiguos modales—. Y aquí, *monsieur*, es donde juegan los niños.

—Ya veo —dijo Hilary. No encontró ningún comentario que hacer ante el patio desnudo y vacío, así que lo atravesaron en silencio y volvieron a entrar en la casa.

Empezó a sonar una campana.

—Ah —dijo la monja—, ya se han acabado las clases por hoy, y los niños pequeños ya deben de haber regresado del paseo. Si me permite, *monsieur*, espere aquí un momentito y le traeré a Jean en cuanto meriende algo. Entonces, si lo desea, podrá llevárselo con usted.

Cerró la puerta y dejó a Hilary otra vez en la sala de espera, quien se quedó allí sentado, con el pensamiento y la emoción helados mientras contemplaba las formas geométricas del papel de la ventana e imaginaba que el estampado se llenaba de hexágonos feos, absurdos, totalmente insatisfactorios. El tiempo se paró mientras permaneció allí esperando.

Entonces oyó que alguien abría la puerta, retrocedía sigilosamente y volvía a abrir tanteando con torpeza. Se levantó y miró hacia la puerta. El niño entró y, justo antes del instante en que su

mirada se posara en él, su cuerpo, su sangre, su conciencia le arrancaron la convicción de que ese era su hijo.

TERCERA PARTE

LA ADVERSIDAD

CAPÍTULO 7

Lunes

Entonces miró al niño.

Y se dijo con una especie de horror: «¿Cómo puedo haber siquiera imaginado que este niño era mío?».

* * *

Y es que, sin saberlo, se había estado formando una imagen de su hijo. Cuando intentaba imaginar a un niño que pudiera ser el suyo, su consciencia no le respondía. Pero la parte más inconsciente de su mente había guardado como imagen de su hijo a aquel niño de la fotografía que se había negado a enviar a Pierre, aquel niño inglés de cinco años con chaqueta y pantalones cortos grises de franela, calcetines cortos grises, pulcros zapatos marrones, anchos ojos risueños bajo una gorra de fieltro gris y una alegre y confiada sonrisa. Sus más profundas expectativas de reconocimiento estaban, pues, basadas en el recuerdo de esa fotografía.

Pero ante él se hallaba un niño pequeño y delgado con una bata negra de satén. Las mangas le quedaban cortas y de ellas colgaban unas manos rojas e hinchadas, demasiado grandes para las frágiles muñecas que las sostenían. Hilary desvió la mirada de aquellas penosas manos hacia las piernas largas, delgadas y mugrientas del niño, hacia los calcetines toscos y gruesos que le caían sobre las botas negras, desgastadas y, seguramente, varios números más grandes del que le correspondía. «Es un niño desconocido», pensó sin emoción alguna, y entonces se permitió mirar el rostro vuelto hacia él, pequeño y blanco, con un bucle de pelo negro cayéndole desde una raya caricaturesca que aparecía sobre unos ojos enormes y oscuros que lo contemplaban suplicantes.

Sabía que debía ir hasta el niño y saludarlo de modo natural y amistoso. Pero solo fue capaz de quedarse allí de pie mirando con horror y repulsión mientras pensaba sin poder controlarse: «¿Por qué me mira de esa forma? No sabe por qué estoy aquí. ¿Por qué me mira de esa forma?».

De repente, mientras seguía allí parado tratando de avanzar desesperadamente hacia alguna parte, recordó a su tía Jessie cuando, de muy pequeño, ella iba a su casa de visita. Él se quedaba de pie al lado de la silla, en la sala de estar, y la contemplaba fijamente con unos ojos enormes que imploraban, y ella lo sabía: «Por favor, llévame contigo de vuelta a la granja; por favor, llévame contigo de vuelta a la granja». «Pero si no sabe quién soy», se repetía para sus adentros una y otra vez, y entonces se abrió la puerta detrás del niño y la madre superiora entró con un pequeño abrigo en las manos.

Deslizó la mirada de uno al otro y al final dijo enérgica:

—Bueno, ¿ya se han presentado? Jean, este es el señor inglés del que te he hablado, *monsieur* Wainwright. Anda, dale la mano ahora mismo. No sé qué modales son esos.

El niño se acercó despacio con los ojos aún fijos en el rostro de Hilary. Extendió la mano y, cuando Hilary rozó su piel helada, la intensidad contenida hasta ese momento se rompió. El niño bajó la mirada al suelo y Hilary respiró profundamente y se sintió medio muerto de cansancio.

La madre superiora pareció no darse cuenta de nada.

—*Monsieur* va a quedarse aquí unos días —prosiguió con la misma voz animada—, y luego regresará a París para contarle a *madame* Quillebœuf cómo estás. —Y añadió con un dejo de inquietud—: Jean, te acuerdas de *madame* Quillebœuf, ¿verdad?

El niño parecía nervioso. «Se ha asustado con tantas preguntas», pensó Hilary, y en un impulso para ahorrar al niño la respuesta dijo rápidamente, con seguridad y sin asomo de interrogación en su voz:

—Pues claro que te acuerdas de *grandmaman*.

El semblante del niño cambió milagrosamente. Ahora volvía a mirar a Hilary, pero esta vez con una mirada llena de alivio y gratitud, como si ya hubiera recibido lo que estaba pidiendo.

—Tenía un reloj con un pajarito que salía y decía cucú —dijo, y las palabras se le atropellaban llenas de emoción.

Hilary pensó: «Qué raro oírle hablar francés» y, al mismo tiempo: «Ese debe de ser el reloj que la anciana tuvo que vender». La monja estaba diciendo:

—Yo también tenía un reloj así cuando era niña, en Alsacia —Y el niño, al mirarla, cambió de expresión como si fuera otro, un niño alegre, entusiasta, curioso.

»No quiero tenerlos más tiempo aquí encerrados hablando —añadió la madre superiora con mucho tacto—, estoy segura de que tendrán ganas de salir a dar un paseo. Ven aquí, Jean —dijo, y lo ayudó a ponerse el grueso abrigo negro y recto, le abrochó los botones con fuerza y le puso la capucha. Entonces abrió la puerta y esperó a un lado hasta que Hilary y Jean salieron. Cerró la puerta detrás de ellos y los dejó allí, juntos, en el vestíbulo.

Hilary giró el picaporte de la puerta principal, pero esta no se abría. El niño corrió como un rayo hacia ella y exclamó, ansioso:

—Déjeme a mí, yo sé cómo hacerlo —Se puso de puntillas para quitar el cerrojo de arriba, empujó la puerta y, orgulloso, la sostuvo abierta para que Hilary pasara.

* * *

Después de que Hilary entrara en el orfanato, la tarde se había puesto fresca y oscura. Los colores de los árboles y los muros empezaban a apagarse, y una fina y húmeda neblina se levantaba del suelo. «¿Qué demonios podemos hacer?», se preguntó consternado, y se volvió a esperar a que el niño se pusiera a su lado para decirle—: Tú dirás dónde vamos, porque yo no conozco de nada tu pueblo.

—¿Le gustan los trenes, *monsieur*? —preguntó Jean sin aliento.

—Me gustan mucho los trenes —replicó Hilary esperanzado.

—Hay un paso a nivel —dijo Jean—. Creo... ¿Cree usted, *monsieur*, que podríamos ir por allí?

—Estaría muy bien —dijo Hilary—. Vamos, tú me enseñas dónde está —Y bajaron juntos las escaleras.

Al salir de la casa, Jean se detuvo y miró a Hilary vacilante. —Sí —dijo Hilary, como si estuviera calmado a un perro—, de verdad, quiero ver los trenes —De repente, el niño pareció seguro de sí mismo y, por primera vez, esbozó una sonrisa natural de niño feliz—. Robert dijo que era por aquí —señaló, y emprendieron el descenso de la colina.

Al principio, Jean caminaba tranquilamente al lado de Hilary y, de vez en cuando, lo miraba de reojo. Cada vez que lo hacía, Hilary no podía evitar sonreírle para decir, sin palabras, que todo iba e iría bien y, poco a poco, el niño pareció tranquilizarse y empezó a correr de un lado a otro. A veces se situaba un poco por delante, pero siempre volvía a mirar el semblante de Hilary hasta que, por fin, empezó a sonreírle antes de que Hilary le sonriera a él.

—¡Mira! —dijo Hilary cuando ya habían caminado más o menos un kilómetro—. Ahí está tu paso a nivel, justo al pie de la colina. —Y señaló un lado en el que se veían las altas barreras erguidas junto a la carretera.

Jean se quedó quieto e inclinó la cabeza para verlas. Luego, tras una última mirada a Hilary, salió corriendo colina abajo.

Hilary apresuró el paso para mantenerse detrás del niño. No tuvo que apresurarse mucho. Aquellas piernecitas metidas en las burdas botas eran incapaces de ir muy rápido, así que Hilary y Jean alcanzaron juntos el pie de la colina.

Al llegar, las pesadas barreras empezaban a descender, lenta y majestuosamente hacia la carretera, hasta que las cortinas de hierro colgante golpearon el suelo con un espléndido «¡clong!». Jean se aferró al abrigo de Hilary y dijo en una especie de tembloroso éxtasis:

—Robert dijo que cuando las barreras bajaban, venía el tren. —En ese momento ambos oyeron el silbido de una locomotora que se aproximaba.

Era una locomotora de mercancías vieja y lenta que arrastraba lo que a Hilary se le antojó un número sorprendente de vagones llenos de carbón y que tardó mucho tiempo en pasar. La contempló con la abstracción que siempre puede causar un tren de paso y, por un momento, se olvidó del niño que tenía a su lado. Entonces, cuando pasó el último vagón y, lentamente, empezaron a desvanecerse los ruidos y el traqueteo, Hilary oyó una fina e incrédula voz que decía:

—He visto un tren...

—¿Nunca habías visto un tren? —inquirió Hilary.

Su tono asustó al niño.

—No, *monsieur* —dijo este, y abrió más los ojos, llenos de recelo.

—Pero ¿nunca venís por aquí durante los paseos? —preguntó Hilary.

—No, *monsieur* —susurró Jean, mirándolo implorante, como pidiendo perdón—, siempre vamos por el otro lado.

«Es increíble —pensó Hilary enfurecido—, es intolerable, no puedo aguantar algo así». Entonces miró a Jean y vio que, sin comprender absolutamente nada acerca de lo que ocurría, también él encontraba ese momento intolerable y, con un esfuerzo deliberado para relajar el cuerpo, consiguió decir en un tono cálido:

—Mira, Jean, las barreras siguen bajadas. Me parece que viene otro tren.

Esperaron y contemplaron el vigoroso paso de un tren cisterna oxidado y jadeante.

—¡Mire, *monsieur*! —gritó Jean—. Mire, está yendo hacia atrás. —Y estalló en fuertes carcajadas, y Hilary se rio con él.

Entonces las barreras volvieron a subir y Hilary se percató de que tenía frío.

—Vamos a ese café que hay allí, cruzando la carretera, y nos sentamos un rato para entrar en calor. Podremos seguir viendo los trenes por la ventana.

Jean asintió rápidamente, sonrió para mostrar cuánto le gustaba la idea y siguió a Hilary hasta el café.

Dentro se estaba caliente y cómodo. Había una gran estufa ardiendo en una esquina y, al fondo, los bancos forrados de polipiel separados por tablonces altos formaban rincones que ofrecían una conveniente intimidad. Hilary colocó al niño cerca de la ventana de una mesa vacía y se sentó enfrente.

—Ahora dime—dijo—, ¿qué quieres tomar?

Jean lo miró estupefacto y Hilary, al darse cuenta de que estar en un café era una experiencia tan nueva para él como el tren, decidió pedir una cerveza y un sirope de frambuesa.

—Qué color tan bonito —dijo Jean con timidez cuando se lo pusieron delante.

—Pruébalo —urgió Hilary, y Jean lo probó y se bebió el vaso entero de una sentada a grandes y sonoros sorbos—. Bueno, ¿qué te ha parecido? —preguntó Hilary, y Jean replicó con audacia:

—Creo que incluso podría tomarme otro —Hilary se echó a reír y pidió otro.

Jean parecía haberse olvidado de los trenes y ahora deambulaba con la mirada llena de entusiasmo por la sala.

—¡Mire, *monsieur*! —gritó de repente señalando un tiesto con una planta verde y polvorienta —, mire, una palmera.

—¿Cómo sabes que es una palmera? —preguntó Hilary con curiosidad.

—La vi en un libro —replicó Jean sin darle importancia.

—¿Te gusta leer? —preguntó Hilary.

—Me gusta leer sobre África —dijo Jean.

—¿Y qué más? —preguntó Hilary.

—No tengo más libros sobre otras cosas —dijo Jean.

Hilary frunció el ceño. Le molestaba su propia incapacidad para anticipar las experiencias limitadas, y para él inconcebibles, del niño. Entonces volvió a recordar que debía poner de su parte para que fruncir el ceño resultara un lujo prohibido y preguntó rápidamente:

—¿Qué has aprendido sobre África?

—Conozco las mambas negras —respondió Jean—, que se enroscan en los árboles para esconderse y, cuando te acercas, te escupen en los ojos, y lo que escupen es veneno y entonces tienes que morirte, nadie puede salvarte.

—En Londres, la ciudad donde vivo —dijo Hilary—, hay un sitio que se llama zoo con todo tipo de animales salvajes vivos.

—¿Se comen a la gente? —preguntó el niño con avidez.

—No, no se comen a la gente porque están todos encerrados en distintas jaulas para no hacer daño a nadie. Bueno, pues cuando yo era pequeño, mi... —Iba a decir «mi padre», pero cambió de idea—. En fin, me llevaban al zoo de vez en cuando, y un día me llevaron donde las serpientes, y el hombre que las cuidaba sacó una pitón enorme de la jaula y me la colocó alrededor del cuello —El niño suspiró encantado y miró a Hilary lleno de alegría mientras este hablaba del panda, las

jirafas y los elefantes—. Se puede dar un paseo a lomos de un elefante —dijo, y se dio cuenta de que quería añadir: «Un día te llevaré a montar en elefante».

Pero no lo hizo. Miró la pequeña y pálida cara que lo miraba absorto y preguntó súbitamente —: ¿Qué has merendado antes de salir?

—Un poco de pan con un terrón de azúcar —replicó Jean—. Siempre nos dan lo mismo después de las clases. —Buscó con la mirada la aprobación en el rostro de Hilary.

—¿Y de comer? —preguntó Hilary—. ¿Qué has comido hoy?

—No me acuerdo —respondió el niño bajando la vista.

«Ayúdame a ser lento y tener cuidado», rezó Hilary sin saber a quién.

—Pues cuando yo era pequeño, lo que más me gustaba comer eran patatas fritas. Siempre que podía elegir lo que quería para comer, elegía eso —dijo con una voz premeditadamente alegre.

Lo estaba consiguiendo; Jean lo miraba otra vez y aquella mirada opaca y defensiva se le estaba desvaneciendo, mientras añadía con cautela:

—Creo que a mí también me gustarían.

Pero ahora Hilary volvía a atascarse. No se le ocurría ninguna comida que el niño pudiera haber probado. Lo intentó con otra cosa. —¿Por qué no me explicas algo sobre ese libro que estás leyendo, el libro sobre África?

Esta parecía una pregunta distinta, a la que podía acogerse sin reparos, no una pregunta que era mejor evitar.

—Es de *Madame* Lapointe —explicó Jean—. Lo leo durante las clases de lectura, porque yo puedo leer, pero los otros niños de mi clase, no. *Madame* me da el libro, me siento en la fila de atrás y me paso la clase leyendo.

—¿Y cómo es que tú puedes leer y los otros niños, no? —preguntó Hilary.

—No lo sé, *monsieur* —replicó Jean con sencillez, pero esta vez no estaba evitando la pregunta sino, simplemente, brindando a Hilary la verdad.

La radio que hasta entonces había estado berreando sin cesar música de baile pasó repentinamente a dar un parte y Hilary, al darse cuenta y por primera vez, echó un vistazo al reloj.

—Son las siete y cuarto —dijo tratando de que su voz sonara lo más tranquila posible—. Tenemos que volver, si no, la madre superiora se enfadará conmigo.

Se levantó y el niño, en silencio, se deslizó fuera de su asiento y se quedó de pie, esperando, y en su mirada apareció de nuevo la agónica súplica con la que lo había saludado al comenzar la visita.

—No te preocupes, Jean, mañana volveré a buscarte y al otro, también —dijo Hilary con voz suave.

—¿Y al otro? —preguntó el niño sin cambiar la expresión del rostro.

—Bueno, eso ya no lo sé —respondió Hilary molesto—. Ya veremos, ¿no? —El niño miró al suelo rápidamente y Hilary ya no pudo verle los ojos grandes e implorantes—. Vamos —dijo, y salió enseguida del café con el niño detrás.

Enfilaron la cuesta de la colina en silencio con Jean muy cerca, al lado de Hilary. Ya estaba oscuro y solo les llegaban las luces de algunas ventanas con los postigos abiertos para ver el camino. Poco a poco, el niño empezó a quedarse rezagado y Hilary, al darse cuenta, le preguntó con la ternura del remordimiento:

—Jean, ¿estás cansado?

—No, *monsieur* —respondió una voz queda y temblorosa.

—Pues yo sí —dijo Hilary—. ¿Me das la mano y así me ayudas a subir la cuesta? —Le ofreció la mano y tomó firmemente la suya, que desprendía un frío helado, inhumano—. ¿No tienes guantes? —preguntó con desmayo.

—No, *monsieur* —respondió Jean con tristeza. Se podía oír claramente en su voz cuánto lamentaba aquella respuesta que sabía que iba a resultar desagradable—. Robert tiene unos guantes azules que le hizo su tía —lanzó esperanzado.

—¿Robert es el pelirrojo? —recordó Hilary.

—Sí —asintió Jean.

—Tendría que tener unos rojos, a juego con el pelo —dijo Hilary, y el niño quedó encantado con la broma, se rio alegremente y apretó un poco el paso cuesta arriba.

Al llegar a la verja entraron y, cuando Hilary se disponía a alcanzar la puerta de entrada, sintió la mano de Jean tirando de la suya.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No se nos permite ir por ahí, *monsieur*. Hay una puerta al otro lado —replicó el niño, inquieto.

—No pasa nada, vienes conmigo —dijo Hilary en tono tranquilizador. Recordó la primera vez que su padre acudió a verlo en primaria, su temor a que no transgrediera ninguna norma. Entonces se preguntó si el miedo de Jean era solo convencional, como el suyo propio—. Mira, tengo que traerte de la mejor manera posible o tal vez no me dejen volver a llevarte. —Entonces subieron los escalones y tocaron el timbre.

Volvió a abrir la puerta la misma monja gorda y bigotuda y Hilary, que estaba muy atento, vio que Jean y ella se sonreían de un modo espontáneo y cariñoso antes de que ella dijera:

—Dale las gracias a *monsieur* y vete a la cama corriendo.

—Gracias, *monsieur* —dijo Jean obediente e inexpresivo, y entonces recordó algo, quizá los trenes, quizá el sirope de frambuesa, quizá los elefantes del zoo, alzó los ojos encendidos hacia Hilary y repitió vehemente—: Oh, gracias, *monsieur*. —Entonces se volvió y se alejó trotando entre los golpes de las botas contra el suelo de mármol a cuadros.

—Es un niño muy bueno —dijo la monja, entre brusca y cariñosa, y luego añadió—: *Monsieur*, a la madre superiora le gustaría que tomaran un café antes de irse. —Y Hilary, que tenía ganas de estar solo, tenía ganas de examinar sus pensamientos y emociones en privado, tenía ganas de escapar, solo fue capaz de inclinarse cortésmente y decir que acudiría encantado a verla.

CAPÍTULO 8

Lunes (continuación)

La madre superiora se encontraba en su pequeño despacho abarrotado de cosas, escribiendo bajo la débil luz de una bombilla desnuda. Cuando Hilary entró, dejó a un lado el bolígrafo y alzó la fatigosa mirada para decir con una cortesía que no por carecer de calidez resultaba menos genuina:

—Pensé que le gustaría tomar un café antes de volver al hotel. Hace una noche tan fría.

—Es usted muy amable —contestó Hilary mientras tomaba asiento.

—En absoluto —dijo la monja, y al cabo de un momento añadió—: Muy raramente acabo de trabajar a una hora lo bastante razonable como para permitirme recibir visitas. —Y Hilary se dio cuenta de que pretendía tranquilizarlo, decirle que después de la visita ceremonial de esa noche tendría la libertad de traer de vuelta al niño y marcharse sin hacer ruido.

La misma monja gorda llegó con dos tazas grandes de café y las dispuso sobre la mesa.

—Gracias, hermana Thérèse —dijo la madre superiora—. ¿Ya se ha ido a la cama el pequeño Jean?

—Sí, *ma mère* —respondió la anciana monja—. Estaba tan cansado que casi no sabía qué hacer con él. —En su voz se adivinaba el reproche sesgado y rencoroso de la niñera solícita.

—Es por haber disfrutado —dijo la madre superiora con gesto aplacador—. Ya verá cómo se recupera durmiendo, *ma soeur*. —Y la hermana murmuró pesimista:

—Esperemos que sí. —Y se retiró.

La madre superiora rio suavemente y tendió a Hilary una taza de café.

—Me temo que no es café de verdad —se disculpó—. Ahora mismo el café de verdad es prácticamente imposible de obtener.

—Ojalá lo hubiera sabido —dijo Hilary contrito y avergonzado por no haber pensado en un regalo de bienvenida tan sencillo, y probó el brebaje de la taza. Aquel sabor repugnante lo sorprendió tanto que no fue capaz de evitar que su rostro cambiara de expresión para mostrar un irrefrenable disgusto. Enseguida intentó disculparse, pero a la madre superiora no pareció importarle.

—Siempre dicen que los ingleses hacen un café malísimo, pero, por la cara que pone, veo que no está tan mal como este —dijo risueña.

—Pues no, es cierto —replicó Hilary con vehemencia—. *Madame*... —Entonces recordó y se corrigió en el acto—. *Ma mère*, realmente... ¿es esto todo lo que se puede conseguir en Francia?

—Salvo en el mercado negro —dijo la monja—. Es terrible, ¿verdad? Las dos cosas que más nos importan a los franceses son el buen pan y el buen café, y no podemos tener ni una cosa ni la otra.

Al hablar de comida, Hilary recordó al niño. Olvidó cuánto había temido que la madre superiora sacara a relucir el asunto y preguntó:

—Sus niños... ¿Tienen comida suficiente para dar a los niños?

—No —respondió la madre superiora con firmeza—. No tenemos. Las autoridades hacen lo que pueden para ayudarnos, pero, en estos momentos, este país tan triste tiene poca comida que ofrecer a aquellos que deben comprarla en el mercado más barato.

—Pero ¿no se han tomado medidas especiales para los niños?

—Ah —respondió la madre superiora—, he oído maravillas de lo bien que se alimentan los niños en Inglaterra, pero nosotros, *monsieur*, no somos gente disciplinada. Decimos que los niños deben comer huevos, pero luego, cuando vamos a buscarlos al mercado, nunca los encontramos. Tenemos un poco de leche, pero solo para los niños menores de seis años. Carne, no conseguimos casi nunca. Tenemos la esperanza de que estas condiciones cambien muy pronto, pero, entretanto —prosiguió acaloradamente—, estos son los años más importantes en la vida de nuestros niños.

—¿Jean está sano? —preguntó Hilary.

—Para lo que tenemos ahora, sí —replicó ella con cautela—, pero solo por eso. El médico me ha dicho que es propenso al raquitismo, y eso sin duda empeorará porque, cuando cumpla seis años, le tendremos que quitar la leche —pero claro, la mayoría de nuestros niños son propensos al raquitismo—. Y tiene anemia, eso es seguro. Si se resfría, si se hace un corte en la pierna, tarda más en recuperarse, pero eso les pasa a todos nuestros niños. Según los percentiles de mis libros, que son de antes de la guerra, no pesa lo que debería, lo cual no resulta sorprendente. Es verdad que, con esta dieta, algunos niños engordan en vez de adelgazar, como le ocurre a Jean, pero es una grasa saludable. Además, y eso hoy en día ya es mucho, Jean aún no tiene tuberculosis.

—¿Me está diciendo que tienen a los niños tuberculosos mezclados con los sanos? —preguntó Hilary incrédulo.

—Sí —replicó la monja sin inmutarse—. Aquí tenemos niños tuberculosos. Si supiera más acerca de Europa, *monsieur*, sabría que, hoy en día, correr el riesgo de contraer tuberculosis en un hogar con una cama y tres comidas al día supone tener una infancia feliz.

Hilary no podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero... seguro que tienen lugares especiales para los tuberculosos, ¿no? —protestó.

—Están llenos —dijo la monja. Tenía los labios apretados como si deseara decir más pero no fuera a hacerlo, hasta que los separó para gritar acaloradamente—: ¡*Monsieur*, ustedes los ingleses no alcanzan a comprender lo que es ahora mismo Europa! Si le parece que las condiciones en Francia son malas, créame, *monsieur*, estamos en el paraíso. No acertaría a imaginar lo que me han dicho las hermanas que han estado trabajando en Alemania, Austria o Polonia. Cuando me entran ganas de llorar por nuestros niños, me pongo a recordar lo que me dijeron de los otros. —Y se detuvo bruscamente.

—*Ma mère*, debe usted perdonarme —dijo Hilary sinceramente conmovido—. No estoy acostumbrado a sentir piedad desde hace algunos años, y todo esto de hoy me ha abrumado.

—No, *monsieur* —replicó la monja—, es usted quien debe perdonarme. Pero no debo retenerlo más, ya es su hora de cenar. Mañana, cuando venga, Jean ya estará preparado

esperándolo. —Se levantó y, al levantarse también Hilary, se despidió de él.

Se volvió en el umbral de la puerta, al recordar aquello que quería preguntar.

—Perdone, *ma mère*, pero ¿quién les da la ropa para los niños?

—Según nuestras normas —repuso ella—, las familias o los tutores de nuestros niños deben encargarse de su ropa. Esto a veces no es posible, por supuesto, entonces se la damos nosotras gracias a las ayudas caritativas.

—¿Hay algún inconveniente en que compre a Jean unos guantes? —preguntó Hilary vacilante, con la mano en la puerta.

—En absoluto —dijo la monja, y esbozó una sonrisa cálida, humana, que rebasaba el ámbito conventual.

* * *

Hilary estaba famélico. Aquel día no había almorzado ni había tomado el té, así que, al regresar al hotel, fue directamente al comedor y se sentó en una mesa de una esquina.

Si alguna vez la evocación de algún sabroso manjar había impregnado la sala, esta ya se había disipado completamente. Apenas unas cuantas mesas estaban puestas y, en ellas, no había papeles blancos y limpios que cubrieran las manchas de los manteles desgarrados. Dos hombres con aspecto de viajeros de comercio comían juntos en la mesa de al lado; el resto del comedor estaba desierto. Las grietas recorrían el enlucido del techo, unas manchas enormes ensuciaban las paredes y la larga mesa de servicio que debería estar dispuesta con cestos de frutas, platos de jamón, langostas y pescado frío junto con elaboradas decoraciones, ofrecía tan solo unos cuantos botes de pimienta, botellas de salsa y jarrones vacíos y deslustrados. Era increíble, pensó Hilary, que un comedor francés pudiera exhibir un ambiente tan inhóspito y desolado como un café inglés de provincias, pero este, ciertamente, lo había logrado.

La sirvienta acudió a su mesa con prontitud, llevando la carta en la mano. Podía pedir sopa, croquetas frías y fruta. No había nada más en la lista.

—¿No tiene nada mejor que eso? —preguntó consternado.

—Voy a preguntar —repuso la criada, nerviosa, y se escabulló de nuevo con rapidez. Al regresar, dijo en un susurro—: Dice *monsieur* que, si lo desea, puede empezar con algo de paté y después entrecot asado, judías y patatas fritas.

—Sí, tráigame todo eso —dijo Hilary resuelto. La sirvienta se marchó para volver enseguida y añadir timorata—: Dice *madame* que entenderá usted que esto es *en supplément*, ¿no es así?

—Está bien —dijo Hilary sin entender, o sin molestarse en intentarlo. Pidió una botella de vino de la casa y, una vez más, se dispuso a disfrutar de una cena francesa.

Pero no pudo. La noche anterior había aceptado la succulenta cena con asombro y placer, sin traza alguna de culpabilidad. Ahora, al probar las espléndidas patatas, crujientes y tiernas, se puso a recordar al niño, quien tal vez ni siquiera supiera lo que eran. Al cortar el jugoso filete oyó cómo la madre superiora decía: «Carne, no conseguimos casi nunca». Miró hacia los hombres que ocupaban la mesa central. También estaban comiendo grandes trozos de carne y no parecían asaltados por remordimiento alguno. «Esto es el mercado negro —se dijo Hilary—, lo que tanto nos ha escandalizado, lo que impide que los pobres tengan siquiera lo mínimo», y entonces se preguntó: «Pero... ¿de qué sirve que lo rechace? No irá a esos niños, sino a otra gente lo bastante

rica para poder pagarlo» y empezó a comer sin dejar de discutir consigo mismo sabiendo que, aunque debería, no iba a pasar hambre.

—Voy a tomar café —dijo al acabar, y la sirvienta respondió:

—¿Café de verdad, *monsieur*? —Asintió, incapaz de pronunciar una palabra de afirmación, y llegó el café de verdad, negro y fragante, verdadero café francés, y al beberlo recordó el brebaje del orfanato.

Un hombre ataviado con un sucio uniforme de cocinero permanecía de pie junto a su mesa. Llevaba el pelo gris muy corto en una mata apelmazada en la cabeza y se frotaba las manos compulsivamente, como si quisiera limpiárselas.

—¿A *monsieur* le ha gustado la cena? —preguntó con aire servil.

—Sí, gracias —replicó Hilary con desagrado, deseando que aquel individuo desapareciera. Pero se quedó allí esperando, y Hilary se vio obligado a preguntar cortés—: ¿Es usted el *patron*?

—Así es —repuso el hombre. Se inclinó hacia la silla de Hilary y añadió cauteloso, bajando el tono de voz—: Cualquier cosa que *monsieur* desee, solo tiene que pedirla. Ese menú, ¿comprende usted?, es solo para guardar las apariencias.

—Gracias —dijo Hilary en tono glacial. La cercanía de aquel hombre le resultaba desagradable, pero él siguió allí de pie, transmitiendo confidencias en voz baja y tono conspiratorio.

—Ver a un inglés de nuevo me recuerda los viejos tiempos —afirmó ante Hilary—. Antes de la guerra nos visitaban muchos ingleses, y la mayoría regresaban cada año.

«Está mintiendo descaradamente», pensó Hilary. Aquel pueblo estaba fuera de las rutas principales que iban desde la costa hasta cualquier lugar con una mínima relevancia. El *patron* se inclinó aún más para sugerir:

—*Monsieur* está aquí de permiso, ¿verdad? —Al parecer, *madame* le había informado previamente de las diversas razones por las que *no* estaba allí.

—No —respondió Hilary, y se sintió obligado a dar una explicación—. En realidad, he venido a visitar al hijo de un antiguo compañero, que está en el orfanato.

—Ah —dijo *monsieur* Leblanc con un suspiro de alivio demasiado intenso—. Pensar en esos pobres niños de ahí, huérfanos de guerra, le parte a uno el corazón —añadió con la voz llena de lágrimas de cocodrilo.

—Sí —concedió Hilary con aire significativo—, pero al menos ellos tienen la satisfacción de saber que sus padres murieron como héroes. —Se levantó de la silla y *monsieur* Leblanc, de un salto, se apresuró a apartarla de la mesa.

—Recuerde, *monsieur*, cualquier cosa que podamos hacer..., solo tiene que pedirla —murmuró mientras él se alejaba a grandes zancadas.

* * *

«Y ahora —se dijo Hilary— me voy a dar una vuelta. Luego iré al café y me tomaré un coñac. Y luego, con la cabeza despejada y la mente ya limpia del fango de estos gusanos, pensaré en el día de hoy».

La luna ya había salido y brillaba por encima de las casas grises. Hilary anduvo sin rumbo, callejeando arriba y abajo, sin apenas reparar en lo que veía, intentando simplemente que pasara

el tiempo hasta que la primera parte del programa se hubiera completado para, así, proceder a la segunda. «Voy a esperar a llegar al próximo café», se dijo, y luego esperó al otro, y al otro, hasta que por fin se sentó en una mesa de hierro oxidado que había en la acera.

Pidió un coñac y sacó un cigarrillo. Era un café pequeño y destartado, sin animación alguna en los grupos sentados a su alrededor bajo las mortecinas lámparas colgantes. Dos chicas que paseaban vestidas con sendas faldas cortas de cuadros escoceses y chaquetas largas de punto blanco se detuvieron a mirar a Hilary con curiosidad y continuaron luego entre risas, con las cabezas muy juntas. Por fin llegó el coñac, pobre y sin cuerpo. Hilary bebió un sorbo, encendió el cigarrillo y dio otro sorbo. Hizo durar el coñac hasta que terminó el cigarrillo, luego se levantó y, aunque sabía que solo eran las nueve y media, emprendió el regreso al hotel mientras se repetía a sí mismo que había tenido un día agotador y que le iría bien descansar esa noche.

* * *

En la cama, con los libros y el cenicero preparados en la mesilla junto a él, se dijo: «Ahora debo pensar en todo esto».

Se quedó mirando el techo durante un rato con la mente vacía. Entonces se sorprendió pensando: «No, esta noche no voy a pensar, todo es demasiado reciente, y estoy demasiado cansado. Esta noche voy a leer y luego, a dormir». Tomó los libros y los sostuvo en las manos mientras miraba las contracubiertas e intentaba decidirse por uno.

Hilary era un lector veloz y nada temía más que quedarse sin nada que leer. Prefería leer cualquier cosa antes que no leer: fragmentos hechos trizas de noticias deportivas en el cuarto de baño, revistas de motor en una mesa de hotel o diarios vespertinos ya pasados que hallaba en el autobús. En el tren, ojeaba codiciosamente los libros que los otros pasajeros leían y forzaba una conversación hasta ofrecerles su propio libro a cambio de uno nuevo. Pero si, por cualquier desgracia, se veía reducido a leer únicamente aquello que se le ofrecía solo por el hecho de estar impreso, se ponía triste, sombrío e inquieto, como un *gourmet* que sufre de indigestión después de una mala comida.

Así que había escogido los libros para ese viaje principalmente por su extensión, libros bien pesados que lo mantendrían aplastado durante horas. Sostuvo la pila en las manos mientras se preguntaba cuál elegir. Había una novela de Henry James; algo de Peacock; el incomparable Swift; los poemas de Clough, que Hilary llevaba tiempo queriendo leer, y *Dombey e hijo*. Después de todo, no había mucho donde elegir. Tomó *Dumbey e hijo* y lo abrió por la escena en que el pequeño Paul muere en la cama.

—*Floy, ¿yo he visto alguna vez a mamá?*

—*No, cariño, ¿por qué?*

—*¿Nunca he visto nada parecido a un rostro materno mirándome cuando era un bebé, Floy?*

Hilary siguió leyendo con el juicio crítico completamente suspendido. La anciana niñera del pequeño Paul llegó al lecho de muerte.

—*¿Eres mi anciana niñera?* —preguntó el niño, y Hilary vio unos implorantes ojos negros que se dirigían al amable rostro de la anciana y siguió leyendo:

—*Sí, sí. —Ninguna extraña habría derramado aquellas lágrimas al verlo, ni lo hubiera llamado su tesoro, su niño bonito, su pobre niño desgraciado. Ninguna otra mujer se habría*

inclinado junto a su cama, le habría tomado la mano exangüe y se la habría llevado a los labios, al pecho, si no alguien con algún derecho a acariciarlo. Ninguna otra mujer...

El libro cayó sobre la manta. Hilary apoyó la cara en la almohada y rompió en sollozos por el pobre y desolado Paul Dombey, cuyas manos rojas e hinchadas colgaban de un modo tan patético de las mangas demasiado cortas de su pequeña bata negra.

CAPÍTULO 9

Martes

A la mañana siguiente, Hilary se despertó a las seis y estuvo leyendo a Swift a modo de entretenimiento, tranquilo y distante, hasta las ocho y media.

Entonces se levantó y, mientras se vestía, pensó con indiferencia: «Ayer fue un día infernal; no fue justo ni para mí ni para el niño. Nadie podía haber sacado nada constructivo de un encuentro tan espantosamente emocional. Pero ahora que todo ha pasado, vamos a tratar de abordar el asunto con tranquilidad. Por supuesto, aún es demasiado pronto para considerar siquiera si es o no mi hijo. Solo hay que seguir así con él, poco a poco, y ver lo que se presenta».

«Las preguntas directas, a todas luces, lo atormentan —pensó mientras se cepillaba los dientes—. No le haría ningún bien seguir insistiendo. Tengo que ir poco a poco».

«Eso sí —pensó mientras se peinaba—, es un niño muy bueno. Cualquiera podría tomarle cariño». Se miró la raya en el espejo y se sorprendió al ver su sonrisa tierna, entre reacia y avergonzada. Tomó el libro de Swift y se lo llevó a desayunar.

Madame ya estaba escribiendo tras la ventanilla del mostrador.

—Buenos días, *monsieur* —dijo bruscamente al verlo pasar, y Hilary le deseó un sincero «buenos días» porque prefería su hostilidad sostenida a la sonrisita obsequiosa de su marido.

Al parecer, los viajantes de comercio ya habían desayunado y se habían marchado, porque la sirvienta estaba recogiendo los platos cuando Hilary entró en el comedor.

—Un *café complet* —pidió.

—Solo hay pan y sucedáneo de café, *monsieur* —respondió ella con recato—, pero si *monsieur* deseara algo distinto, podría preguntar al *patron*.

—No, ya está bien así —repuso Hilary rechazando aquella comida superior pero mancillada. Sin embargo, el pan sin mantequilla era burdo, y estaba seco y duro, y el líquido pardo de la taza resultaba horriblemente nauseabundo, y empezó a razonar con inquietud que *alguien* se daría un buen homenaje si no lo hacía él, y que mantenerse en esa actitud tan moralista no le estaba haciendo ningún bien a nadie.

«Ahora debo planear el día —pensó—. No tengo nada que hacer hasta las cinco y media; bueno —objetó—, hasta las cinco y diez si camino despacio. Tengo que comprar unos guantes a Jean. Podría seguir con mi artículo sobre Max Jacob, y eso podría ocupar casi toda la tarde. Me pregunto si hay algo que ver en este pueblo».

—*Mademoiselle* —llamó a la sirvienta—, ¿hay algún lugar interesante para ver en A.? ¿Algo

que vayan a ver los turistas?

Ella acudió a la mesa y se quedó allí, junto a él, con semblante serio. Se veía que estaba pensando, que hacía un esfuerzo por considerar, rechazar y sopesar.

—No tenemos muchas curiosidades en A. —dijo finalmente—. Estaba la abadía, que dicen que era muy antigua, pero un bombardeo la destruyó. Y el museo también, los dos a la vez —volvió a cavilar con evidente esfuerzo—. Está el viejo castillo —propuso al fin.

—Suena interesante —comentó Hilary—. ¿Cómo puedo llegar hasta el viejo castillo?

—Es bastante difícil de encontrar y no queda gran cosa de él —repuso ella, titubeando—. ¿*Monsieur* conoce la carretera de Boissières?

—No —dijo Hilary con pesar—. No conozco nada de la región.

—Déjeme pensar —dijo la sirvienta, y procedió a hacerlo detenida y laboriosamente.

Por fin el rostro se le iluminó.

—*Monsieur* debe continuar por esta calle, torcer a la izquierda donde la panadería y ahí preguntar por la casa de *madame* Mercatel. Todo el mundo conoce la casa de *madame* Mercatel y el castillo está muy cerca, todo recto.

—¿Mercatel? ¿No será por casualidad la mujer de *monsieur* Mercatel, el que da clases en el orfanato?

—Ah, no, *monsieur* —replicó la sirvienta—. *Madame* Mercatel es la madre de *monsieur* Bernard. Es una mujer valiente, ya lo creo. Ha sufrido muchísimo.

—Hábleme de ella. —Desoyó la irritable voz de su madre en la conciencia, que le decía que la gente respetable nunca chismorrea con los sirvientes. «Es importante que conozca a esa gente», se dijo impaciente.

La sirvienta estaba deseando chismorrear. *Monsieur le Baron*, explicó a Hilary, el antiguo propietario del castillo de allí, ahora en ruinas, había tenido cinco hijas y ningún hijo. Eso fue antes de que ella naciera, claro, pero su padre había sido mozo de cuadra de la finca y muchas veces había oído cómo se hablaba del asunto en casa. *Monsieur* podía imaginar lo difícil que era reunir dote para cinco hijas, y *monsieur le Baron* nunca había tenido por costumbre el escatimo. *Monsieur* no podría creer lo que ella había oído acerca de las espléndidas fiestas que, en los viejos tiempos, solían celebrarse en el castillo. Así que, cuando llegó la hora de casar a la quinta hija, a *monsieur* no le sorprendería oír que *monsieur le Baron* se mostrara más que encantado de aceptar la oferta de *monsieur* Mercatel, quien ciertamente era rico, pero solo un comerciante.

—¿Con qué comerciaba? —preguntó Hilary.

—Bueno, tenía negocios —respondió vagamente la sirvienta—, pero había sido tres veces alcalde de A. y era un ciudadano muy respetable. Entonces, cuando acabó la guerra —la primera, como *monsieur* comprenderá—, pues nadie sabe muy bien lo que pasó, pero *monsieur* Mercatel perdió todo su dinero y se mató de un tiro. ¡Qué desgracia para la familia! ¡Y qué tragedia para la viuda! ¡Y el pobre *monsieur* Bernard tuvo que dejar los estudios y empezar a dar clases para ayudar a su madre!

—¿Ha estado dando clases en el orfanato desde entonces? —preguntó Hilary.

—Todo este tiempo —respondió la sirvienta con sombrío regocijo—. Ay, qué hijo tan responsable es *monsieur* Mercatel. Pero su madre es una mujer magnífica. Hay poca gente en este pueblo que no conozca la bondad de *madame* Mercatel. —Y añadió sin un respiro—: ¿Conque *monsieur* va a ir a ver el castillo esta mañana?

—No, esta mañana no —repuso Hilary con brusquedad. Le avergonzaba investigar sobre el hombre a quien vería un poco más tarde—. ¿No hay nada más que ver en A.? —preguntó—. ¿Ninguna iglesia antigua..., nada?

—Hay unas cuantas iglesias —vaciló la sirvienta. Estaba claro que no se le ocurría ninguna otra sugerencia, así que Hilary dejó caer el cigarrillo dentro de la taza, se levantó y salió.

* * *

Primero estuvo caminando deliberadamente despacio por las calles que rodeaban el hotel, mirando gravemente cada escaparate, comparando las etiquetas de los precios con los productos exhibidos, intentando establecer deducciones sociológicas y fingiendo recoger material para un artículo que sabía que no estaba preparado para escribir. Entonces pensó en torcer la segunda a la izquierda, sin importar adónde le conduciría el camino, pero pronto comprobó que se dirigía al orfanato y tuvo que desandar sus pasos para regresar al centro del pueblo.

Entonces preguntó a un transeúnte por el camino hasta la iglesia más cercana y, al encontrarla, entró a paso lento y dejó atrás los recargados altares y las estatuas de yeso para leer con detenimiento los cartelitos enmarcados y colgados en las paredes. Pero no podía seguir fingiendo que aquel edificio del siglo XIX le resultaba de interés alguno, así que muy pronto volvió a salir a la calle.

Miró su reloj y vio que eran las diez y media. «Si como a las doce —pensó—, ya empieza a quedar cerca la hora de ir a comprar los guantes».

Ahora podía demorarse de nuevo mirando los escaparates, esta vez con una nueva intención. Ninguna tienda parecía tener guantes de niño en el escaparate, y agradeció la excusa para alargar el examen de todos ellos hasta que hubo escrutado, una vez más, todos los que había en las pocas callejuelas que comprendían el casco antiguo del pueblo. Escogió una pequeña tienda en cuyo escaparate había visto unos baberos dispuestos entre madejas de lana y entró.

Detrás del mostrador, una mujer morena de mediana edad estaba enfrascada en animada conversación con una vecina que llevaba un carro de la compra. Hilary no se molestó en escuchar. Esbozó un breve saludo con la cabeza y se entretuvo junto a una pila de instrucciones de labores de punto que reposaban sobre el mostrador para dejar claro que no tenía prisa, que podía esperar a que lo atendieran.

Pero Hilary era un cliente potencial y la vecina, solo un recurso para pasar el rato. La conversación fue decayendo de forma natural hasta morir, y la vecina se apartó un poco del mostrador para permitir que la vendedora lanzara una mirada de expectación a Hilary.

—¿Tiene guantes de niño? —preguntó él.

—¿Qué edad tiene el niño? —preguntó a su vez la mujer.

—Unos seis años —replicó Hilary, y la mujer abrió un cajón, tiró los guantes sobre el mostrador delante él y dijo:

—Todos estos van bien para un niño de seis años.

«Todos estos», de hecho, no suponían gran cosa. Había unos cuantos pares de gruesa lana gris y tacto áspero y erizado. Había un par de pelo de conejo blanco, y otro de rayas mostaza y azul eléctrico. Hilary los examinó vacilante y dijo:

—Estaba buscando algo más alegre..., rojo brillante, por ejemplo.

—A ver —dijo la señora, y abrió otro cajón—. Creo... —dijo mientras rebuscaba en el interior—. Sí, sabía que tenía un par. Aquí tiene, *monsieur*. —Y sacó un par de guantes de lana escarlata.

—Sí, esto es lo que quería —dijo Hilary. Los tomó para fingir que estaba examinándolos—. ¿Son de la misma talla que los otros, *madame*? —preguntó.

—¿Qué edad tiene el niño exactamente? —preguntó la mujer.

—Cinco —respondió Hilary—, bueno, cinco y medio.

—Estos son perfectos para un niño de cinco y medio —dijo la mujer convencida.

—Me los llevo —dijo Hilary—. ¿Cuánto cuestan?

La mujer tomó de nuevo los guantes y los sostuvo en la mano mientras sopesaba la respuesta.

—Cien francos —dijo. No era una declaración, pero tampoco una pregunta. Hilary protestó:

—Es mucho dinero por unos guantes.

Sin embargo, la mujer ya se había decidido. —Cien francos —repitió, y Hilary sacó un billete.

—¿Y los vales? —preguntó la mujer.

—No entiendo —dijo Hilary.

—Los guantes están racionados, *monsieur* —replicó la mujer con voz cansina.

—Oh —dijo Hilary—, no lo sabía. —La mujer volvió a meter los guantes en el cajón e ignoró a Hilary, que se quedó con el billete en la mano y protestando a sus espaldas—. Verá, soy inglés y estoy de paso. A nosotros no nos dan vales. No sé, quizá se podría hacer algo...

La mujer siguió ignorándolo. Se volvió y empezó a hablar en voz baja con la vecina, que acabó por estrecharle la mano y salir de la tienda.

—Entonces, *madame* —tartamudeó Hilary—, si los guantes están racionados, me temo que...

Ella los tomó de nuevo para envolverlos en un trozo de papel blanco. Sin mirar a Hilary, añadió:

—Me he confundido, *monsieur*. Los guantes valen ciento cincuenta francos. —Y se quedó esperando con el paquete en la mano.

Despacio y de mala gana, Hilary volvió a abrir la cartera y sacó otro billete. «No debería hacer esto —pensó—, pero al parecer es lo que hacen en todas partes... Además, no es por mí, tengo que conseguir los guantes». Luego pensó con ironía: «Supongo que eso es lo que dicen todos, que tienen que conseguir lo que sea y como sea». Se dio cuenta de que necesitaba dar una explicación, decir a aquella mujer que los guantes eran para un niño huérfano, que esa transacción del mercado negro era distinta de cualquier otra. Avergonzado, se metió el paquete en el bolsillo y dijo con frialdad:

—Muchas gracias, *madame* —Y salió de la tienda.

* * *

Todavía eran las once y cuarto. Lentamente, Hilary emprendió el camino de vuelta al hotel y fingió interesarse por todos los carteles, letreros y grafitis de tiza con los que se cruzaba. Entonces, al acercarse al hotel, reparó en un café que había al otro lado de la arcada y que, aparentemente, pertenecía al mismo establecimiento. «Gracias a Dios», pensó y, complacido, se dio cuenta de que ahora tendría otro sitio además de la cama y la calle, un sitio donde poder sentarse, leer, trabajar y quizá entablar conversación con alguien o, por lo menos, pasar el rato en un ambiente creado con

ese propósito. «Bueno, puede que este café, precisamente, me resulte odioso, pero lo cierto es que no hay alternativa». No la había, salvo la cama, la calle o la gradual incursión en otro café que aún tendría que descubrir y elegir deliberadamente entre los demás. No, no había alternativa al café del Hôtel d'Angleterre.

Así que Hilary pasó allí el resto de la mañana. Pero se llevó el libro y, después de todo, no entabló conversación con nadie. «No sé exactamente qué clase de gente viene aquí —pensó—. Seguramente serán gente de bien, pero, por otra parte, detestaría hablar o pasar un rato agradable con alguien que hubiera ayudado a los alemanes».

Eso hizo que volviera a acordarse de lo que había dicho Pierre, que la gente había hecho lo que debía bajo la ocupación, y que todo estaba decidido desde mucho antes. «Pierre es mejor hombre que yo —pensó—. Tiene virtudes liberales que yo profeso, pero de las que carezco personalmente. Soy un perfeccionista intolerante, mientras que Pierre se limita a juzgarse a sí mismo, y no a los demás. Sin embargo, yo soy un intelectual liberal y Pierre se ha entregado a la causa de la perfección intolerante. Pero Pierre puede ser tolerante conmigo y yo no puedo ser tolerante con él».

De repente sintió que lo echaba de menos. Si Pierre estuviera allí, todo saldría bien. Si Pierre estuviera allí, el niño sería suyo y quizá hoy mismo irían a recogerlo y llevárselo, marcharse de A. y de aquel sucio café para siempre.

«Pero no debo —pensó Hilary desconsolado—. Está bien, me equivoqué con Pierre, sé que me equivoqué con Pierre. Lo quiero y lo necesito. Pero sé que tengo que pasar por esto yo solo.

»Si Pierre estuviera aquí, llegaríamos al acuerdo de que Jean es mi hijo. Pero yo no estaría seguro y debo estarlo. Si tengo que renunciar a mi paz precaria, a mi tentativa seguridad, tengo que estar seguro.

»Además —añadió aliviado—, la madre superiora ha dicho que debo estar lo bastante seguro. Si Pierre estuviera aquí, haríamos trampa».

* * *

Entonces, por fin, llegó la hora de almorzar. En el comedor había una fiesta familiar en la que el padre, la madre y dos niños quejicosos comían juntos, al igual que Hilary, enormes y consistentes platos. Después de la comida, el sol brillaba y Hilary se fue con su cuaderno hasta un trozo de césped que había descubierto esa misma mañana en una pequeña *place*. Se sentó en un banco duro y escribió un artículo sabiendo que era malo, difuso e inútil. Pero el movimiento de la pluma le daba, al menos, la ilusión de actividad mientras lenta, muy lentamente, la tarde se arrastraba hacia su fin.

Y se hicieron las cinco y enfiló la cuesta de la colina, de nuevo hacia el orfanato.

Mientras doblaba la curva que conducía a la entrada, intentó pensar en algo nuevo que pudieran hacer ese día los dos juntos. Podría llevar al niño al hotel... Pero no quería. «Además, allí no hay nada para él», argumentó para tranquilizarse. ¿Debería llevarlo a un restaurante y darle una buena comida? Imaginó la cara que pondría el niño ante los extraños platos que le pusieran delante, el placer con que comería y comería hasta saciarse... Entonces pensó enseguida que no, no, ni hablar, no había que acostumbrarlo a esas cosas. Pero descubrió que no quería que ese argumento lo condujera a ninguna conclusión y, lleno de inquietud, subió los escalones y llamó al timbre.

De nuevo fue la hermana Thérèse quien abrió la puerta y, detrás de su blanco y voluminoso hábito, pudo ver la carita blanca del niño. Esta vez, los grandes ojos le brillaban de radiante excitación.

—¡Oh, *monsieur!* —exclamó, y echó a correr para estrecharle la mano sin que nadie se lo hubiera dicho. Hilary se despidió de la monja y se marchó con el niño.

En los escalones, Jean se volvió hacia él con el rostro encendido y expectante. Sin poder evitarlo, Hilary sonrió y preguntó alegremente:

—Bueno, ¿qué podemos hacer hoy?

—¡Los trenes! —más que decir jadeo Jean.

—De acuerdo —aceptó Hilary, y esta vez tomó la manita del niño sin pensar y emprendieron la cuesta abajo.

Esta vez Hilary no necesitó buscar desesperadamente algo que decir, porque el niño parloteaba sin descanso. ¿Creía *monsieur* que volvería a pasar el tren de mercancías? ¿Vendría de París? Robert había dicho que una vez había visto un tren de pasajeros; quizá esta tarde pudieran ver algún tren de pasajeros. Mientras hablaba, su rostro iba reflejando el entusiasmo de su voz, y a Hilary aquel flujo de exaltado parloteo no le resultó aburrido, sino ameno, y se sentía impulsado a responder a las preguntas con un sincero deseo de provocar el mismo interés que a él le suscitaba la charla del niño. «*Es un buen chico*», pensó, y cuando llegaron al paso a nivel, Hilary advirtió que él también se estaba preguntando con verdadero interés cuál de los trenes llegaría primero.

Estuvieron esperando durante toda la tarde, hasta que las barreras subieron y bajaron tres veces, y vieron no solo trenes de mercancías, sino también dos locomotoras de maniobras y el ansiado tren de pasajeros, una miserable y destartada cabalgata de vagones de tercera clase que, según la visión extática de Jean, constituía la perfecta locomoción.

—¡Oh, *monsieur!* —susurró, y deslizó la mano convulsivamente para aferrarse al abrigo de Hilary y mantenerlo bien agarrado.

Una vez que las barreras subieron de nuevo y volvió a fluir el tráfico, Hilary bajó la vista hacia la vía única y reparó en que los semáforos de la parte trasera se ponían en rojo.

—Me parece que ya no va a pasar otro tren hasta dentro de mucho rato —dijo con pesar—. ¿Quieres que volvamos al café?

El niño asintió y siguió a Hilary hasta el café. Al entrar, se dirigió sin vacilar hacia el mismo banco que había ocupado la tarde anterior.

—¿Sirope de frambuesa otra vez? —preguntó Hilary, y cuando estaba luchando por quitarse el abrigo se acordó del paquetito que llevaba en el bolsillo.

Lo deslizó a escondidas bajo la mesa y, sin dejar de ocultarlo, dijo:

—Jean, tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo? ¿Para *mí*? —repitió Jean con incredulidad. Arrugó la frente con gesto ceñudo y preguntó confuso—: ¿Es por mi cumpleaños?

Hilary recordó su misión y, con una risa forzada, replicó:

—Pero Jean, deberías saber mejor que yo cuándo es tu cumpleaños. ¿*Es* en octubre?

El niño miró a Hilary con tristeza y repuso:

—No tengo cumpleaños. —Luego pareció pensarlo mejor y añadió—: ¿Cree que por eso, *monsieur*, nadie me ha hecho nunca un regalo?

—Claro que no —respondió Hilary rápidamente—. Casi ningún niño recibe regalos en

tiempos de guerra porque..., porque todos están muy ocupados fabricando armas. —Aunque pretendía que su voz sonara tranquilizadora, le salió sofocada por la ira. El niño lo miró asustado y murmuró empecinado:

—Los otros niños sí que tienen cumpleaños y reciben regalos.

—Bueno, de todos modos —dijo Hilary, modulando la voz en un esfuerzo por alcanzar la misteriosa alegría que recordaba de mucho tiempo atrás, cuando recibía regalos—, ahora tienes un regalo. ¿Te gustaría ver qué es? —Y sacó el paquete de debajo de la mesa para tenderlo al niño.

Muy lentamente, el rostro de Jean se plegó en una asombrada sonrisa. Miró a Hilary, miró el paquete y otra vez, a Hilary. De repente asomó la mano y le arrebató el paquete para apretárselo contra el pecho. Y se quedó así, esperando quieto.

—Vamos —dijo Hilary—, ábrelo.

La sonrisa del niño exhibía una indescriptible e incrédula dicha. Lentamente y con cuidado, sin dejar de sujetarlo contra el pecho, desenvolvió el papel hasta que los guantes se le cayeron y quedaron en su regazo.

Con el papel en la mano, los miró con ojos soñadores, como si temiera despertar y romper ese momento. Hilary se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio cuando este empezó a dolerle. Intentó tranquilizarse y preguntó en voz baja:

—¿No quieres probártelos?

El sueño se rompió. El papel cayó al suelo, Jean recogió los guantes y se los empezó a probar con urgencia, con demasiada urgencia, primero uno y después el otro en la mano izquierda.

—Eh, espera un momento —exclamó Hilary—, así no vas a poder ponértelos. Deja que te ayude.

Rodeó la mesa y le tomó una mano y un guante. Con una ansiedad creciente que rayaba en el pánico intentó tirar del tejido elástico rojo hasta los puños, pero sin éxito, porque los guantes eran demasiado pequeños.

—Me temo que no te valen —dijo nervioso mientras le sostenía la mano con el ridículo guante colgando de la punta de los dedos.

El niño miró el guante, se lo arrancó de un tirón, cogió un guante con cada mano y los apretó ferozmente dentro de los puños. Entonces rompió en sollozos.

Con cautela primero y luego ya rápidamente y sin dudar, Hilary se levantó de su asiento y fue a sentarse junto al niño. Le rodeó con el brazo los agitados hombros y lo abrazó mientras suplicaba angustiada:

—Por favor, Jean, no llores, por favor. No pienses más en esos guantes viejos y tontos.

—No son viejos y tontos —gritó el niño entre sollozos, y Hilary lo estrechó contra sí y musitó:

—No llores, Jean, por favor, deja de llorar.

Poco a poco, el llanto desesperado del niño se fue apagando. Hilary se inclinó hacia él y, muy cerca, oyó su tartamudeo entre hipidos convulsos:

—Era mi regalo... No son unos guantes viejos y tontos.

—Oye, Jean —susurró Hilary—, escúchame, ¿no podríamos hacer como si fueran tu regalo del cumpleaños pasado, cuando aún eras un niño pequeño? Así podríamos jugar a que se te han quedado pequeños y mañana tendrás tu verdadero regalo por este cumpleaños.

Jean abrió los puños y contempló con tristeza los guantes arrugados.

—Aunque juguemos a eso... ¿podré quedármelos?

—Pues claro que sí —lo tranquilizó Hilary—. ¿No ves que así tendrás dos regalos en vez de uno?

—Cuando la ropa se me queda pequeña —repuso el niño confuso—, la hermana Clothilde se la da a Louis. —Hilary se dio cuenta de que aún tenía el brazo alrededor de los hombros del niño. Lo retiró cohibido y dudó entre decir: «Entonces te los guardaré yo» o «Ya me aseguraré de que no te los quiten». Escogió la segunda opción y sacó el pañuelo para secar los ojos de Jean cuidadosamente.

—Suenan —ordenó al recordar los días en que hizo de enfermero, y Jean, obediente, se sonó y luego esbozó una llorosa sonrisa.

—Y ahora —dijo Hilary—, ¿qué pasa con tu sirope de frambuesa? No va a darte tiempo a tomar otro si no te lo bebes rápido.

Observó de refilón cómo el niño deslizaba los guantes bajo la mesa para hacer con ellos una bola que mantuvo apretada en la mano izquierda. Entonces empezó a beberse el sirope mientras Hilary daba sorbos a su cerveza en silencio.

«Debería empezar a interrogarlo —pensaba para sus adentros—, pero ¿qué puedo preguntar? Si resulta que es mi hijo, solo nos hemos visto una vez, el día en que nació, y desde entonces no hemos tenido nada que ver el uno con el otro. Aunque pudiera hablarme de sus juguetes, yo nunca los he visto. Aunque me hablara de otros niños que conoció, yo no sabría quiénes son. Si recordara el lugar exacto en que lo besaban, o el modo concreto en que lo acostaban, yo seguiría sin saber si era eso lo que ocurría entre Lisa y mi hijo. Ni siquiera sé los nombres que usaban para llamarse entre ellos».

Sin embargo, eso le dio una idea.

—Jean —dijo—, yo sé tu nombre, pero me parece que tú no sabes el mío, ¿verdad que no?

Jean levantó la vista del sirope y admitió:

—No, *monsieur*.

—Me llamo Hilary —dijo Hilary despacio, observando al niño atentamente—. ¿Te parece un nombre bonito?

El niño parecía sopesar el nombre con gesto meditabundo.

—Creo que es un nombre bastante bonito —repuso finalmente.

—¿Lo habías oído alguna vez? —preguntó Hilary.

No pudo detectar parpadeo alguno de reconocimiento en el rostro del niño cuando este respondió:

—No. —Y volvió a inclinarse hacia su sirope.

Hilary lo intentó de nuevo:

—¿Y qué nombres de chica te gustan más?

—Creo que no me sé ningún nombre de chica —replicó Jean con reservas.

—¡Oh, venga! —protestó Hilary con una risa forzada—. ¿Verdad que las hermanas tienen nombre? ¿Qué hay de la hermana Thérèse, la que abre la puerta, o la hermana Clothilde, de quien hablabas antes?

—¡Ah, *esos* nombres! —dijo Jean cayendo en la cuenta—. No sabía que eran de chica. Creía que eran solo de monja.

—Mi nombre preferido de chica es Lisa —dijo Hilary.

Jean sonrió y dijo:

—Es bonito.

—¿Lo habías oído alguna vez? —preguntó Hilary con urgencia.

Jean se estremeció, lanzó una rápida mirada a Hilary y susurró:

—No, *monsieur*.

«Oh, Dios mío —pensó Hilary—, ya he vuelto a asustarlo. Ha sonreído al oír «Lisa». ¿Querrá decir eso algo? *Es* en verdad un nombre bonito, pero ¿habría sonreído si en vez de Lisa hubiera dicho Joyce?»

»No puedo seguir con el interrogatorio —pensó desesperanzado—. Nos hace sufrir a los dos y no conduce a ninguna parte. Ni siquiera sé qué preguntarle.

»Además —prosiguió, sumido en sus pensamientos (aunque no osó siquiera decírselo a sí mismo)—, si sigo interrogándolo así, quizá descubra que, definitivamente, *no* es mi hijo.

»Voy a seguir viéndolo —decidió— y voy a hablar de manera natural con él, a intentar que seamos amigos, y seguro que, si lo consigo, al final lo sabré».

—Vete acabando, Jean —dijo—, es hora de regresar.

* * *

—Aquí está —dijo Hilary a la hermana Thérèse—, sano y salvo.

—Eso está muy bien —repuso la hermana Thérèse con su voz áspera y rezongona—. Otra cosa, *monsieur*. La puerta de entrada está siempre abierta. No necesita tocar el timbre cada vez que llega y hacerme venir hasta aquí por los pasillos para abrirle. Solo tiene que entrar y, si llega solo, Jean estará esperándolo en el vestíbulo. Si se va, puede dejarlo ahí y salir. Y ahora —añadió dirigiéndose al niño—, vete directo a la cama.

Pero Jean no soltó la mano de Hilary, sino que se aferró a ella para estrecharla.

—¿Qué pasa? —preguntó Hilary inclinándose hacia abajo, y Jean le susurró:

—Mi regalo, *monsieur*. Dijo que hablaría con ella.

—Oh, claro —dijo Hilary—. Hermana, le he regalado al niño unos guantes. Es una pena que le vayan pequeños, pero le gustan tanto que me pregunta si, aun así, puede quedárselos.

—A verlos —dijo la monja. Jean abrió el puño a regañadientes y le dejó los guantes en la mano grande y extendida.

—Son de buena calidad —dijo ella de mala gana—, es inmoral malgastarlos así y dejar que se los quede para nada cuando hay otros niños que podrían calentarse con ellos.

—Sin embargo —discrepó Hilary—, yo los he comprado para él, no para otros niños, y debo pedirle que le permita quedárselos.

—¿Y dónde va a guardarlos —repuso la monja—, si puede saberse?

—Bueno..., ¿en el sitio donde guarda sus cosas y juguetes? —sugirió Hilary.

—¡Juguetes! —repitió la monja, y se rio cortante—. No tenemos dinero para ninguna clase de juguete, *monsieur*. Los niños están aquí para trabajar.

Ante los ojos de Hilary se desplegó acusadora, como en una danza, la pila de posesiones que Jean había dejado esparcida sobre la cama.

—Seguro que hay algún armario donde guardan sus cosas —arguyó airado—, ¿no es así?

—Lo hay —concedió la monja—, pero está lejos, en el cuarto de servicio donde guardamos la

ropa de todos los niños. Podría tenerlos allí escondidos, pero no los vería nunca.

Hilary bajó la vista hacia la blanca carita implorante que se había vuelto hacia él.

—En ese caso —dijo con firmeza—, yo mismo guardaré los guantes. —Y dio un paso adelante, se los quitó de las manos a la hermana Thérèse y se los metió en el bolsillo.

—Adiós, Jean —dijo—, te traeré los guantes mañana, cuando venga. —Atravesó la puerta y bajó los escalones con una íntima sensación de pánico por haberse comprometido a algo, no sabía bien a qué.

CAPÍTULO 10

Martes por la noche

Hilary cenó temprano frente a un libro abierto sobre la mesa para disuadir a *monsieur* Leblanc de cualquier esfuerzo para entablar conversación. Luego salió a la calle y estuvo paseando de acá para allá. Quería evitar que *monsieur* Mercatel tuviera que entrar en el hotel y se dirigiera a *madame* para preguntar por él. «No quiero que la gente se entere de mis asuntos», pensó, y sonrió irónicamente al reparar en lo típicamente inglesa que resultaba aquella frase.

Pero cuando finalmente *monsieur* Mercatel llegó, embutido en un abrigo y un sombrero de fieltro gris, y una bufanda de punto enrollada hasta arriba del cuello, pareció tan aliviado como Hilary de encontrarlo en la calle.

—Sé que es una tontería por mi parte —admitió—, pero si tuviera que hablar con esa gente, me sentiría como si les hubiera entregado algo, aunque solo fuera una simple pregunta.

—Son realmente horribles —secundó Hilary con un escalofrío—, ¿dónde vamos?

—Donde mi madre, *monsieur* —respondió *monsieur* Mercatel con timidez—, sería un placer invitarlo a nuestra casa a tomar café. Ahora mismo, los cafés que hay aquí no son muy buenos..., además, a ella le gustaría mucho conocerlo.

A Hilary la propuesta no le apetecía lo más mínimo. Quería hablar sosegadamente con aquel hombre tranquilo, sin tener que esforzarse por dar conversación a una anciana francesa reconocida por sus buenas obras. Pero dijo lo único que podía decir:

—Sería un honor, *monsieur*, su madre es muy amable al invitarme. —Y enfilaron la calle oscura y silenciosa.

—Acaba de llegar de París, ¿no es así? —inquirió *monsieur* Mercatel con amabilidad— ¿Qué le pareció?

—Sigue siendo la ciudad más bella del mundo —repuso Hilary—, pero le encontré cierto aire de tristeza, casi decadencia. Me dio la impresión de que me hallaba ante una civilización que se estaba derrumbando lentamente.

—Sí, es espantoso —coincidió *monsieur* Mercatel—. La barbarie está bien en los estados primitivos, pero no cuando se trata de un retroceso debido a que la civilización se ha echado a perder. Creo que no me gustaría ver París tal y como está ahora.

—¿Hace muchos años que no va? —preguntó Hilary cortés.

—Antes de la guerra, solía ir una vez al año —respondió *monsieur* Mercatel—, para la cena anual que organizaban mis colegas de la Sorbona. Pero no he vuelto desde la guerra.

—¿Estuvo en la Sorbona? —preguntó Hilary, dudando del estatus de los mencionados colegas. *Monsieur Mercatel* se rio por lo bajo sin rastro alguno de amargura.

—Antes daba clases allí —explicó—, llegué a ser un matemático bastante bueno. Escribí varias tesis muy eruditas que apenas leía nadie. Pero mis viejos colegas nunca se olvidaron de mí, y me gustaba mucho ir a verlos una vez al año y hablar de los viejos tiempos. Al menos, espero volver por fin este año.

Caminaron en silencio hasta que Hilary dijo, movido por la profunda compasión que sentía en ese momento:

—Debe de haberse sentido muy solo todos estos años.

—¿Solo? —repitió *monsieur Mercatel*, que parecía sorprendido—. Oh, no, *monsieur*. Verá, yo nací aquí en A. y fui a esta escuela, así que tengo muy buenos amigos en el pueblo. Oh, no, aquí no me siento solo.

—Quiero decir —dijo Hilary, confuso ante una respuesta que se le antojaba incomprensible—, que no tendrá mucha gente por aquí con quien hablar.

—¡Ah! —replicó *monsieur Mercatel*, cayendo en la cuenta—, quiere decir, hablar de matemáticas. Pero las matemáticas no son como la literatura, no suelen ser un tema de conversación entre amigos. No, *monsieur*, yo pienso en las matemáticas cuando estoy solo y luego, cuando veo a los amigos, hablamos de todo lo demás.

—Pero... —empezó Hilary, y se detuvo. Le resultaba inconcebible que un hombre inteligente fuera feliz viviendo en un pueblo de provincias y hablando de cualquier cosa con gente menos inteligente que él. Al instante, decidió que *monsieur Mercatel* no podía ser tan inteligente como él suponía, debía de ser bueno en su especialidad, pero despreciable en todo lo demás. «Sin embargo, sabía que yo era poeta», objetó confuso, y en ese momento *monsieur Mercatel* dijo:

—Aquí tenemos una pequeña sociedad literaria que se reúne el primer martes de cada mes. La semana pasada, uno de nuestros colegas, que escribe críticas literarias en el periódico local, nos leyó un artículo sobre literatura inglesa contemporánea y su nombre aparecía continuamente. De hecho, quedé tan interesado que pedí un ejemplar de sus poemas a París, y ya ve, dos días después, viene usted a vernos. ¿No es una extraña coincidencia?

—Sí que lo es —convino Hilary—, pero debe usted cancelar su pedido, *monsieur*, y dejar que yo mismo le envíe un ejemplar cuando regrese a Inglaterra.

—Pero qué amable es usted —dijo *monsieur Mercatel* con evidente placer—. Sin duda, apreciaré muchísimo un regalo como ese.

La luna asomaba entre los tejados grises y las estrellas brillaban en el cielo negro. «Se nota que no es tonto —iba pensando Hilary mientras caminaban—, pero, por Dios, ¿cómo puede ser feliz en este pueblo tan estrecho de miras? Yo me moriría de aburrimiento si tuviera que vivir en la Inglaterra provinciana. Supongo —razonó con desdén— que tiene esa capacidad para ser feliz de la que hablaba Pierre. Sin embargo —se preguntó—, ¿querrá eso decir que se puede vivir en cualquier sitio, como la gente sin ningún sentido crítico, y ser feliz? ¿Y cómo se puede ser feliz rodeado de tontos? ¿Acaso estará imbuido por esa vieja creencia sentimental de que el verdadero reconocimiento del valor de una persona la convierte en una compañía deseable dentro de un ámbito de humanidad compartida?

»Es una creencia que nosotros, los intelectuales ingleses, hemos descartado por completo —reflexionó—. Nos aburrimos y amargamos cuando se supone que debemos estar en compañía de

alguien que no es de nuestra clase, a menos, claro está, que se trate de un tranviario con conciencia política de izquierdas. Y eso, supongo, explica por qué nuestro trabajo carece de universalidad. Nos encerramos deliberadamente en nuestro corrillo esotérico y carecemos de material para generalizar sobre las emociones humanas.

»Y al final, carecemos de material incluso para sentir esas emociones», siguió reflexionando con amargura, hasta que doblaron una esquina y *monsieur* Mercatel dijo animoso:

—Mire, *monsieur*, ahí está nuestra casa.

—¡Qué preciosidad! —dijo Hilary espontáneamente, y se quedó contemplando encantado lo que tenía delante, bajo la luz de la luna.

Aún quedaba un corto trecho de carretera, que enseguida dobló bruscamente a la derecha. En aquella parte, un muro bordeaba la ruta y, por encima, alcanzó a atisbar la tenue silueta de unas enormes y desnudas ramas. Delante, en el recodo, el castillo en ruinas asomaba por detrás de las asoladas almenas, y las estrellas brillaban a través de las ventanas vacías. A la izquierda había un grupo de casas viejas, cada una de ellas distinta y encantadora. Una casa larga y baja construida con vigas y más endeble que cualquier choza inglesa, otra casa larga y más alta con fachada de estuco y ventanas adornadas con setos en pequeñas jardineras de madera y, junto a ellas, muy cerca del recodo de la carretera, una pequeña casa del siglo XVIII de enorme simplicidad y exquisitas proporciones.

—Todo esto es encantador —exclamó Hilary sin intentar ocultar su sorpresa—. Había abandonado por completo la esperanza de encontrar algo bonito en este pueblo.

—Aún quedan unas cuantas cosas que se han librado de los estragos de la época —repuso *monsieur* Mercatel—. La gente cree que estos pueblos del norte son feos, pero muchas veces se encuentran rincones como este, que nadie se ha acordado de bombardear o demoler, aunque nunca están en las carreteras principales, por donde van los turistas. —Lo guio hacia la casa del centro, la de las jardineras en las ventanas, sacó una enorme llave del bolsillo y la metió en la antigua y maciza cerradura.

Al entrar, apareció un pequeño corredor que subía a las distintas partes de la casa.

—Por aquí —indicó *monsieur* Mercatel, volviéndose hacia una puerta situada a la izquierda, y mientras avanzaban explicó—: Antes teníamos toda la casa, pero estos últimos años, como ya solo quedamos mi madre y yo, no necesitamos tanto. Nos arreglamos muy bien con el pequeño *appartement* de la planta baja, y nos hemos descargado del resto de la casa.

—Muy conveniente —dijo Hilary cortés, adivinando que solo la necesidad podía haber conducido a esa disposición. Atravesaron un pasillo pintado de gris y *monsieur* Mercatel abrió una puerta y se apartó para ceder el paso a Hilary.

Se encontró en una estancia tan preciosa que la impresión le hizo contener el aliento. Era una habitación amplia, a todas luces el antiguo *salon* de una casa construida para espaciosas formalidades. De los tres ventanales colgaban telas de gruesa seda amarilla, las paredes estaban cubiertas con *toile de Jouy*, que mostraban delicados grabados grises de caballeros junto a sus damas retozando con fingida rusticidad. Al fondo de la estancia se alzaba una enorme librería de palisandro; contra la ventana central se apoyaba una pequeña espineta pintada. Hilary paseó la mirada por la habitación hasta que, junto a una enorme chimenea donde ardía un leño, descubrió a su anfitriona sentada en una silla alta de palisandro y se dirigió hacia ella.

—Estoy encantada de que haya venido, señor Wainwright —dijo esta en perfecto inglés—. Perdóneme que no me levante para saludarlo, pero estoy consumida por la artritis.

—*Mais, madame...* —empezó Hilary, completamente atónito. Entonces recordó sus modales, le estrechó la mano y prosiguió en inglés—. Disculpe mi sorpresa, pero ¿podría decirme cómo es que habla inglés tan perfectamente?

El aspecto de la anciana recordaba el de un fardo arrugado, ataviada con un raído vestido negro pasado de moda y una vetusta bufanda amarilla de encaje sobre el cabello blanco y exiguo. Parecía indeciblemente anciana, frágil y, sin la menor duda, en modo alguno inglesa.

Con una voz que Hilary había oído tantas veces entre las ancianas en el pórtico de la catedral, dijo:

—Debo confesar, señor Wainwright, que esperaba sorprenderlo. Pero la explicación es muy simple. Mi madre era inglesa, y cuando era niña —pronunció *ninia*— íbamos cada año a Holland Park y pasábamos allí una temporada con mis abuelos.

—¿Ha estado hace poco en Inglaterra? —preguntó Hilary estúpidamente, sin haberse recobrado aún de su sorpresa.

—Hace unos cuarenta años que no voy —replicó *madame Mercatel*—. Mis abuelos murieron poco antes de la última guerra y fuimos perdiendo el contacto, aunque me quedan algunos primos que aún me escriben y, de vez en cuando, me envían algún paquete con regalos. Pero venga y siéntese, señor Wainwright. Estoy segura de que tendrá frío después del paseo.

Hilary se sentó en una silla de palisandro con una gran águila de latón a horcajadas sobre el respaldo.

—Qué bien sentarse junto a la lumbre —comentó por decir algo.

Madame Mercatel se echó a reír.

—Cuando me casé, le dije a mi marido que por fin tenía una chimenea inglesa para mí sola, y recuerdo cómo se rio de mí porque, claro está, muchas casas francesas antiguas tienen chimenea. Y sí, a todos nos gusta mucho, porque las calderas de las calefacciones centrales tratan mal la madera y, si no hubiera sido por esta chimenea, muchos días nos habríamos helado.

—Se volvió hacia su hijo y dijo—: Bernard, sirve el café. Con estas manos —dijo apesadumbrada dirigiéndose de nuevo a Hilary— ya no puedo cumplir con el deber de una buena anfitriona.

Desde una mesa auxiliar, *monsieur Mercatel* sirvió el café en tacitas de porcelana finas como papel y delgadas tiras de bizcocho esponjoso con azúcar espolvoreado.

—Es café de verdad —dijo *Madame Mercatel*—, llegó en uno de esos paquetes ingleses y lo guardé para una ocasión como esta.

—Está buenísimo —repuso Hilary admirado—, pero no debería malgastar su preciado café conmigo.

—Tonterías —respondió enérgica la anciana—. No se imagina cuánto me gusta volver a hablar en inglés. Empezaba a pensar que lo olvidaría por completo.

—¿También usted habla inglés, *monsieur*? —preguntó Hilary, cortés.

—Puedo entenderlo muy bien —replicó *monsieur Mercatel*—, pero no lo hablo con fluidez. Así que, si me permite, seguiré hablando en francés. Tal vez será una conversación un poco rara, pero sé que para mi madre será un placer hablar en inglés.

—Para mí también —dijo Hilary con sinceridad. Más que un placer, era un incommensurable alivio. Hasta ahora no había reparado en la gran tensión que suponía el hecho de que, en esos días, siempre tenía que hablar en una lengua que no era la suya, y cada vez que iba a usar una palabra,

debía detenerse a sopesarla y preguntarse cuán exacto sería el sinónimo que se le había ocurrido para expresar su pensamiento. Ahora, el alivio de poder hablar sin ese continuo proceso de consideración y traducción imperfecta no solo de sus pensamientos, sino también de su propia personalidad, le brindaba una conciencia de sí mismo que no había tenido desde que abandonara Inglaterra.

—Qué estancia tan encantadora, *madame* —dijo, mientras sentía la calidez desplegada por la belleza que lo rodeaba.

—Sí —repuso ella—, las proporciones están muy bien, pero claro, los muebles están pasados de moda. Cuando me casé, quería que mi marido me lo comprara todo nuevo, pero ahí se mostró inflexible: «Ya tienes tu chimenea inglesa —recuerdo que dijo— y con eso puedes darte por satisfecha. Sería un pecado tirar todos estos muebles tan buenos. Mi abuelo los compró con la intención de que duraran cien años, y así será». Y no pude sacarlo de ahí. Pero ya me he acostumbrado.

Hilary se dio cuenta de que hablaba totalmente en serio, y se preguntó qué clase de mobiliario habría rogado a su marido que instalara para reemplazar todas aquellas preciosas piezas estilo Imperio. «Seguramente, muebles de mediados de la época victoriana típicos de Holland Park», pensó divertido. Como si quisiera sintonizar con su pensamiento, ella preguntó en ese instante:

—Y ahora, señor Wainwright, por favor, hábleme de Londres. Supongo que ahora mismo a duras penas reconocería mi Holland Park. ¿Ha sufrido muchos bombardeos?

Hilary salió de su encantamiento e hizo un esfuerzo por adaptarse a la perspectiva y la situación en que se encontraba, para usar las palabras con tanto cuidado y pedantería como creía que harían los escritores que ella seguramente admiraba. Así, empezó a contarle sobre Londres durante y después la guerra, sobre las costumbres y los modales ingleses y cómo cambiaban los gustos y atuendos, sin dejar de relacionar lo que estaba diciendo con lo que ella, seguramente, habría conocido. Poco a poco, dejó que los comentarios de la anciana acapararan la conversación y se dispuso a escuchar con elpreciado deleite del entendido mientras ella hablaba de su abuelo, que se dedicaba al comercio del té, «pero era una familia muy literaria, siempre interesados por los nuevos escritores de la época»; de su prima Alice, que había salido muy artista y, una vez, había llevado a casa un libro ilustrado por Aubrey Beardsley[2] que «el abuelo, al verlo, echó directamente al fuego y nadie osó decir ni una palabra»; de Guy, que «era un chico tan alegre, señor Wainwright, siempre con una sonrisa y una ocurrencia para todo el mundo», pero, por desgracia, había muerto luchando en el primer *chimurenga* de Zimbabue. La tenue luz titilaba inquieta a medida que hablaba; *monsieur* Mercatel, sentado en su silla, parecía satisfecho y relajado y Hilary escuchaba, saboreando conscientemente la comprensión de que ahí, en ese instante, estaba experimentando la dicha de ser libre y feliz.

La charla de la anciana se fue apagando y, durante un momento, los tres permanecieron sentados, tranquilos, como viejos amigos que pueden permitirse el silencio, escuchando tan solo el chisporroteo de los pequeños troncos verdes en la chimenea. Hilary suspiró. *Madame* Mercatel hizo eco del suspiro y luego preguntó:

—¿Qué piensa ahora de Francia, señor Wainwright?

Hilary respondió sinceramente, como no habría hecho de estar hablando en francés:

—Creo que es horrible, horrible y desesperadamente triste. A mí me encantaba Francia, y la admiraba más que a cualquier otro país que conozco, pero al volver ahora, la he encontrado envuelta en un miasma de corrupción.

Monsieur Mercatel asintió gravemente.

—Para mí —dijo su madre—, lo más horrible es oírlos a todos poniendo excusas sobre el conflicto, diciendo que empezamos por engañar a los alemanes y ahora ya nos hemos acostumbrado. Más nos habría valido ser honestos, incluso con los alemanes, y no acabar decepcionándonos los unos a los otros para, al final, decepcionarnos a nosotros mismos.

Monsieur Mercatel habló por primera vez desde el inicio de la conversación entre su madre y Hilary.

—No estoy seguro de que realmente nos estemos decepcionando a nosotros mismos —dijo en francés—. Creo que fingimos esto y lo otro porque debemos avergonzarnos de demasiadas cosas, incluso de la verdad.

Madame Mercatel siguió hablando en inglés.

—¿Y qué sería peor que eso? —inquirió enérgica— ¿Peor que el hecho de que a los franceses nos avergüence la verdad? ¿Conoce usted, señor Wainwright, la moda parisina más elegante de los tiempos de guerra?

—Bueno, he visto algunas fotos —repuso Hilary desconcertado.

—Nos dijeron que estaba diseñada como un gesto de desafío —prosiguió ella—, para indignar a los alemanes exhibiendo a mujeres guapísimas que ellos nunca podrían tener. Cuando yo era joven —afirmó con severidad—, había una palabra para las mujeres que se vestían con esos fines... y créame, señor Wainwright, *no* era «miembro de la Resistencia».

—Pero mamá —empezó *monsieur Mercatel*, pero su madre levantó una mano para hacerlo callar.

—Debemos afrontar los hechos —dijo ella—. Aunque lo diga en inglés, soy lo bastante francesa para creer que lo que digo es verdad. —Miró a Hilary y preguntó—: ¿Usted afronta los hechos, señor Wainwright?

—Lo intento —replicó Hilary, preguntándose cómo podría contestar sinceramente a esa pregunta—, pero muy pocas veces estoy seguro de los hechos. —Pensó en el abismo existente entre él y su anfitriona, que nunca había dudado de ellos.

—Me parece muy interesante que haya venido a ver a ese niño, Jean —dijo ella—. ¿Sabe que fui yo quien convenció a la madre superiora para que se lo quedara?

—¡No! —respondió Hilary con interés—. No lo sabía.

—Cuando llegó aquella anciana lavandera con el niño, yo estaba con ella discutiendo unos asuntos —explicó—. Al principio, la madre superiora dudaba si podría quedárselo. Tienen reglas de admisión muy estrictas, como puede imaginar. Pero yo tengo cierta influencia sobre ella... Organizo el comité de mujeres del pueblo, que recoge dinero y ropa para el orfanato, y así la convencí de que, en semejante ocasión, debíamos hacer un poco la vista gorda respecto a las reglas...

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Hilary.

—Me lo he preguntado muchas veces —respondió ella—. No soy de naturaleza demasiado sentimental con los niños; esa es una de las razones por las que la madre superiora y yo podemos trabajar tan bien juntas, porque ella tampoco es una mujer sentimental. No, fue algo personal, por alguna razón sentí una lástima por ese niño que no he sentido por otros.

—Sí que *da* lástima el pobrecito, sí.

—Ah, a usted le pasa lo mismo —sonrió ella—. Me pregunto si también compartimos otro

extraño sentimiento que tengo respecto a ese niño... Que la ayuda que le demos puede brindarnos una inmensa felicidad. —Se quedó mirándolo detenidamente mientras se llevaba una mano frágil y amarillenta a los ojos, en la que se revelaban las venas violáceas en hinchado relieve. Pero el semblante de Hilary no mostró rastro alguno de la comprensión y esperanza repentinas que había sentido con esas palabras, así que dejó caer la mano otra vez sobre el regazo y añadió con suavidad—: ¿Y tiene alguna idea de si es hijo suyo, señor Wainwright?

«Esta pregunta debería ofenderme —pensó Hilary—, y debería rechazar fríamente esta intromisión en mi intimidad. Sin embargo, tengo ganas de hablar de eso, aquí y ahora con esta gente. Quiero hablarlo en mi lengua, con esta mujer que es la única con la que debería haber hablado desde el principio, incluso antes de llegar aquí, en la sórdida casa blanca de aquel barrio de las afueras de Londres, en la casa de ladrillos rojos junto a la catedral». Se preguntó como en un destello: «¿Me irá a decir lo que debo hacer?», y a continuación le respondió:

—No sé si es mi hijo —dijo—. No hay nada en él que pueda decirme si lo es o no. —Y añadió para sus adentros: «Ni siquiera sé si quiero que lo sea».

—Yo quisiera decirle, *monsieur* —apuntó *monsieur* Mercatel—, como maestro suyo, lo que pienso del niño. Si es o no su hijo, eso, por supuesto, no puedo decirlo. Lo que sí puedo decir es que, ciertamente, es hijo de alguien como usted.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Hilary.

—Tiene una capacidad mental bastante distinta de los otros niños —repuso *monsieur* Mercatel—. No estoy diciendo que pueda llegar a ser un alumno brillante, es muy pronto para hacer ese tipo de juicios. Pero llevo muchos años dando clase a esos huérfanos y hasta ahora no había tenido a ninguno de quien pudiera afirmar con tanta seguridad que procede de un ambiente culto e intelectual. El pequeño Jean tiene una gran agilidad mental, un sentido de la causalidad..., podríamos decir que tiene una clase de intelecto distinta del resto de los niños con los que debo lidiar.

Al oír esas palabras, Hilary sintió que se llenaba de orgullo. «Si es mi hijo —pensó—, no tengo por qué avergonzarme de él», pero, aun así, objetó:

—Por supuesto, es más que probable que un niño escondido como él proceda de una familia de intelectuales. Después de todo, eran ellos los que solían tener más problemas con los alemanes.

—Eso es cierto, *monsieur* —admitió *monsieur* Mercatel.

—¿Qué me dice del aspecto físico del niño, señor Wainwright? ¿Puede distinguir algún parecido? —preguntó su madre.

—No, no puedo —repuso Hilary casi con desesperación—. Estoy casi seguro de que no tiene nada de mi mujer.

—¿Tiene alguna fotografía suya? —preguntó *madame* Mercatel.

La pequeña fotografía que Hilary llevaba en el reverso de la cartera la había tomado un amigo de Oxford durante unos días en que estuvo de visita en París. En esa época, muchos jóvenes interesados en la fotografía competían por hacer retratos, cada uno de ellos más increíblemente dramático que el anterior. El sujeto debía tenderse en el suelo y se le distinguía detrás de un esqueleto, o a través de una copa de cristal, siempre con un fondo como manchado de tinta negra. Comparada con esa moda de la época, la fotografía de Hilary era relativamente convencional, pero, aun así, se sentía muy reacio a mostrársela a *madame* Mercatel. Mientras la sacaba lentamente de la cartera, recordó el rostro de la imagen, el juego de luces y sombras que destacaba el cabello liso y brillante y los altos pómulos sostenidos entre los dedos largos y rectos;

era una imagen muy alejada del retrato convencional de una esposa victoriana convencional. Además, recordó la expresión del rostro de Lisa, los ojos alargados y oblicuos mirando más allá de la cámara con melancólica intensidad. Así había conocido él su rostro cuando, una vez apagada la pasión, tendido en la cama, ella lo miraba desde arriba. Una vez le había dicho: «Ahora sé lo que Blake quería decir con los “lineamentos del deseo satisfecho”». Y al sacar la fotografía y volver a mirarla, le pareció que no había otra posible interpretación de aquel rostro. Con el ceño ligeramente fruncido, se la entregó a *madame* Mercatel.

Ella la tomó para observarla de cerca y, tras unos instantes, dijo:

—Su mujer era muy hermosa. Supongo que se la hicieron después de tener al bebé.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Hilary, sorprendido.

—Por la expresión de su cara —replicó ella—. Se ve que era una mujer de naturaleza verdaderamente maternal. —Suspiró y dejó la fotografía en su regazo—. ¡Qué tragedia! —dijo.

—¿Le importa si le echo un vistazo? —preguntó *monsieur* Mercatel.

—No, claro que no —respondió Hilary. «Qué extraña equivocación —pensó, y acto seguido, sin poder controlarse—: Pero ¿ha sido una equivocación?». Para evitar seguir pensando en el asunto, dijo:

—Ya ve que no hay parecido alguno entre mi mujer y ese niño.

—Oh, no, ninguno en absoluto —concedió *madame* Mercatel—. El niño se parece más bien a usted.

—¿Quiere decir que es como yo? —tartamudeó Hilary.

—En modo alguno pretendo decir que cualquiera, al ver al niño y después a usted, sabría al instante que es hijo suyo. Cuando se conocieron, mi hijo buscó ese parecido y no lo encontró, y yo tampoco. Pero diría que se trata de un parecido lo bastante evidente para pensar que, probablemente, ese niño sea suyo. ¿Estás de acuerdo, Bernard? —Se volvió hacia su hijo, que respondió:

—Sí, estoy de acuerdo. No se puede poner la mano en el fuego, pero mi impresión es que existe un cierto parecido.

—Yo no había pensado mucho en eso del parecido —repuso Hilary confuso—. Veo que, en general, no somos muy distintos... Tenemos el mismo color de pelo, somos de constitución delgada... —Se interrumpió al tratar de trasladar aquella nariz infantil aún por formar, aquellos labios pálidos, a formas adultas y reconocibles.

—A los dos les crece el pelo del cuello hasta el mismo punto —añadió *monsieur* Mercatel.

—Pero los ojos —objetó Hilary suplicante—, piense en esos ojos enormes y oscuros que tiene el niño. Ni mi mujer ni yo tenemos..., teníamos esos ojos.

—¿Y no sabe de nadie de la familia que los tenga? —inquirió *madame* Mercatel. Hilary tuvo la impresión de que ambos esperaban su réplica como si lo estuvieran juzgando.

Pensó en su madre, su padre, el tío Jim y su hermana Eileen.

—No —respondió—, en mi familia nadie tiene los ojos así. —Entonces se le ocurrió algo y añadió despacio—: Aunque, precisamente, acabo de recordar que las tías polacas de Lisa, mi esposa, sí tenían los ojos grandes y oscuros.

Ambos asintieron gravemente. Había dado la respuesta correcta.

—Pero no hay que guiarse por eso, ¿no? Quiero decir, en definitiva, no significa nada. Podemos establecer parecidos con cualquiera si empezamos a considerar a todos los miembros de

su familia.

—No —dijo *madame* Mercatel—, no hay ninguna evidencia que podríamos considerar conclusiva.

Se había equivocado. Los jueces, después de todo, no se habían puesto de su parte.

Volvió a meter la fotografía en la cartera con cuidado y dijo:

—Ya es hora de que regrese al hotel. Les agradezco mucho esta deliciosa velada.

—El placer ha sido mío —dijo *madame* Mercatel muy formal—. Espero que vuelva otro día a verme antes de marcharse. ¿Cuánto tiempo va a quedarse en A.?

—Aún no lo sé —replicó Hilary levantándose—, pero, si así lo desean, estaré encantado de volver otro día.

La anciana sonrió con gentileza y *monsieur* Mercatel dijo:

—Lo acompaño hasta el hotel.

—Por favor, no se moleste —insistió Hilary hasta que, finalmente, los convenció para que lo dejaran regresar solo.

Ya en la puerta de la calle, *monsieur* Mercatel dijo:

—Ha sido un gran placer ver lo contenta que se ha puesto mi madre por volver a hablar con un caballero inglés.

—Para mí ha sido un gran privilegio conocerla —repuso Hilary, y entonces supo que, a pesar de la intolerable vida que llevaba en aquel pueblo de provincias, en el fondo envidiaba con rencor y amargura a *monsieur* Mercatel.

CAPÍTULO 11

Miércoles

A la mañana siguiente, llovía sin parar bajo un cielo plomizo gris oscuro. No había posibilidad de dar un paseo o intentar dirigir los pasos hacia cualquier lugar hasta que las horas acabaran desvaneciéndose. Hilary estaba dilapidando sus lecturas demasiado rápido durante las comidas, en las que leía para asegurar su privacidad, así que abandonarse a la lectura durante toda la mañana suponía dejar la tarde completamente vacía.

Pero no había otra cosa que hacer. Leyó un rato en el café desierto y rechazó con un ademán al portero, un hombre de cabeza pequeña y redonda que hacía las veces de camarero y, presumiblemente, también se encargaba de las chapuzas que surgían en el hotel. Hilary sospechaba que aquel hombre, a quien los clientes fijos llamaban Lucien, era deficiente mental. Apenas hablaba, a ratos acudía al lado de Hilary y simplemente permanecía allí quieto, mirando su libro en silencio, y en esos momentos Hilary no podía leer, solo permanecer sentado con los hombros tensos y encorvados, con un temor irracional a que el hombre lo tocara. Al final no pudo soportarlo más y volvió a subir a la habitación para tumbarse en la cama y leer lo más despacio posible hasta que llegara la hora de la comida.

Después de comer, aún llovía a cántaros. Había aplazado hasta la tarde el paseo a la tienda para comprar unos guantes nuevos y se alegró ante la perspectiva del recado como si fuera un premio largamente esperado. Bajó las escaleras embutido en su abrigo, con el cuello vuelto hacia arriba y ceñido hasta las orejas, y al pie encontró a la pequeña y anciana sirvienta, que le soltó llena de inquietud:

—¡A *monsieur* no se le ocurrirá salir con este tiempo!

—Tengo que hacerlo —repuso Hilary con una sonrisa al ver su preocupación.

—Ah, sí, *monsieur le patron* nos ha contado lo del pobre niño que *monsieur* ha venido a ver —dijo ella.

—*Monsieur le patron* debería meterse en sus asuntos, como todos los demás —replicó Hilary furioso. Entonces advirtió que la mujer estaba temblando e hizo un esfuerzo para añadir más amablemente—: Los ingleses odiamos que hablen de nuestras cosas, ¿sabe?

—Sí, claro, *monsieur* —dijo ella con timidez y entonces, cuando se dispuso a salir, añadió—: *Monsieur*... No quisiera ofenderlo, pero... si *monsieur* debe salir con esta lluvia, puedo prestarle un paraguas.

Lo último que Hilary deseaba era un paraguas, pero se volvió y respondió agradecido:

—Es usted muy amable. Se lo agradezco de verdad. —Ella se escabulló y regresó con un enorme paraguas de algodón que le mostró muy orgullosa—. Gracias —dijo, y luego tuvo una idea y añadió—: ¿Puedo preguntarle cómo se llama?

—Marianne, *monsieur*. —Y él replicó:

—Gracias, Marianne. —Una vez que se hubo desembarazado de la mirada fría y desdenosa de *madame*, salió a la lluvia con el enorme paraguas de algodón en la mano.

* * *

Poco después, esa misma tarde, se llevó el paraguas y enfiló la cuesta hacia el orfanato. «Esta tarde no habrá trenes —pensó—. Lo mejor que podemos hacer es ir directos al café y quedarnos al abrigo de la lluvia», y se sintió decepcionado porque había estado esperando que Jean se agarrara frenético a su abrigo mientras susurraba con voz extasiada y sin aliento: «¡Mire, *monsieur*, el tren!».

Abrió la puerta y, esta vez, entró directamente. Jean esperaba sentado en un banco junto a la pared y llevaba puesta la bata negra. Cuando vio llegar a Hilary dio un salto y, esta vez, esbozó una sonrisa infantil, amistosa y encantadora, completamente natural.

—¿Dónde tienes el abrigo? —preguntó Hilary—. Hoy tendrás que abrochártelo, con este tiempo tan horrible y lluvioso. —«Maldita sea —pensó—, ya empiezo a hablar como una vieja niñera».

—La hermana Thérèse me dijo que la avisara cuando llegara —dijo Jean, y salió trotando por el pasillo.

Regresó con la anciana monja arrastrando los pies detrás de él.

—Buenas tardes, *monsieur* —saludó—, la madre superiora ha dicho que, si venía hoy, podía usar el recibidor hasta la siete y media, visto el tiempo que hace. —Giró el picaporte, tiró de la puerta para abrirla y, bruscamente, empezó a alejarse por el pasillo.

«¿Cómo que “si venía”? —pensó Hilary resentido—. ¿Se cree que soy una de esas personas que descuidan sus deberes a causa del mal tiempo? Parece que toda esta gente me corta un patrón y luego se aleja un poco para ver si estoy a la altura», pensó, y dijo en voz alta:

—Bueno, Jean, ven conmigo. Pase lo que pase, aquí vamos a estar secos.

Era imposible no acordarse de la última vez que había estado en esa misma estancia. Se dirigió hacia la ventana y se quedó mirando los hexágonos rojos y verdes; se sentía triste y vacío, sin ninguna vitalidad.

El niño permanecía a su lado, en silencio. Por fin, Hilary se volvió hacia él y sonrió, y Jean, como si hubiera estado esperando ese gesto, estalló diciendo:

—¿Me ha traído mi regalo?

Hilary sabía que lo realmente importante no eran los guantes nuevos. Despacio y con aires de misterio, metió la mano en el bolsillo del abrigo y, tras una larga exploración llena de titubeos, sacó triunfante los guantes rojos doblados.

Jean dio un suspiro de éxtasis y los tomó entre las manos.

—*Son* preciosos, ¿verdad? —dijo como dando por hecho algo que no podía ser rebatido en modo alguno.

—Bueno —dijo Hilary enérgico—, ¿qué vamos a hacer? —Echó un vistazo a la habitación,

pero no encontró nada que pudiera serle de ayuda—. Nos sentaremos a la mesa —decidió— y tal vez podamos jugar a algo. ¿Te sabes algún juego?

Jean negó con la cabeza, pero, obediente, se subió a una de las sillas altas y Hilary se sentó a su lado.

—Voy a enseñarte un juego al que jugaba yo cuando era niño —dijo, y sacó del bolsillo un cuaderno y un lápiz y empezó a trazar puntos para formar un cuadrado en la hoja pautada.

Alzó la mirada y se dio cuenta de que Jean, absorto, se estaba metiendo el dedo concienzudamente en la nariz. Levantó una mano para echar abajo aquellos dedos en plena expedición, pero se contuvo. «No tengo ningún derecho —se dijo—. No tengo ningún derecho. No se puede ir por ahí imponiendo disciplina a los hijos de los demás», pensó deliberadamente.

—Mira, Jean —dijo—, se juega así.

Explicó minuciosamente el juego al niño, encantado al ver la rapidez con que este aprendía las sencillas reglas. Jugaron una vez y Hilary dejó pasar unas cuantas oportunidades para que el niño ganara y este, al hacerlo, se puso eufórico. Pero hacia el final del segundo juego, Jean empezó a fallar oportunidades muy evidentes de ganar puntos y Hilary acabó diciendo con brusquedad:

—No seas tonto, Jean. Seguro que estás viendo que si unes estos dos puntos, podrás hacer otra caja.

—Pero es que esta vez quiero que gane *usted* —repuso Jean, mirando a Hilary esperanzado. Tenía que entender que se estaba conteniendo no por estupidez, sino por el deseo de concederle un juego. Hilary aceptó el regalo y, una vez concedido, Jean jugó el tercero y el cuarto con sorprendente habilidad.

Pero Hilary ya estaba cansado de jugar a las cajas.

—¿Te gustaría ver tus guantes nuevos? —preguntó, y Jean asintió sin gran interés.

Los guantes nuevos eran de lana gris oscura, porque eso era todo lo que Hilary había podido encontrar.

—Gracias —dijo Jean, y dejó dócilmente que Hilary le mostrara lo bien que le sentaban, pero en realidad no tenían valor alguno comparados con los otros rojos, demasiado pequeños, que mantuvo apretados en la mano izquierda durante un buen rato.

Hilary miró el reloj con disimulo y comprobó que solo eran las seis y cuarto. De repente recordó su propia infancia y empezó a preguntarse cómo solía llenar las tardes lluviosas, pero solo acertó a pensar en los puzles, los mecanos y los libros ilustrados, objetos todos ellos supuestamente relacionados con niños que están acostumbrados a recibir muchos regalos. Entonces recordó algo más y sugirió:

—¿Quieres que te cuente una historia?

—¡Oh, sí! —respondió Jean con rotundidad.

—¿Quién más te cuenta historias? —preguntó Hilary celoso.

—La hermana Clothilde nos explica cosas de los santos cuando eran pequeños —explicó Jean—. Me encantan las historias. —El rostro le brillaba ante la ansiada perspectiva.

—Yo no conozco ninguna historia de santos —dijo Hilary, que se esforzaba por recordar lo que más le gustaba cuando tenía cinco años. «Tengo la horrible sensación de que era Winnie-the-Pooh —pensó—, pero ni hablar de presentarle al niño a alguien tan caprichoso y travieso». Entonces se preguntó hasta qué punto podía justificar un padre su rechazo a permitir que su hijo conociera ciertos dibujos o textos que él mismo, como adulto, condenaba siguiendo unos criterios

estéticos... hasta que se dio cuenta de que Jean, apremiante, le estaba tirando de la manga.

—¡Por favor, empiece ya!

Con repentino alivio, Hilary se acordó de Caperucita Roja.

—Había una vez una niña pequeña... —empezó. Y mientras contaba la historia, ambos se miraban a los ojos, absortos en el relato y en ellos mismos.

Contar la historia a Jean resultó una experiencia de lo más admirable. Se le veía totalmente cautivado, y los ojos se le agrandaban con cada temor, cada recelo, y en el momento del clímax buscó con la mano, a ciegas, la manga de Hilary para aferrarse a ella. Una vez terminada la historia, permaneció sentado, muy quieto, mirando a Hilary pensativo.

—¿Qué te ha parecido la historia? —preguntó Hilary.

—*Monsieur* —inquirió a su vez Jean—, ¿el padre quería a la niña?

—¡Oh, sí! —replicó Hilary con gran convicción.

—¿Y su madre?

—Desde luego —respondió Hilary.

—Entonces —prosiguió Jean, con la frente arrugada—, ¿por qué la dejaron ir sola a encontrarse con el lobo?

—Pero ellos no sabían que iba a encontrarse con el lobo —replicó Hilary, feliz ante la evidencia de que el niño había seguido la historia y la había razonado—. Luego su padre vino, la salvó del lobo y se la llevó a casa con su madre.

Jean bajó la mirada hacia la mesa y se inclinó hacia Hilary con aire furtivo.

—¿Mi padre y mi madre me quieren? —preguntó.

—Pues claro que sí —replicó Hilary incómodo.

Jean levantó la cabeza en un gesto desesperado y examinó a Hilary, que no dijo más, no pudo decir más. Se quedaron mirando fijamente, cada uno en su propia agonía, hasta que el niño volvió a bajar los ojos en dirección a la mesa.

«Podría decirlo ahora —pensó Hilary—, podría decirlo ahora».

Sin apartar la mirada de la mesa, Jean preguntó:

—¿Sabe quién es Armand?

—No —respondió Hilary—, ¿quién es Armand?

—Un día la hermana Thérèse entró en la clase a buscar a Armand —empezó Jean rápidamente—. Había un hombre esperándolo; era su padre, que había vuelto de la guerra y se lo llevó. —Echó otra mirada furtiva a Hilary de soslayo y, rápidamente, volvió a fijar la vista en la mesa—. El padre de Luc volvió de Alemania y Luc también se marchó.

«Oh, Dios —se lamentó Hilary—, Dios mío, ¿habrá estado hablando con alguien o lo ha descubierto por sí mismo? Igual no quiere decir nada, igual solo está hablando por hablar. Maldita vieja —se dijo pensando en la víspera—. No es justo. Aún no lo sé. No quiero comprometerme. Ya me he visto obligado a sentir una pena más profunda de la que nunca me habría imaginado capaz. No me atrevo a ir más lejos... Todavía no». Se levantó y anunció:

—Jean, tengo que irme.

—¿Va a venir mañana? —dijo, y sonó más como una exigencia que como una pregunta.

—Si puedo —dijo Hilary.

—Llévese los guantes rojos —urgió Jean, y Hilary agarró los guantes sin pensar, se los metió

en el bolsillo y se marchó.

* * *

«Me están destrozando —se dijo Hilary mientras emprendía penosamente el regreso bajo la lluvia—. Conozco mi deber. Vine aquí preparado para cumplir con mi deber. Si el niño fuera mío, me lo llevaría; si no lo fuera, lo dejaría. Iba a ser tan simple como eso. No habría lugar para el sentimiento en semejante decisión. La palabra clave aquí es el deber, no el sentimiento.

»Debo estar seguro por el bien de Lisa. Ella quería que salvara a mi hijo, a nuestro hijo, el hijo de nuestro amor. No tengo ningún deber de salvar a un huérfano de la caridad que no es nada mío.

»Debo mantener a raya las emociones. No tengo que dejar que me destrocen de nuevo, no, ni siquiera si resulta que el niño es mío.

»Pero si es mío, tengo que llevármelo por Lisa, que deseaba salvarlo por encima de todo, incluso de su propia vida. —Y sintiendo una repentina punzada de celos se preguntó—: ¿Acaso amaba a ese niño más que a mí?

»La conocí como amante —pensó—, y no llegué a conocerla como madre de mi hijo. Tal vez, cuando nació, ella encontró un nuevo rango de emociones nacidas con ese niño que le permitieron encontrar la felicidad máxima al entregarse a él.

»Pero ella estaba entregada a *mí* —se ofuscó mientras notaba otra punzada de celos—. Me lo dio todo, igual que yo a ella.

»¿Y cómo puedo dar ahora, cuando tanto necesito recibir?»

«A Lisa podía darle. Nuestra relación era perfecta; cada uno daba y recibía en su justa medida».

Entonces recordó el modo en que *madame* Mercatel había mirado la fotografía de Lisa. «Pero ¿yo di algo? —se preguntó violento—, ¿di algo? ¿Fui capaz de dar alguna vez?

»Era una relación perfecta —repetía desesperado—, cada uno daba y recibía. ¿Qué demonios quería decir esa mujer con lo de que Lisa tenía una expresión maternal? No era una expresión maternal. Era de deseo satisfecho. Yo era tan inmensamente feliz entonces. Seguro que era de deseo satisfecho».

CAPÍTULO 12

Jueves y viernes

El jueves por la mañana fue diferente porque Hilary, que la noche anterior había terminado todo lo que había traído para leer, descubrió inesperadamente una papelería con un estante lleno de libros para vender, así que pudo pasarse allí media hora hojeándolos y fingiendo decidir cuál de ellos iba a comprar. En realidad, había poca elección y, al final, después de haber examinado la pila de novelas de misterio y románticas tan decididamente banales que casi ni podían leerse, salió con una novela de Daudet que no conocía.

A la hora de la comida, Mariette le dijo muy orgullosa que, aquella noche, el cine estaría abierto. Hilary se sentía obligado a ser amable con aquella tímida anciana, porque así parecía justificar su empeño en evitar al horrible *patron* y a su mujer.

—Es estupendo —dijo forzando un agradecido entusiasmo, y entonces se dio cuenta de que estaba agradecido de verdad, porque se le presentaba una tarde en la que no necesitaría consumir uno de sus preciados libros en el espantoso tedio de aquel sombrío café.

A las cinco y media estaba en el orfanato, y Jean y él bajaron caminando hasta el paso con barrera, luego fueron al café y subieron de nuevo la colina del orfanato.

A pesar de la miseria y el resentimiento, esas dos horas eran distintas del resto de los insoportables días. Durante esas dos horas debía estar muy receptivo, no a sí mismo y sus propias reacciones, sino al niño. Debía ocultar el miedo y el aburrimiento, esforzarse por resultar interesante y divertido. Constantemente debía intentar que el encuentro resultara agradable y seguro, sin abrir en ningún momento brechas que la emoción pudiera inundar por sorpresa.

Además, disfrutaba de la compañía del niño. Estaba claro que Jean no contaba con grandes reservas de energía; tras un estallido de movimiento o una charla emocionante, se quedaba quieto y sentado en silencio durante un rato, con los grandes ojos fijos en Hilary y sus inseparables guantes rojos bien apretados en la mano. Pero respondía a los constantes esfuerzos de Hilary y se mostraba alegre e incluso, a veces, ingenioso.

Hilary se dio cuenta de que estaba preocupado por el estado físico del niño, cuyas carencias quedaban patentes por su periódica necesidad de descanso y abandono. Pensó que el niño no tenía una constitución apropiada para la vida social, que demanda en todo momento una gran vitalidad individual. «Debería estar en una granja —pensó con gran cuidado de evitar el artículo definido—, donde pudiera correr libre hasta sentir cansancio y echarse cuando le apeteciera». Intentó imaginar al niño en pantalones de Mahón y jersey, pulcro y con las mejillas encendidas, y entonces buscó apresuradamente en su imaginación otra broma para hacerle reír.

Esa tarde, antes de marcharse, no hubo necesidad de decir nada antes de tender la mano y recoger los guantes rojos.

* * *

Por la noche fue al cine. La sesión había empezado mientras acababa de cenar, y cuando llegó, ya se había iniciado la pausa, esa interminable pausa de los cines franceses amenizada únicamente por las proyecciones que anunciaban los artículos de los comerciantes locales. Por fin se apagaron las luces y comenzó la película.

Nada indicaba el lugar donde esta se había realizado. Las manchas, los crujidos y los destellos del celuloide sugerían que se trataba de una producción destinada a viajar en latas maltrechas de un pueblo de provincias a otro para exhibirse en los pequeños y ruinosos cines que abrían una vez por semana. En este, el altavoz estaba demasiado alto y la banda sonora, ya tristemente desgastada, emitía un sonido tan fuerte y distorsionado que Hilary solo podía comprender lo que decían de vez en cuando. Pero no había mucha necesidad de esforzarse por entender, ya que la historia era muy obvia y banal. Había un ferroviario que tenía una hija morena. Había un amante bueno que era campesino. Había un estafador que venía de la ciudad. En medio de todas aquellas permutaciones de lujuria y violencia, traición y destrucción, Hilary podía oler el perfume fuerte y barato de la mujer sentada junto a él de modo que ambas cosas, la película y el perfume, quedaron pronto entrelazadas.

Así que, a pesar de su aversión ante la vulgaridad del perfume y la película, ambos empezaron a despertar gradualmente los sentidos. Uno y otra se habían fabricado bajo la asunción de que el deseo sexual era una fuerza muy potente y cualquiera podía escoger una forma de vida cuyo hilo conductor fuera la satisfacción de ese deseo. Mientras estaba allí sentado, solo en la oscuridad, se sintió inundado no por el deseo sexual en sí mismo, sino por el velado anhelo de que una pasión tan absorbente como la que había conocido a través del deseo sexual lo arrastrara de la aridez a la emoción urgente y luego satisfecha. Había que forzar alguna barrera, superar alguna adversidad... Cuando terminó la película y se encendieron las luces, aún no había logrado descubrir qué emoción liberadora podría ser esa.

* * *

El viernes por la mañana volvió a visitar la papelería y compró una novela de detectives.

El viernes por la tarde se encerró en su habitación y luchó con el capítulo de un libro de crítica que había empezado a escribir cuando aún estaba en Inglaterra.

El aire ese día era pesado y sofocante, como si anunciara tormenta, y durante la subida hacia el orfanato se sintió oprimido por una molesta agitación. Ya no ejercía voluntad alguna sobre aquellos días; había dejado de pensar en ellos a propósito para dejar que cayeran en una rutina familiar que recibía sin alegría ni resentimiento. Solo esa tarde, con la piel lacerada por el inminente trueno, sintió que muy pronto alguien debía hacer algo por él, alguien debía levantar la enmarañada red que lo envolvía de aquel modo tan inextricable.

* * *

Más tarde, al regresar con el niño para dejarlo en el vestíbulo, la madre Thérèse estaba esperándolo.

—La madre superiora desea verlo —dijo con severidad, y Hilary la siguió con el corazón encogido de aprensión.

La madre superiora estaba sentada detrás del escritorio, igual que la otra vez.

—Gracias por venir, *monsieur* —dijo, y le señaló una silla mientras la hermana Thérèse abandonaba la habitación.

—Me temo que a la hermana Thérèse no le gusto demasiado —dijo Hilary con una risa incómoda.

La madre superiora levantó la vista como si hubieran interrumpido el hilo de sus pensamientos. Entonces secundó la risa de Hilary cortésmente y replicó:

—No, no es que usted no le guste. Es que está celosa.

—¿Celosa? —repitió Hilary—. ¿Quiere decir celosa de Jean?

La monja frunció el ceño como si dar explicaciones sobre sus propias palabras fuese una tarea sumamente inusual y complicada.

—No, no creo que se trate de eso exactamente —dijo—, pero en nuestro trabajo de cuidar a los niños es muy fácil encariñarse con ellos, no de manera individual, sino en general. De modo que, cuando a un niño se le presta una atención especial, como ha ocurrido con Jean esta última semana, puede surgir un resentimiento en nombre de los demás.

—Espero que no haya estado pagándolo con él —dijo Hilary molesto.

—Oh, no —repuso la monja desconcertada—, la hermana Thérèse es una mujer muy buena.

Empezó a jugar con el rosario como si no estuviera del todo dispuesta a abordar el motivo real de la entrevista y a continuación dijo con un repentino alivio:

—Oh, antes de que se me olvide, tengo un mensaje para usted de *monsieur* Mercatel. Teme que usted piense que lo tiene abandonado, pero es que su madre ha estado postrada en la cama estos días y, como la sirvienta se va a casa por las tardes, él, claro está, no puede dejar a su madre.

—Espero que no sea nada serio —dijo Hilary, aliviado al saber que quedaba excusado de volver a enfrentarse al tribunal ante el que sentía haberse condenado a sí mismo.

—Es solo la artritis —respondió la madre superiora—, la humedad suele dejarla postrada en la cama. *Monsieur* Mercatel también me ha dicho que los dos esperan poder verlo de nuevo antes de que se marche. —Hizo una pausa para volver a jugar con las cuentas y añadió—: Lo cual me lleva a lo que quiero decirle. Desde que llegó, no ha venido a decirme nada. Entiendo que ha sido incapaz de tomar una decisión acerca del pequeño Jean, es decir, que aún no sabe si se trata de su hijo perdido.

—Es cierto, *ma mère* —respondió Hilary.

—Recordará que cuando vino a verme al principio —prosiguió ella—, le dije que debía estar muy seguro de su decisión, porque no era católico, y usted me contestó que su hijo, en cualquier caso, se criaría en la fe católica, ¿no es así?

—Sí —respondió Hilary.

—Desde entonces —explicó la monja—, he estado pensando mucho en el asunto; he pedido consejo al padre Ludovic, que es nuestro confesor y un hombre muy bueno, y también he rezado

sin descanso para encontrar un poco de guía. —Inclinó la cabeza y Hilary pensó sorprendido que en ese momento, por primera vez desde que se conocieron, la veía más como una religiosa que como una monja de hospital—. Y estoy convencida de que lo correcto es que se lleve a ese niño.

—¿Incluso si no es mi hijo? —preguntó Hilary incrédulo.

—Escuche, *monsieur* —replicó la monja—, si no sabe si ese niño es suyo o no, ¿cómo va a llegar a saberlo con cualquier otro niño? Su instinto no le dice nada, de otro modo estaría seguro, ya fuera en un sentido o en otro. Tengo la certeza de que lo ha interrogado para intentar averiguar todo lo que recuerda y, como era de esperar, él no recuerda nada que a usted le pueda ayudar. Aunque este no sea su hijo, aunque su verdadero hijo esté esperando todavía a que lo encuentre, usted seguirá sin saber si ese otro niño es suyo o no.

—Otro niño podría recordar algo, o podría parecerse tanto a mi mujer que yo no pudiera por menos que estar seguro —dijo Hilary.

—A medida que pasa el tiempo —dijo la monja—, los niños van olvidando cada día. Ningún otro niño recordaría más que este lo que pasó hace tres años. En cuanto al parecido..., no sé nada acerca de su mujer, pero está claro que el pequeño Jean no es muy distinto de usted.

—No podría soportar llevarme al niño equivocado y luego, ¿quién sabe?, encontrar al que de verdad es mío —apuntó Hilary con vehemencia.

—Eso no sucederá —replicó la monja—, es tan cierto como cualquier otra cosa. Si este niño no es suyo, entonces nunca encontrará a su hijo.

—Eso mismo decía Pierre —dijo Hilary sin pensar.

—¿Pierre? —inquirió ella.

—Mi amigo, *monsieur* Verdier —explicó Hilary—, el que le escribió al principio.

—Ah, sí —dijo ella—, al leer su carta entendí que ya había hecho una búsqueda exhaustiva para dar con su hijo, y que, según sus pesquisas, el niño que tenemos aquí es el único que probablemente lo sea. No, *monsieur*, estoy segura de que o bien este niño es hijo suyo, o bien su hijo está fuera de nuestro alcance. Puesto que estoy segura de que será educado en nuestra fe, me haría muy feliz que reconociera a ese niño como suyo.

—¿Por qué? —preguntó Hilary con acritud—. ¿Por qué tiene tantas ganas de que me lo lleve?

Ella lo observó detenidamente durante un instante y luego dijo:

—Por muchas razones. Una de ellas es que usted me inspira una gran compasión. Me parece que está perdido y necesita consuelo, y no desearía privarle de ello.

—No quiero que nadie me compadezca —susurró Hilary estúpidamente, y al instante cayó en la cuenta de que sí, eso era justo lo que más deseaba en el mundo. Siguió escuchando paralizado mientras ella proseguía:

—Además, me haría muy feliz saber que Jean se queda con usted por su propio bien. No es la clase de niño que acostumbramos a tener aquí, y creo que necesita cuidados distintos a los que nosotras podemos darle.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Hilary.

La monja pareció confundida al disponerse a explicarlo.

—Bueno, es un niño inteligente —dijo—. *Monsieur* Mercatel lo tiene en gran estima, ya se lo debe de haber dicho él mismo. Pero ya se ve que tiene una inteligencia distinta a los otros niños, y esa forma de inteligencia no va a ayudarlo en los oficios que nosotras podemos ofrecerle. Como creo que ya le dije, nuestros mejores chicos entran como aprendices de algún oficio y, para la

mayoría, eso supone una vida mejor que la que tienen derecho a esperar. Pero el pequeño Jean no tiene esa clase de inteligencia. Parece más bien que debería ser maestro o..., o escritor como usted, *monsieur* —concluyó aliviada.

—Pero si se queda con ustedes —objetó Hilary—, ¿no hay más futuro para él que aprender un oficio? ¿No dan a ningún niño en adopción, por ejemplo?

—Sí —sonrió la monja con ironía—, a veces los granjeros de la región que buscan mano de obra porque sus hijos se han marchado de la granja para irse a la ciudad adoptan a alguno de nuestros niños. Pero ¿qué granjero va a adoptar a un niño tan enclenque?

Inesperadamente, Hilary se sintió presa de la ira. «No está enclenque —gritó para sus adentros—. Quizá esté delgado, pero cualquiera puede ver que vale más que cien de esos patanes fornidos. Además, si está enclenque, ¿de quién es la culpa?». Pero la madre superiora ya había retomado la palabra.

—Voy a ser franca con usted, *monsieur* —dijo—. Yo tengo una serie de responsabilidades no solo con este niño, sino con todo el orfanato. Como ya le dije, nuestra fundación es muy pobre y dependemos totalmente de la caridad. Nuestra regla es que cada niño que admitimos debe contar con la recomendación de un progenitor, familiar o tutor que se encargue de una parte, por pequeña que sea, del coste de su manutención. No es que nos pese haber aceptado al pequeño Jean, ni que piense haber cometido un error al hacerlo. Pero tampoco pretendo engañarme a mí misma porque sé que, al tenerlo aquí, estoy privando a otro niño de su derecho a estar con nosotras. Por tanto, si veo que Jean tiene la oportunidad de estar en una buena casa, y una casa donde mantiene su religión, sentiré que estoy faltando a mi deber si no intento aprovechar esta oportunidad.

Hilary se quedó estupefacto. Estupefacto al ver que la caridad podía pesarse en una balanza, estupefacto porque la madre superiora estuviera tan fríamente preparada para renunciar a un niño al que él, de un modo irracional, sentía que debía profesar un especial afecto. Notó que deseaba lanzar a aquella mujer amargos reproches, arrojarle a la cara los dedos que se hurgaban la nariz, los cumpleaños olvidados, los paseos que nunca iban en la misma dirección que los trenes. Quería acusarla de faltar al sentimiento que una monja como ella, una monja que tenía niños huérfanos a su cargo, se esperaba que demostrara.

—Todo eso es muy razonable, *ma mère* —replicó—. ¿Cuándo quiere que me decida?

—Tenía la esperanza de que quizá le hubiera tomado cariño al niño... —vaciló ella. La frase cayó en el aire. Hilary la ignoró y dijo:

—Le diré algo el lunes. —«¿Por qué el lunes?», se preguntó, pero repitió más firme—: Sí, le comunicaré mi decisión definitiva el lunes. —Se levantó, le estrechó la mano y se marchó.

* * *

«Pues se acabó —se dijo Hilary mientras bajaba por la colina—, todo arreglado, todo decidido, mi vida arruinada por completo.

»No vale la pena darle más vueltas al asunto —se dijo—, ya no hay otra salida. Más vale que sea práctico.

»Supongo que he dicho el lunes para permitirme algo así como la ilusión de elegir. El lunes hará una semana que estoy aquí; el lunes puedo tomar una decisión razonable.

»Bueno, entonces el lunes llevaré a Jean a dar el paseo y se lo diré. (¿Qué le diré? —se

preguntó— ¿y qué dirá él?). Entonces anunciaré a la madre superiora que he decidido llevarme al niño. Es una mujer educada y accederá conviniendo en que es una decisión mía».

Ya era demasiado tarde para llevarse al niño aquella noche. «¿Qué pensará cuando se acueste por última vez en esa cama de hierro? Por la mañana iré a buscarlo y tomaremos el tren a París. (¡Qué emocionante será para él el viaje en tren!). Lo llevaré a un hotel. Buscaré a Pierre. Todo volverá a ser como antes entre Pierre y yo.

»Eso será el martes. El miércoles iré a la embajada. Seguro que hay trámites que seguir; tendré que poner al niño en mi pasaporte. Todo eso llevará algún tiempo. Calculo que antes del viernes no podremos irnos a Inglaterra.

»Luego está el asunto del dinero. Supongo que tengo que empezar a pensar en lo que debo en el hotel.

»Igual tendría que comprarle algo de ropa antes de irnos.

»Tendré que llevarlo al piso. Tendré que llamar a Joyce. Quizá Joyce quiera quedarse con él inmediatamente. Si me caso con Joyce, no tendré que llevarlo a casa de mi madre, no hasta que él y yo estemos bien seguros.

»Como me ponga sentimental, imaginaré la cara que pondrá cuando se lo diga, imaginaré que lo estrecho fuertemente entre mis brazos y le digo que su padre, por fin, ha llegado para llevárselo muy lejos y nunca más dejar que nos separemos. Podría imaginar que lo llevo al zoo, que le compro juguetes, que le remeto las sábanas al acostarlo... ¡Oh, Dios! —exclamó para sus adentros—, no soy un sentimental, tengo que ser práctico. El lunes se lo digo, el martes me lo llevo a París... y entonces —pensó aliviado—, ya podré marcharme de este pueblo desolado y deprimente».

Cuando llegó al hotel, la tormenta aún no había estallado.

* * *

Por primera vez desde el día de su llegada, Hilary se paró ante la ventanilla del mostrador que había en el vestíbulo.

—Por favor, *madame* —dijo—, ¿podría hacer la cuenta y dármele esta noche?

Los ojos azules de la mujer brillaron ansiosos e inquisitivos.

—¿*Monsieur* va a dejarnos? —preguntó.

—Por ahora, no —repuso Hilary con frialdad—, pero ya llevo un tiempo aquí y, como es natural, me gustaría conocer mi situación.

—Muy bien —dijo ella con la misma frialdad, y Hilary pudo notar cómo lo seguía con los ojos mientras cruzaba el vestíbulo en dirección al café.

Una vez allí, tomó asiento y, junto a un coñac, se puso a leer la novela de detectives. Estaba escrita en una extraña jerga que, suponía, era el equivalente francés de Damon Runyon,^[3] con lo que tenía que leer despacio y detenerse para traducir cada párrafo al consiguiente inglés americano. Sin reparar en los ocasionales parroquianos que, de vez en cuando, entraban o salían del café, permaneció allí sentado, inclinado sobre el libro y deseando que estallara la tormenta para despejar aquel aire plomizo.

De repente lo asaltó la misma insoportable urgencia que había sentido la víspera en el cine. Volvió a ver la pantalla titilante, oyó las voces estridentes e ininteligibles, olió el perfume barato

e insidioso... Sí, ¿de verdad estaba oliendo ese perfume? Levantó la mirada bruscamente y vio a una mujer de pie junto a su mesa.

Vio los grandes senos hinchados bajo la blusa blanca de escote abierto, vio el cabello rubio y dorado, la boca húmeda, los ojos castaños ávidos de deseo. Mientras sostenía su mirada, albergó la ilusión del reconocimiento.

—Me han pedido que le trajera la cuenta a *monsieur* —dijo ella. Él siguió mirándola sin decir nada y ella añadió—: ¿Es usted el inglés que pidió la cuenta?

Lentamente, Hilary empezó a comprender lo que le estaba diciendo. Se levantó y dijo:

—Perdone mi estupidez y mi sorpresa, *madame*... Creo que estaba medio dormido. Tengo la sensación de que nos hemos visto antes.

Ella negó con un gesto. —Acabo de llegar —explicó—. Soy la sobrina de *madame* Leblanc. Vengo algunos fines de semana de París para visitar a mi tía.

—Yo soy Hilary Wainwright —dijo él—. ¿Puedo preguntarle su nombre?

—Nelly —respondió ella sonriente sin quitarle los ojos de encima.

—Nelly —repitió él—, ¿me concede el honor de tomar algo conmigo?

—Sería un placer —replicó ella apenada—, de verdad, pero esta noche es imposible. Mis tíos me están esperando.

El recuerdo de su perfume y el recuerdo de su propio deseo eran uno solo.

—Mañana, entonces —exigió con aspereza.

—Podría arreglarlo —concedió ella. Echó un vistazo alrededor y añadió—: Tengo que irme ya, antes de que vengan a buscarme. *Au revoir*. —Le tendió la mano y, al estrechársela, sintió el cosquilleo de sus dedos en la palma de la mano y exhaló un profundo suspiro. Entonces ella retiró la mano, salió rápidamente y, al cerrar, dio un portazo cuyo eco resonó en el primer trueno de la tormenta que se avecinaba.

CAPÍTULO 13

Sábado

A la mañana siguiente, cuando se acordó de mirar la cuenta del hotel, Hilary se quedó estupefacto.

El precio original, ya bastante alto y fijado en un principio, parecía no tener ninguna relación con aquella intolerable suma. Al parecer, todo lo que había comido desde su llegada contaba como un extra, y todos esos añadidos tenían precios desorbitantes. Aun así, se daba perfecta cuenta de que no podía hacer nada al respecto. Con la intención de ocultar, incluso a sí mismo, que su comida se salía de las tarifas habituales del hotel, había aceptado cada una de las suculentas ofertas que se le habían hecho y, de forma deliberada, se había abstenido de preguntar el precio.

Ahora, con papel y lápiz, intentó averiguar con qué recursos contaba exactamente. Finalmente calculó que tendría suficiente para llegar a París el lunes y pasar con frugalidad los pocos días que les quedaban antes de marcharse para Inglaterra.

«¡Pero ¡qué tonto soy! —pensó entonces—. Cuando llegue a París, Pierre lo arreglará todo. Realmente no hay nada por lo que preocuparse, así que no necesito eliminar los filetes y los coñacs —pensó con vergonzoso alivio—. Puedo quedarme aquí con toda comodidad y, una vez en París, todo se arreglará», y se levantó para vestirse y bajar a desayunar.

Esa mañana tuvo dificultades para fijar la vista en el libro. No dejaba de levantar la mirada para echar un rápido vistazo a la salita y poder ver si pasaba alguien. Pero solo estaba Mariette trajinando de aquí para allá y, de vez en cuando, el *patron* salía de la cocina arrastrando los pies esperanzado para luego alejarse de nuevo abatido porque Hilary, a la defensiva, volvía a fijar la mirada en su libro al instante.

El día amaneció claro tras la tormenta y parecía de obligación salir a dar un paseo y respirar el aire fresco y gélido, pero Hilary no dejaba de ponerse excusas. «Tengo que seguir con el artículo —se decía—. No encontraré muchas ocasiones cuando tenga que vérmelas con Jean. No vale la pena escribir en la habitación, eso solo sirve para que Mariette no pueda limpiar. Mejor me llevo el cuaderno al café y allí podré encontrar un poco de paz».

Cuando llevaba una media hora esperando, fingiendo que escribía, entró ella. Eran los únicos clientes del café. Se levantó de un salto y dijo:

—Buenos días, *madame*. ¿Puedo ahora proponerle tomar algo conmigo?

—Bueno, en realidad estaba buscando a Lucien —repuso ella sin molestarse en que la excusa sonara creíble—. No, no puedo aceptar ahora su ofrecimiento. Si va usted en serio de verdad... —Se apoyó sobre la barra para ofrecerle su cuerpo con toda franqueza.

—Claro que voy en serio —dijo él—, ¿cuándo?

—Quedamos esta tarde a las ocho y media, en la segunda farola al doblar la esquina. —Y él tuvo la impresión de que ya le habían proporcionado antes esa misma indicación.

—Allí estaré —repuso, y ella salió rápidamente del café, no sin antes volverse a sonreírle por encima del hombro. Ahora que ya no había necesidad de seguir fingiendo, Hilary salió también y dio una vuelta por el pueblo.

* * *

Esa tarde, al bajar la colina con el niño, Hilary notó cómo se iba llenando de una sensación de poder absoluto. Era como cuando, en su infancia, le confiaban un secreto y sabía que, en un momento dado, sería capaz de revelarlo, cosa que supondría, en ese instante, una fuente de absoluta benevolencia. Por nada en el mundo se habría confesado que ya antes de la hora fijada, durante la espera, estaba saboreando una sensación casi olvidada y, sin embargo, infinitamente placentera.

Así, la extrema intensidad de sus reacciones provocó que el encuentro de aquel día fuera más alegre, más vivo, más animado que cualquier otro anterior. Hablaron de África y Hilary explicó a Jean historias de las estatuas de piedra cantoras de Memnón, de los cocodrilos que acudían cuando los negros los llamaban o de las olvidadas ciudades romanas que un día, de repente, alguien descubría en alguna tierra salvaje. Hablaron de trenes y Hilary le contó que el Transiberiano tardaba dos semanas en ir de Harbin a Moscú, y le habló de los coches cama, los vagones restaurante, los funiculares y los teleféricos. Hablaron de la infancia de Hilary y de todo lo que había en su habitación de los juguetes —el caballo balancín, el triciclo, los patines o la tienda india— porque, decididamente, ya no había razón alguna para contenerse al hablar de estas cosas. Podía olvidarse de andar con cuidado y estar alerta. Por primera vez desde el día que dejó a Lisa en París, fue capaz de disfrutar sin contrastar su placer presente con la miseria de su pasado y su futuro.

—Tenía un león que caminaba al darle cuerda —le dijo al niño—, y yo lo ponía a dar vueltas alrededor de la tienda y le disparaba con el arco y las flechas. Si le daba, luego le ponía unas vendas y fingía que se amansaba y nos hacíamos amigos porque estaba muy agradecido de que lo hubiera ayudado.

En ese momento, el niño hizo como si de repente hubiera recordado algo. Dejó los guantes con cuidado sobre la mesa y empezó a buscar a tientas bajo la bata.

Hilary se interrumpió.

—¿Qué pasa, Jean? —preguntó.

—Yo también tengo un juguete —dijo Jean—. ¿Le gustaría verlo?

—Me encantaría —respondió Hilary, y después de una agitada búsqueda en el andrajoso bolsillo de la bata, el niño finalmente sacó el cisne con una venda enrollada a modo de cabeza que Hilary había visto en la acusadora pila de objetos amontonados sobre la manta gris.

—Este es mi juguete —dijo rápidamente mientras buscaba con la mirada el rostro de Hilary.

El primer impulso de Hilary fue responder al instante:

—Te compraré uno mejor que ese. —Entonces se dio cuenta, sorprendido, de que lo único que le impedía decirlo era simplemente la cortesía. «Qué raro tener que dejar que la cortesía se

anteponga a mi deseo natural de dar —pensó—, como si estuviera delante de otro adulto».

Había esperado demasiado. La mano del niño se cerró para aferrar su juguete rechazado. Hilary vio cómo le temblaba el labio y, con gran respeto, le oyó decir:

—A mí me gusta igual.

—A mí también —repuso Hilary rápidamente—. Es idéntico a uno que tenía en la bañera.

—¿De verdad? —preguntó Jean vacilante. Soltó la mano que agarraba el maltrecho cisne y lo observó con expresión crítica—. ¿El suyo tampoco tenía cabeza?

—No, tampoco —mintió Hilary—, pero yo lo quería igual.

Jean sonrió con ternura.

—Yo quiero a mi cisne más que a nadie en el mundo, excepto a Robert —dijo.

—¿Robert se porta bien contigo? —preguntó Hilary.

—Bastante bien —respondió Jean juicioso, y se quedó sumido en sus pensamientos hasta que añadió—: Robert me dijo que yo lo quería más que a nadie en el mundo.

—Ajá, ya veo —replicó Hilary, aliviado pero extrañamente celoso del amor recíproco que Robert, por su parte, debía de profesar.

El niño añadió:

—La hermana Clothilde me quitó el cisne, pero Robert lo sacó del armario y me lo devolvió.

Hilary advirtió que, mediante esa confidencia, Jean lo acababa de colocar del lado de sus protectores. De repente se vio inundado por un pensamiento y preguntó:

—¿Quieres mucho a la hermana Thérèse y a la hermana..., cómo se llamaba... Clothilde?

—No —respondió Jean sin interés alguno, mientras empujaba el cisne por la mesa.

—¿Quieres a alguien en el orfanato? —prosiguió Hilary.

—Creo que no —dijo Jean, concentrado en el cisne.

Hilary sintió el impulso de preguntar: «Y a mí, ¿me quieres?», pero no se atrevió. «Sería muy bonito», pensó de repente, y las fantasías sentimentales que tan estrictamente trataba de apartar de su mente volvieron a desbordarse, los delgados brazos alrededor de su cuello, la cara pálida y fría apretada contra la suya... Entonces pensó en otros brazos y otra cara y anunció bruscamente:

—Bueno, esconde el cisne en un sitio seguro. Es hora de volver a casa.

* * *

Cuando ella llegó, él ya llevaba mucho tiempo esperando junto a la segunda farola de la esquina.

—No he podido escabullirme antes —dijo, y lo tomó del brazo para apretarse contra él—, y no podía llegar aquí la primera. ¿Qué habría pensado la gente al verme esperando en la calle? —Y se echó a reír agitando la melena de modo que esta le cepillaba los hombros, y él pudo oler de nuevo aquel barato e insidioso perfume.

—¿Quieres ir a algún sitio en especial? —preguntó mientras le deslizaba la mano por el brazo hasta agarrarla por la muñeca.

Ella se encogió de hombros.

—Normalmente voy al café Dupont —respondió—, es lo mejor que hay en este pueblo fúnebre.

—Pues vamos allí —concedió él, y se dejó guiar por los callejones hasta que aparecieron en

el casco antiguo destrozado por las bombas y empezaron a atravesarlo.

—¿Vienes por aquí a menudo? —preguntó Hilary cortésmente para encubrir su creciente excitación.

—Una vez al mes, más o menos —respondió ella—. Vivo en París, ¿sabes?, y allí puedo conseguir cosas que aquí no hay... cigarrillos, café y todo eso. Mi tía siempre se pone muy contenta cuando se las traigo, y a cambio me da queso, mantequilla y huevos, que en París son imposibles de conseguir, así que no me va mal.

Una vez más, Hilary se sintió asqueado por aquella declaración abierta de corrupción, pero esta vez la repulsión no hizo sino avivar su deseo. Cuanto más corrupta le pareciera aquella mujer, más aumentaría su atracción por ella.

—¿Y qué haces en París? —preguntó.

—Tengo una sombrerería en el *boulevard* Malesherbes —respondió—. Se llama Nelly, lo pone en el escaparate en letras doradas, como hechas a mano. Tengo una clientela muy chic. A lo mejor te gustaría venir y comprar uno de mis sombreros para tu mujer... —Y sintió cómo le tiraba del brazo para intentar verle la cara bajo la luz de la luna.

Pero él ignoró el comentario y preguntó a su vez:

—¿Te llamas Nelly de verdad?

—Me bautizaron Eulalie —dijo soltando una carcajada—, pero, cuando empecé con el negocio, tuve que elegir otra cosa. Y los nombres americanos son muy chic, ¿no crees?

—Te va muy bien —concedió él, y entraron al café de la parte más nueva del pueblo, justo la clase de sitio que ella seguramente solía elegir, pensó Hilary, con muebles brillantes de imitación de caoba y planchas de cromo, una radio atronadora en el rincón y un puñado de hombres jóvenes con traje morado y pajarita de lunares que sonrieron a Nelly con algo más que la familiaridad de los viejos conocidos.

Esa era la clase de ambiente que Hilary más detestaba, pero, de nuevo, su odio hacia aquel lugar y a la gente a la que ella lo había acercado hizo que deseara aún más a Nelly. Cuanto más barata y vulgar, más descaradamente resultaba un animal sexual, y más seguro estaba él de que ese era el objeto con el que podía consumir su pasión sin emoción. La observó con desdeñoso placer mientras se bebía el brandi y hablaba con los jóvenes sobre las carreras ciclistas que iban a pasar por A. a la semana siguiente. La charla se expandía a su alrededor mientras pensaba en el extraño cambio que llevaba a las parisinas de la belleza de fauno que exhibían en su juventud a la chillona depredación de la mediana edad, y lo raro que resultaba ver ese estadio intermedio de transición entre ambas, que ahora podía apreciar en Nelly.

Ella se acordó de que estaba allí y le dijo:

—Estás muy callado, ¿no? *Monsieur* es inglés —afirmó orgullosa ante el círculo que la rodeaba.

—¿Tu primer inglés, Nelly? —preguntó maliciosamente uno de ellos.

—¡Vaya pregunta! —replicó ella, y estalló en un rugido de carcajadas que desencadenó un temblor en los grandes senos insinuados bajo la blusa de satén.

Hilary se levantó y dijo:

—Vámonos, Nelly.

—¿Ya? —replicó ella con un mohín. Luego le echó una mirada coqueta y dijo—: De acuerdo, vámonos. Buenas noches a todos.

—¿Vas a ir mañana al circo? —preguntó alguien cuando ya se dirigían a la puerta.

«¡Un circo! —pensó Hilary contento—. ¡Podré llevar a Jean al circo!», pero Nelly contestó con aire provocativo:

—Bueno, a ver si encuentro a alguien que quiera llevarme. —Y, seguidos de un coro de procaces invitaciones, abandonaron juntos el café.

Nelly se ajustó bien el abrigo y dijo—: Será mejor que regresemos o empezarán a preguntarse dónde me he metido.

—¿Y eso importa? —preguntó Hilary.

—Pues sí —repuso ella—, sí que importa. Mi marido aún es prisionero de guerra... Dios sabe cuándo regresará... y si mi tía descubre algo, seguramente se lo dirá y él me quitará la pensión.

—Así que estás casada —dijo Hilary.

Ella se encogió de hombros.

—Ya hace cinco años que se fue —replicó—. Una tiene que seguir con su vida.

Hilary se quedó en silencio, y ella le tiró del brazo para que la mirara y añadió nerviosa:

—No quiero que pienses que esto lo hago con todos. Mira con los alemanes, por ejemplo... Me ofrecieron de todo, pero no quise. Les dije que no, que yo no era de esas que se acuestan con los alemanes, y puedes creerme, no lo hice nunca.

«Mentira —pensó Hilary con una especie de agradable regocijo—. Esta puta asquerosa se ha acostado con los alemanes y con cualquiera que le haya ofrecido algo mínimamente interesante». En ese momento cruzaban por delante de la iglesia bombardeada y, en un impulso, empezó a arrastrarla hacia la sombra del pórtico vacío, la empujó contra la dura piedra mientras apretaba el cuerpo contra el suyo y le metía la lengua entre los labios para vaciar, sediento de alivio, el cálido consuelo de su boca.

Finalmente se desprendió de su boca y dio un suspiro, casi un gruñido, de profunda satisfacción. Lentamente, deslizó las manos por su cuerpo mientras ella temblaba bajo el roce. La volvió a besar, profunda y desesperadamente, y ella lo agarró y le dijo, con el cuerpo, que lo deseaba tanto como él.

Entonces apartó la boca para susurrar con voz ronca:

—Regresemos. Puedes venir a mi habitación.

Ella levantó la mano, la estrechó contra su mejilla y, sin dejar de apretar el cuerpo contra el suyo, murmuró:

—No puedo.

Él le apartó la mano y se la sujetó por debajo, junto a su cuerpo.

—¿Por qué no puedes? —protestó—. Te deseo. Tienes que venir.

—No me trates así —dijo ella con la boca pegada a la suya, de modo que podía oler su aliento cálido y empalagoso—, ya sabes que yo también quiero, pero duermo al lado de mi tía y si voy, me oirá. No puedes imaginarte cómo me vigila.

—Pero yo tengo que poseerte. —Miró hacia atrás, a las cavernosas profundidades de la iglesia en ruinas y se volvió hacia ella susurrando—: ¿Por qué no aquí? ¿Ahora?

Ella dio un brusco tirón para alejarse de él.

—¿Cómo puedes proponer una cosa así? —gritó herida en su orgullo—. ¿Te crees que soy una gitana?

—Pero yo te deseo —insistió Hilary con desesperación—. ¿Es que tú no me deseas?

—No estaría bien —dijo ella, y añadió con creciente ira—: ¡Y encima en una iglesia! ¿Qué clase de mujer te crees que soy?

«Así que quiere fingir —pensó Hilary, que ya empezaba a cansarse—. Quiere que imite sus halagos, su respeto, su devoción..., todo el simulacro del amor. Se niega a actuar en mi comedia y me exige ser el bufón de la suya».

De repente se sintió exhausto y empezó a alejarse de ella para apoyar la frente en la fría piedra del muro. Lo único que deseaba era estar solo y dormir para dejar atrás las decisiones y los recuerdos.

Ella lo llamó con un dejo de ansiedad en la voz.

—¿Vas a llevarme mañana al circo?

—¿Qué? —dijo él, y volvió despacio hacia donde estaba ella—. ¿Qué has dicho?

—¿Vas a llevarme mañana al circo? —repitió nerviosa.

—¿Llevarte?, ¿llevarte? —dijo él, y se echó a reír sin asomo de humor—. ¿A qué hora es mañana el circo?

—Hay una función a las tres —contestó ella con prontitud—, pero a esa no puedo ir porque tengo que salir con mi tía. La segunda empieza a las siete y media. A esa hora podría escaparme y después podemos ir a la feria, y me regalas algún premio que nos toque. Seguro que disparas muy bien, como todos los ingleses. Entonces... ¿me llevas? —Se acercó a él de frente, mirándolo a los ojos y con una sonrisa que era una invitación.

Pero él no pensaba en ella.

—Así que también hay una feria —dijo pensativo.

—Pues claro —replicó ella, que empezaba a impacientarse—, bueno, ¿qué? ¿Vas a llevarme o no?

«Qué pena que no haya función a las seis», pensó Hilary, y entonces volvió a ser consciente de que estaba allí, con Nelly.

—Claro que sí, me encantaría llevarte —contestó rápidamente—, pero no creo que pueda llegar a las siete y media.

—Bueno, si no quieres —dijo ella—, no creo que tarde en encontrar a otro que me lleve encantado. —Y se volvió para darle la espalda, sacó un pintalabios del bolso y empezó a embadurnarse los labios.

—Nelly —imploró él—, de verdad que quiero llevarte. Es que tengo que ir a ver a un niño al orfanato..., el hijo de un viejo amigo mío, y hasta las siete y media no puedo irme de allí.

—Seguro que puedes librarte del niño un poco antes... —respondió ella con frialdad—. Si realmente quieres, claro. —Con un chasquido, cerró el pintalabios para volver a meterlo en el bolso y echó a andar hacia el hotel.

Él la alcanzó, la sujetó por los hombros y la obligó a volverse para mirarlo.

—De acuerdo —accedió furioso—, nos veremos allí a las siete y media. ¿Dónde está? —Ella se lo indicó y, mientras caminaba a su lado, entre la incoherencia provocada por la rabia y el deseo frustrado, pensaba: «No está demasiado lejos para ir antes con Jean».

CAPÍTULO 14

Domingo

De modo que al día siguiente, por la tarde, Hilary llevó a Jean a la feria.

Un poco antes, a Hilary se le había ocurrido que, como era domingo y seguro que no había clases, podría tratar de recoger al niño un poco más temprano para llevarlo a la primera función. Pero entonces pensó: «No, tampoco es que me apasione el circo, no podría soportar ir dos veces en un mismo día. Después de todo, él no sabe nada y solo la feria ya será una sorpresa nunca vista. Habrá tiempo para circos más adelante. El Bertram Mills, el Royal Tournament, el Madame Toussaud... y las funciones navideñas. “¡Mira, papá, mira!...”. Con la manita agarrándome la manga del abrigo y los ojazos radiantes de emoción. Sí, tendremos mucho tiempo para todo eso».

—Esta tarde no vamos a ir a ver los trenes —dijo cuando bajaban los escalones, y al instante, a Jean se le agrandaron los ojos en una mirada de desaliento que llegó a herirlo—, vamos a hacer algo mucho más emocionante.

—¿El qué, *monsieur*? —suplicó Jean, y Hilary contestó:

—Espera y verás. Es algo fantástico, pero tenemos que ir rápido para que nos dé tiempo —recordó. Tomó la mano del niño y empezó a dar zancadas hacia el descampado de las afueras donde estaba montado el circo.

El circo era un evento mucho mayor de lo que Hilary había previsto. La carpa del centro parecía gigantesca y, a su alrededor, se amontonaban caravanas, casetas, tiiovivos, ruedas..., toda la panoplia de la feria.

—¡Oh! ¿Qué es eso? —iba suplicando Jean a medida que se acercaban, y el ruido de la música metálica y chillona, unida a la excitación de la multitud, aumentaba en un rugido.

—Es un circo —replicó Hilary orgulloso.

—¡Un circo! —repitió el niño, y corrió al lado de Hilary, pálido y fascinado.

—¿Vamos a ver a los animales? —sugirió Hilary, y el niño asintió, enmudecido ante tantas maravillas. Primero fueron a la tienda que hacía las veces de cuadra para los caballos; los diminutos ponis de las Shetlands, negros como el carbón; los grandes picazos de montura plana; los caballos blancos de ondulantes colas y crines; los pálidos caballos árabes con manchas negras... y durante todo el rato, Jean, de la mano de Hilary y sin decir nada, permaneció sumergido en un deslumbrante embeleso.

Luego fueron a ver a los monos y los leones y, por último, al solitario elefante que aceptaba monedas de los espectadores y se las tendía obediente a su cuidador. Se quedaron allí de pie

mirando durante unos minutos hasta que Jean, de repente, soltó la mano de Hilary y dio un paso adelante. Hilary, demasiado sorprendido para moverse, observó cómo Jean sacaba los guantes rojos y arrugados del bolsillo para ponerlos en los ya manoseados orificios de la trompa del elefante, y observó cómo el elefante titubeaba agitando la asombrosa ofrenda en el aire y, acto seguido, la depositaba, como el resto, en la mano del cuidador.

Hilary se adelantó rápidamente y agarró al niño por el hombro.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó, y Jean respondió perplejo:

—No lo sé. Quería darle algo. Es tan..., tan... —Se interrumpió sin poder encontrar las palabras.

El cuidador se acercó a ellos y les tendió los guantes.

—Mira, Jean —dijo Hilary—, ¿no quieres recuperar tus guantes rojos? —Pero el niño se estrechó contra Hilary y sacudió la cabeza.

—Quiero que se los quede el elefante —dijo, e intentó arrastrar a Hilary lejos de la tentadora vista del atadizo que había dado en ofrenda.

«Es como Lisa», pensó Hilary instintivamente mientras se dejaba arrastrar lejos del elefante, y acto seguido se preguntó sorprendido por qué se le habría ocurrido algo semejante. No era el gesto en sí mismo, ni el simple acto de generosidad, sino el elemento que lo había propiciado, la ofrenda de aquello máspreciado para que le fuera permitido conservar la felicidad. Recordó entonces que a Lisa siempre le había asustado la felicidad, y siempre imaginaba que unos dioses celosos acechaban para arrebatársela. Entonces se dijo que quizá estaba llevando aquello demasiado lejos, y aquel acto no obedecía más que a una simple y admirable generosidad.

—Vamos a ver si ganamos algún premio —sugirió, y se detuvieron frente a una caseta donde unas bolitas bajaban rodando por un tablero lleno de agujeros numerados.

Hicieron varios intentos y alguna vez les devolvieron el dinero, pero no ganaron nada. Luego tiraron monedas a una sábana que hacía las veces de diana y Jean ganó un horrible cenicero esmaltado. Se pararon junto a un hombre que hacía girar unos algodones de azúcar de colores: una cucharadita de azúcar que giraba a gran velocidad formaba ligeros bucles que envolvían el palo de madera y se aferraban a este como una fregona lanuda hasta los extremos. Jean lamió su algodón entusiasmado y Hilary, un poco avergonzado, compró otro para él y empezó a lamerlo hasta dejar el palo tan limpio como el de Jean. Luego Hilary lanzó unos dardos y ganó una cuchara de madera y le compró a Jean un enorme globo rojo. Lentamente, ambos se encaminaron hacia el tiiovivo y los caballitos.

Hilary decidió que no habría tiiovivo. Cuando era niño, siempre se mareaba al bajar de los columpios y no quería correr ningún riesgo.

—Vamos a los coches de choque —dijo. Se montó en un brillante coche azul y colocó al niño a su lado.

A Jean le gustaron los autos de choque. Con sus trofeos amontonados en el espacio entre los dos asientos, se agarraba a un costado del coche como si fuera a morir y chillaba como un salvaje cada vez que otro coche chocaba contra ellos. «Es un valiente», pensó Hilary, y después de tres viajes en los autos de choque, sugirió:

—¿Qué tal si vamos a los caballitos?

Sin dejar de apretar la mano de Jean por temor a perderlo entre la multitud ambulante y ruidosa, Hilary empezó a buscar unos caballitos. Enseguida llegaron a unos que funcionaban

manualmente, donde unos niños de la edad de Jean daban vueltas, petrificados de la emoción, en motos y cochecitos con unas puertas altas y seguras. Hilary sintió cómo Jean le tiraba de la mano, esperanzado, pero él también quería compartir el placer de aquella vuelta, así que lo arrastró hacia el carrusel más grande de todos. Era un artefacto sin igual. Estaba recién pintado y los generales Leclerc, Montgomery, Zhúkov y Eisenhower sonreían bajo el toldo. Las barras de pirulí giraban brillando como el oro y por toda la tarima campaban deslumbrantes caballos, avestruces, leones y cisnes.

—Vamos al cisne —dijo Hilary ilusionado—, venga, sube. —Colocó al niño en el lomo del cisne y subió para ponerse detrás.

La maquinaria chirrió, la música empezó a sonar y el cisne, a dar vueltas cada vez más rápido. Entonces Hilary sintió cómo el niño temblaba bajo su abrazo y notó cómo las convulsiones iban creciendo hasta que, al fin, oyó sus agudos gritos aterrorizados por encima de la música estridente.

—¡Quiero bajar! —chillaba—, ¡quiero bajar!

Hilary temió que los movimientos frenéticos del niño los arrojaran al suelo, porque el cisne había empezado a subir y bajar a una velocidad de vértigo.

—Estate quieto, tonto —gruñó—. ¡Para ya! —Pero ya nada podía acallar a aquel niño histérico y Hilary, desesperado y concentrado en mantener el equilibrio, se vio embargado por la ira y susurró aún más furioso—: ¿Te quieres callar? ¡Cállate, cállate!

Por fin el carrusel empezó a chirriar y, ahora, el problema de Hilary consistía en hacer que el niño soltara el cuello del cisne, al que seguía compulsivamente aferrado.

—Vámonos, Jean —masculló crispado, cada vez más consciente de los rostros llenos de curiosidad que los miraban desde abajo, y al final los dedos del niño se aflojaron y se dejó arrancar de allí.

Al bajar, el niño se le enredó torpemente entre los brazos y una mujer de mediana edad le dijo enfadada:

—¡Debería darle vergüenza subir a un niño tan pequeño a una cosa así! —Hilary pasó de largo, cegado por la vergüenza, hasta que por fin pudo bajar al niño al suelo en un rincón apartado entre dos caravanas.

Se miraron consternados, el niño aún lloriqueaba y tenía la cara surcada de lágrimas sucias.

Hilary se quedó allí sin decir nada, mirando al niño, lleno de odio hacia aquella criatura que lo había puesto en tamaño apuro, y cuya intervención había supuesto, por su parte, un completo ridículo. «Será cobardica —se repetía sin cesar—, será cobardica...».

—Quiero mis guantes —gimoteó Jean.

«Ya te vas enterando de que la felicidad no puede comprarse», pensó Hilary con frialdad, y dijo en voz alta:

—No puedes recuperarlos. Cuando haces un regalo, es para siempre.

Jean dejó de gimotear y se limitó a quedarse allí de pie con la mirada fija, temblando. «Te estás dando cuenta de lo que significa la desolación —pensó Hilary brutalmente—. Está bien, tenía que ser así»; pero, bajo la ira, sentía un curioso placer porque sabía que cuanto más tristeza sintiera el niño, mayor sería el consuelo que él podría ofrecerle al final.

—He perdido mi globo —dijo Jean con una voz abandonada de toda esperanza.

—Te compraré otro globo —repuso Hilary impaciente, y tomó la mano del niño y lo arrastró

hasta el primer vendedor de globos—. ¡Toma! —dijo entregando su regalo con una rudeza que sabía inaceptable, y contempló sin sorpresa cómo el niño soltaba la cuerda y el globo caía al suelo para desaparecer instantáneamente entre pisotones.

«Me estoy comportando como un cerdo —pensó—. Tengo que volver a empezar, a ver si puedo devolverle la alegría».

—Vamos a probar en aquella caseta de tiro de allí —sugirió con una voz cuidadosamente neutra, y señaló una vulgar caseta que se encontraba algo alejada, y Jean, con una voz tan inexpresiva como la suya, contestó:

—Sí, vamos a probar.

Pero Hilary, de repente, se acordó de mirar el reloj y vio que ya eran las siete; un cuarto de hora de vuelta al orfanato y otro cuarto de hora de vuelta a la feria.

—No, no podemos —dijo con gesto brusco—, tenemos que volver ahora mismo, o llegaremos tarde.

Pero Jean ya estaba lloriqueando y arrastrándolo de la mano.

—¡Oh, *monsieur!* —gemía—, es que quiero ir a esa caseta de tiro. ¿Podemos ir a la caseta de tiro?

—No, no podemos —replicó Hilary, y se oyó añadir horrorizado—: Te traigo hasta aquí, te doy un regalo, y mira cómo te comportas. —«De modo que en esto te convierte la paternidad», pensó con airado remordimiento, y empezó a dar zancadas hacia la carretera con el niño detrás, que trataba de correr para alcanzarlo sin dejar de lloriquear.

—¿No puedes darte un poco de prisa? —lo apremiaba una y otra vez mientras subían la colina—. ¿No puedes ir más rápido? —Y Jean respondía en su ya detestable lloriqueo:

—No puedo ir más deprisa. Estoy muy cansado. —Y se aferraba con todo su peso a la mano de Hilary.

—De acuerdo, te llevaré en brazos —dijo Hilary finalmente, y aupó al niño para sostenerlo en brazos, tal y como había deseado hacer tantas veces, y el niño se durmió ahí mismo, agotado de excitación, tristeza y derrota.

Poco a poco, el ligero peso se fue haciendo cada vez más pesado mientras subía fatigosamente la cuesta de la colina. A medida que enlentecía el paso, la cólera que sentía contra el niño iba disipándose para dejar paso a la que sentía únicamente contra sí mismo y que, o bien expiaba de algún modo, o bien acabaría consumiéndolo.

El niño abrió los ojos mientras Hilary subía los escalones del orfanato y, bajo la luz reflejada en el dintel, Hilary vio que sonreía como cualquier otro niño recién salido del sueño con la certeza de la felicidad. Sin saber lo que hacía, se inclinó hacia su cabecita, lo besó en la pálida mejilla y lo bajó al suelo, lo metió para dentro y se marchó.

CAPÍTULO 15

Domingo (continuación)

Alcanzó a Nelly cuando esta se dirigía hacia la entrada de la carpa del circo donde habían quedado.

—Veo que has conseguido librarte del niño —dijo—. Qué gracia que te tomes todas esas molestias por el crío de otro. Nadie diría que eres de esa clase.

—¿Y de qué clase parezco? —preguntó Hilary mientras franqueaban la enorme carpa a media luz. Ahora ella ya se sabía todas las respuestas y, con un aleteo de pestañas, respondió coqueta:

—Pareces demasiado fiero y peligroso para estar con un niño. Es más, a mí también me das miedo. —Y Hilary soltó una breve risita y la siguió hacia los carísimos asientos de la primera fila que, bien lo sabía, ella consideraba que le correspondían.

Ella se acomodó en el tapizado rojo del asiento con una estudiada y voluptuosa satisfacción, pero Hilary, al contemplar su expresión, se sorprendió al ver el mismo brillo del simple y mundano placer de todas las chicas del pueblo que también estaban allí.

—Me encanta el circo —dijo ella apretándole la mano sin olvidar, ni siquiera entonces, el cosquilleo automático de los dedos—. ¡Oh, mira! Ya empieza —exclamó.

El presentador alzó su bastón, las cortinas se descorrieron y empezó la función. Hilary miraba sin ningún interés, hacía una mueca de cortesía cada vez que Nelly se volvía ilusionada a mirarlo y envidiaba en secreto su manera tan sencilla de disfrutar. Cuando los payasos rodaban por el serrín, cuando se caían las puertas del coche, cuando el agua salpicaba sin tino entre el público, Nelly se agitaba en su asiento sin poder contener unas exuberantes carcajadas. A Hilary le daba rabia aquella manera de divertirse tan grosera y rústica; quería verla aburrida, viciosa, sofisticada, y no encontraba fuente alguna de deseo en aquellas gruesas caderas chafadas contra el asiento y aquellos senos que se bamboleaban con cada explosión de júbilo.

Entonces, ya en la segunda parte de la función, el maestro de pista anunció: «¡*Monsieur Stefanov* y su mundialmente famoso caballo danzarán!». Hubo un redoble de tambores largo y sordo y, acto seguido, la orquesta arrancó con el vals del *Danubio azul* y el caballo danzarín empezó a bailar por toda la pista. Llevaba puesta una manta dorada tan pulida que relucía como el metal, y le habían peinado el pelo de las ancas a modo de tablero de ajedrez para que reflejara la luz mientras daba vueltas y cabriolas. Bailó un vals, una polka y un tango, y la gracia con que movía el cuerpo dejó a Hilary hechizado. Miraba absorto el caballo dorado, y la intensidad se iba tornando en éxtasis a medida que este desplegaba sus exquisitos movimientos ante él.

Cuando terminó la danza y el caballo se marchó para dar paso a un gracioso equilibrista, los

sentimientos de Hilary habían cambiado por completo. Durante el éxtasis inducido por la belleza, todo se había transformado a su alrededor y Nelly, que se agitaba a su lado llena de júbilo, encarnaba el deseado objeto que podía culminar su exaltación. Volvía a ser la cálida y deseable criatura que podía prometerle consuelo y satisfacción más allá de sus pensamientos insaciables, y allí, en medio de la oscuridad, se apretó contra ella y se rindió a la creciente urgencia del deseo.

Salieron para meterse otra vez entre los destellos de la feria y Nelly dijo:

—Tengo hambre. Vamos a comprar algo y a ver si ganas algún premio y me lo regalas.

—De acuerdo —repuso Hilary, y se encaminaron hacia un chiringuito de comidas donde servían bebidas y platos de carne cortada en el mostrador y en algunas mesas dispuestas por el césped.

Hilary fue a buscar los platos de comida y unas cervezas y se sentó frente a Nelly en una de las mesas.

—¿Te has escapado sin decir nada a tu tía? —preguntó.

—Le he dicho que iba a ver a una vieja amiga —respondió ella—. No es que me haya creído, porque es una vieja zorra, pero no ha podido hacer nada.

—Podríamos regresar ya tarde y, antes de subir a tu habitación, te vienes a la mía sin que tu tía se entere —propuso Hilary.

—No voy a arriesgarme —respondió ella—, y además —añadió con una altivez muy profesional—, estás dando por hechas muchas cosas, ¿no?

—¿Ah, sí? —replicó Hilary, y alargó la mano para extenderla sobre la suya sin quitarle la vista de encima.

—Bueno, quizá no tanto. —Rio ella alegremente, y se inclinó hacia el borde de la mesa—. Esta noche no he dejado de pensar en ti —susurró— y en cómo podríamos arreglárnoslas. Y se me ha ocurrido una gran idea. Mañana me marcho de vuelta a París, ¿por qué no vienes conmigo?

—¿Mañana? —repitió Hilary mirándola fijamente y aflojando la mano que le agarraba la muñeca.

—Me voy en el último tren —explicó ella—. Los fines de semana que vengo aquí, no abro la tienda hasta el martes. Podríamos ir juntos a París —dijo con un mohín seductor—, y creo que allí por fin podríamos divertirnos sin que nadie nos mirara.

—Mañana —dijo Hilary desesperado—, mañana lo tengo terriblemente complicado. ¿No podría ir a verte el martes? —«Puedo dejar a Jean en el hotel —pensó—, y darle una propina al botones para que le eche un vistazo, seguro que no hay peligro».

—No, el martes me es imposible —dijo ella, y retiró la mano.

—Entonces..., ¿el miércoles?, ¿el jueves? —imploró Hilary.

—Ninguno de esos días me va bien —replicó ella con decisión. Se llenó la boca de comida y empezó a masticar lentamente—. Voy a dejarte las cosas claras —dijo al tragar—. Tengo un amigo... el que me financió la tienda. Cada martes vuelve del campo y se supone que, entre semana, no puedo quedar con nadie.

«Así es como te quería —pensó Hilary—, la mantenida de otro, la degradación última». *Je suis son paillard, ma paillarde me suit.*[4]

—¿Y a qué se dedica tu novio? —preguntó.

—Vende carne al por mayor —dijo ella—. Gana mucho dinero —Empezó a jugar con el brazaletes dorado alrededor de la muñeca—. Tengo un piso muy bonito —susurró insinuante—,

podemos ir a cenar, a bailar y luego volvemos a casa los dos juntitos. —Esperó una respuesta y, ante su silencio, dijo igual que había dicho la noche anterior—: Pero bueno, si no quieres venir...

—Claro que quiero ir —dijo Hilary, frenético—, claro que sí, ya lo sabes. Es solo que hay asuntos que me tienen atado y estoy intentando pensar cómo puedo arreglarlos. Sabes cuántas ganas tengo de ir. ¿A qué hora sale el tren?

—A las cinco y treinta y cinco —respondió ella, mirándolo ansiosa—. Nos veremos en la estación... porque si cruzo el pueblo contigo a plena luz del día, seguro que alguien nos ve. Y supongo —añadió bromeando— que eso te gustaría tan poco como a mí.

—Cierto —dijo Hilary pensando en *madame* Mercatel sentada en su silla alta junto al fuego—. ¿No hay otro tren más tarde? —preguntó mientras argumentaba para sus adentros: «Podría llevármelo también... No, no podría... ¿Qué podría hacer?».

—Es el último —dijo ella—, los trenes ya no son lo que eran antes de la guerra. Bueno, ¿vas a venir o no?

—Vamos a dar una vuelta por la feria —propuso Hilary levantándose de repente—, así podré pensar en las alternativas... y encontraré alguna manera.

—Estoy empezando a pensar que no quieres venir —dijo ella por encima del hombro mientras salían del entoldado, y él le tomó la mano, la arrastró a la parte trasera y la besó desesperadamente.

—¿Ahora ya te crees que quiero ir? —susurró mientras hundía la boca en la suya una y otra vez, y ella se estrechó contra su cuerpo y le respondió en otro susurro:

—Tienes que venir, tienes que venir.

Luego dieron una vuelta por la feria agarrados del brazo, lanzaron anillas, hicieron rodar monedas y, de vez en cuando, se paraban aquí y allá en algún trocito de oscuridad para abrazarse, besarse y reavivar su deseo. «O una cosa o la otra —pensó Hilary mientras emitía una respuesta automática y realizaba los movimientos esperados—. Si me voy con ella, es el fin. Si me voy con ella, me hará gastar todo el dinero que me queda. Si me voy con ella y me gasto todo el dinero, ya no podré acudir a Pierre para pedirle más; no podré ver a Pierre nunca más. Si me voy con ella, tendré que volver a Inglaterra el martes, volver al piso, a la seguridad vacía. Si me voy con ella, ya he visto a Jean por última vez».

Pero entonces: «Qué tontería —se dijo airado—, claro que no tiene por qué ser el final. Incluso si vuelvo a Inglaterra, nada me impide volver más adelante, conseguir más divisas extranjeras, quizá el mes que viene, o el año que viene. Pero este mes, esta vez, me puedo escapar». De repente se detuvo, se volvió para verla de frente y le dijo con voz entrecortada:

—Te deseo. Nos veremos mañana en la estación.

—Ya me lo imaginaba —dijo ella con suavidad. Estaba segura de que aquello que ofrecía era más fuerte que cualquier otro deseo. Le sonrió con lascivia—. Ya me lo imaginaba —repitió.

Se quedaron allí un momento mientras la multitud giraba a su alrededor, ella con los ojos entrecerrados, calculando las posibilidades; él desafiante, rabioso, seguro tan solo del deseo abrumador. Entonces ella le tomó la mano y dijo:

—Ven, vamos a intentar ganar algún premio por última vez antes de irnos. Vamos allí. —Y lo arrastró hacia la caseta de tiro donde él había intentado reconciliarse con Jean, y desde donde lo había abandonado para ir a buscar a esa mujer que ahora encarnaba la culminación de todos sus deseos.

Y allí, mirándolo desde las estanterías llenas de premios, había un perrito de peluche rosa con una oreja hacia arriba y la otra hacia abajo, idéntico al que lo había estado esperando, tiempo atrás, en la feria de Carpentras.

—¡Es Binkie! —exclamó con incredulidad al reconocerlo.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Nelly en tono irritante. Y siguió su mirada—. ¡Oh, qué perrito tan precioso! —Y soltó una risita forzada—. Regálamelo.

Hilary se inclinó hacia delante, puso una moneda en el mostrador y tomó una de las escopetas. Eligió el blanco y disparó sin pensar ni calcular, seguro de que tenía que ganar.

—Deme el perro rosa —dijo, y entonces, cuando hubo conseguido el perro, se dio la vuelta y se quedó allí desconcertado, apretando el ridículo animalito contra el pecho.

Nelly se lo arrebató.

—Es monísimo, ¿verdad? —exclamó, frotándose la mejilla contra la cabeza del peluche. Y en una especie de regresión, empezó a balbucear como un bebé y a hacerle mimos al perrito sin apartar la mirada de Hilary.

—Pero no puedes quedártelo —dijo Hilary, aún desconcertado—. No es para ti.

—No seas tonto —replicó ella con la misma voz mimosa—. Por nada del mundo me separaría de él.

—Voy a darte otra cosa, algo más bonito —imploró Hilary, y volvió a la caseta, pero esta vez disparó a lo loco y no ganó más premios.

Rebuscó en los bolsillos.

—¡Mira! —exclamó al sacar la cucharilla de madera y el cenicero que se había guardado ahí cuando Jean y él se habían montado en los caballitos—. ¡Mira! —dijo—. ¿Me cambias a Binkie por esto?

Ella tomó las dos cosas y las examinó detenidamente.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—Lo gané antes —tartamudeó—, cuando..., cuando te estaba esperando.

Ella entrecerró los ojos con aire suspicaz. —¿Y cómo has llamado al perrito... Beenkie?

—Nosotros..., yo tuve un perro como ese... una vez —dijo él desesperado—, hace mucho tiempo. Por eso ahora quiero este.

Ella no terminaba de creérselo.

—No irás a regalárselo a alguien... ¿no? —exigió.

—No, claro que no —la tranquilizó Hilary, y en ese momento supo lo que iba a hacer con el perro.

Ella se lo tiró.

—Está bien —dijo—, el niño ya tiene su juguete.

—Metió el cenicero en el bolso y tiró la cucharilla al suelo con un desdeñoso ademán—. Eso no me sirve para nada. —Anduvieron dando vueltas hasta salir de la feria y volver a las calles oscuras—. Vas a tener que comprarme algo muy bonito en París para hacer las paces —le dijo al oído, y él, loco de deseo, le prometió:

—Te compraré lo que quieras en París si eres buena conmigo.

—Pues claro que seré buena contigo —dijo ella tranquila, y su voz sonó cálida y reconfortante. En ese momento fue la gratitud, no la pasión, lo que le hizo detenerse y estrecharla entre sus brazos. Estaba recordando toda una serie de acciones familiares y, con ellas, las

emociones olvidadas durante tanto tiempo. Soltó un quejido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, y él replicó al instante:

—Nada..., es que te necesito tanto... —Sintió un escalofrío en el corazón al darse cuenta de que, incluso en esa relación, de la que únicamente pretendía escapar, se veía incapaz de compartir sin un poco de ternura.

CAPÍTULO 16

Lunes

El lunes por la mañana, Hilary se sentó en la habitación a escribir una carta.

«Ma mère —escribió—, he recibido una llamada inesperada de Inglaterra por un asunto urgente sin haber tomado aún una decisión definitiva acerca del niño. Puede estar segura de que, tan pronto como tome una decisión al respecto, se la comunicaré inmediatamente. («¿Debería pedirle que me mantenga informado sobre él? —se preguntó, pero luego pensó—: No, eso supondría tener que darle mi dirección»). Le envió un regalo para el niño que espero que le permita aceptar. Solo me queda agradecerle la amabilidad y consideración que me han profesado, y lamentar haber tenido que marcharme tan deprisa y sin haber podido darle las gracias en persona». Escribió de memoria la fórmula correcta de despedida y firmó la carta. «Aquí no hay nada decisivo —se dijo—, nada que me impida volver más adelante si cambio de opinión, nada más que la humillación, que nunca podré soportar, de volver a presentarme ante la mujer que leerá esta carta y sabrá lo cobarde que soy. Una vez que la haya leído, ya no podré volver, pero puedo seguir fingiendo que no lo sé. Por mi propia comodidad, tengo que convencerme de que existe una laguna y puedo volver más adelante. No voy a permitirme creer que estoy mintiendo».

Llamó a la sirvienta.

—Marianne —dijo al llegar esta—, ¿puedo pedirle un favor?

—Por supuesto, *monsieur*.

Señaló el paquete que había hecho, torpemente envuelto con papel de periódico.

—Ahí hay un regalo para el niño del orfanato —dijo—, pero, por desgracia, yo no se lo puedo llevar porque mi tren sale a la misma hora en que empiezan las visitas. ¿Crees que podrás llevar el regalo al orfanato con esta carta y entregar las dos cosas a la madre superiora?

Ella frunció el ceño.

—¿A qué hora tengo que llevarlo al orfanato, *monsieur*? —preguntó.

—A las cinco y media —respondió Hilary—. Eso es lo más importante. Tiene que estar allí exactamente a las cinco y media.

—*Monsieur*, no quiero ser impertinente..., pero ¿no podría llevarlo Lucien? No sé si *madame* me dejará salir a esa hora... Es justo cuando suelen venir los nuevos huéspedes, ¿sabe?

—No quiero que lo lleve Lucien —repuso Hilary petulante. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿No podrías hacerlo de alguna manera? —suplicó.

Ella sacó la mano como si fuera a acariciarle el hombro, pero volvió a esconderla a toda

prisa.

—Lo haré yo —prometió—, a las cinco y media en punto estaré en el convento. Siento mucho que *monsieur se marche* —añadió—. Parece que hoy todo el mundo se va. *Mademoiselle Nelly* también se va a París esta tarde.

Hilary sintió un latido de excitación al oír ese nombre. Para disimular, sacó la billetera y le dio dinero a la anciana.

—Qué amable por su parte —dijo agradecido—. Sé que puedo confiar en usted.

—A las cinco y media, *monsieur*, allí estaré —repitió ella.

* * *

No vio a Nelly en todo el día, pero, como ya habían quedado la noche anterior, pasadas las cinco dejó el hotel y echó a andar camino de la estación.

«Así que todo ha terminado —se iba diciendo mientras atravesaba la arcada hacia la calle empedrada—. Todo ha terminado y vuelvo a ser libre».

Atisbó los placeres que le esperaban, todos revueltos: comida, luces, perfumes, música y, por fin, el lecho cálido, el deseo creciente y el clímax del orgasmo. La carne le palpitaba llena de avidez.

«Solo queda cruzar estas calles —se dijo— y ya estaré con ella, a su lado.

»Y por fin podré satisfacer esta insoportable necesidad.

»¡Oh, lo merezco! —gritó para sus adentros—, después de todo lo que he pasado. —Y recordó los interminables días vacíos, las largas tardes arrastrándose. Merezco un poco de placer. Oh, Dios, qué alivio salir de este maldito pueblo y saber que no necesito volver nunca más...

»¿No volver nunca más?

»Cuando me haya marchado, todo irá bien —se dijo—. Cuando esté en el tren junto a ella y la decisión ya sea irrevocable y no esté en mis manos cambiarla. Aquí, en este pueblo, sigo oprimido por la agonía de los recuerdos. Pero pronto, pronto podré deshacerme de ellos y pensar solo en los placeres que me esperan y el consuelo final.

»Consuelo, pero nunca felicidad. No soy capaz de ser feliz. No va a ocurrir ningún milagro que vaya a confrontarme con la felicidad.

»Así que ahora quieres un milagro —dijo su conciencia desde el vacío de la plaza bombardeada—. Una vez quisiste superar la adversidad.

»¡Estoy harto de superaciones! —se gritó—. No tengo valor suficiente. Tengo que escapar».

Intentó apretar el paso, pero la maleta que llevaba en la mano le pesaba.

»Por un momento pensé —admitió— que era un milagro. Creí reconocer al niño.

»Pero eso, claro está, era una tontería. Ningún hombre razonable lo habría aceptado. Lo único que me atrevo a aceptar son los hechos.

»Y los hechos son estos. No hay ninguna prueba de que el niño sea mío. No vine aquí a adoptar a un niño, sino a encontrar al mío. No lo encontré, así que ahora puedo volver libremente a mis placeres, libremente a mi invulnerabilidad y mis recuerdos.

»¿A todos mis recuerdos?

»Si hubiera sucumbido a la ternura —objetó—, todo habría sido muy sencillo. Ese niño me habría hecho pedazos. Me lo habría llevado para consolarlo y no dejar que se fuera nunca. Pero

no me he atrevido a dar ternura».

La memoria le susurró con la voz de Pierre: «Cada uno da lo que puede: lo que hay está decidido desde mucho tiempo atrás».

«Ya ves —imploró Hilary—. Soy incapaz de dar. No me atrevo a dar y, por eso, me voy corriendo. Se acabaron las adversidades. Me estoy fugando en busca de la anestesia del consuelo inmediato y la absoluta falta de obligación.

»Pero no he escapado de la obligación —susurró entonces—. Nelly me ha arrastrado a la obligación de la ternura».

«¿Ternura por Nelly?», pensó con un escalofrío.

Al pasar frente a una casa, oyó un reloj que daba el cuarto.

«Pero si tengo que dar ternura a Nelly —dijo despacio—, si no hay forma de escapar a la ternura..., entonces hay otras obligaciones antes que la suya.

»Tengo una obligación con Pierre. Le debo el amor que él me dio, la amistad que he traicionado. Le debo su expiación.

»Puedo dar ternura a Nelly. ¿Qué puedo dar a Pierre?

»Si me llevara al niño, podría pagar mi deuda con Pierre».

«Los he traicionado a todos —se dijo—. A mi amigo Pierre, a *madame* Mercatel, a mi madre, a la lavandera y a la monja. He traicionado al niño».

«Pero no tengo ninguna obligación con el niño —exclamó—. No es mi hijo, no tengo ninguna obligación..., es solo que le he hecho daño porque tenía derecho a consolarlo y ahora me marchó y él nunca sentirá consuelo alguno.

»No es mi hijo. Si me llevo a un niño que no es mío, estaré traicionando a Lisa».

Hilary se paró en seco.

«Qué extraño —pensó—, qué indeciblemente extraño. Ni siquiera estoy seguro de eso.

»Por el bien de Lisa vine a buscar a nuestro hijo. Pero sigue perdido, se ha perdido para siempre. ¿Acaso ella habría querido que me llevara a este?

«Si pudiera saber lo que ella hubiera dicho —pensó—. Si imagino su rostro, si imagino su voz contestando a mi pregunta, sabré lo que tengo que hacer».

Se quedó contemplando la maraña de cables del tranvía, alcanzada por el destello brillante de la única farola que había en la calle.

—Lisa —dijo en voz alta—, ¿qué quieres que haga?

Intentó conjurar su rostro con toda la intensidad de su imaginación, ver cómo se volvía hacia el suyo, cómo movía los labios, oír su voz, algún tono de su voz que pudiera recordar y reconocer. No pudo imaginar nada, no pudo ver más luz que la reflejada en los cables de los tranvías.

«He olvidado a Lisa —pensó definitivamente horrorizado—. Tanto si me quedo como si me voy, nunca sabré cuál es la mayor traición».

* * *

Entonces susurró:

—Podría dar ternura a Nelly.

»Puedo dar...

Y luego, con absoluta certeza:

—Puedo dar amor. En mi corazón, ese niño es mío.

CUARTA PARTE

EL JUICIO

CAPÍTULO 17

El niño estaba sentado en el duro banco del vestíbulo. Ya llevaba mucho tiempo allí sentado.

Un rato antes, una anciana había llamado al timbre, y cuando la hermana Thérèse acudió, le había entregado a esta un paquete y una carta.

—Prometí que llegaría antes —había dicho—, pero no he podido escaparme hasta ahora. He hecho lo que he podido. —Y la anciana se marchó y la hermana Thérèse llevó la carta y el paquete a la madre superiora y, de vuelta al vestíbulo, le echó una mirada al niño y comentó con su voz severa—: Parece que hoy *monsieur* se está retrasando. —Pero eso había ocurrido hacía ya mucho rato, y el niño seguía esperando allí sentado.

La madre superiora entró en el vestíbulo. Se sentó al lado del niño y le pasó el brazo por el hombro y el niño se sorprendió y se sintió incómodo porque ella nunca había hecho antes algo parecido. La miró con inquietud y vio que tenía los ojos húmedos y brillantes.

—Aquí tienes un regalo —dijo ella con voz extraña, y de los pliegues del hábito sacó un paquete de papel de periódico arrugado y se lo puso en las rodillas.

Él ya sabía qué hacer con los regalos, pero tenía las manos frías y torpes y le llevó un buen rato quitar la cuerda y desenvolver el papel.

Hilary entraba por la puerta cuando oyó el triunfal grito de entusiasmo del niño:

—¡Es Binkie! ¡Binkie ha vuelto!

EPÍLOGO

Dos fuentes distintas han apuntado que este *El hijo perdido* de Marghanita Laski tiene su origen en una historia real que ocurrió hace unos trescientos años en el norte de Inglaterra. Durante la guerra civil, la familia Swinburne, que se había mantenido firmemente católica y en el bando de la nobleza de Northumbria que apoyaba la causa monárquica, raptó en secreto a su heredero de tres años, que luego se convertiría en *sir* John Swinburne, el primer *baronet*, para que recibiera una educación católica en un monasterio francés. Al padre del niño, también llamado John, lo habían matado en una riña en 1643.

Según la *History of Northumberland* de Hodgson de 1827, un caballero de la familia de los Radclyffe de Northumbria visitó el monasterio por casualidad unos años más tarde y reconoció algunos rasgos de la familia Swinburne en la cara del niño:

«Al preguntar a los monjes cómo había llegado el niño hasta allí, la única respuesta que halló fue que venía de Inglaterra [...]. Sin embargo, al preguntar al niño, descubrió que le habían dicho que se llamaba Swinburne, lo cual, considerando la muerte de su padre y su propia y misteriosa desaparición de Northumberland, indujo al superior del monasterio a permitir que el niño volviera a casa. Una vez allí, en una pesquisa especialmente elegida para ese fin, este pudo identificarse como el hijo de John Swinburne y Anne Blount gracias a la descripción que hizo de los rasgos de un gato y una ponchera que aún seguían en la casa».

Los descendientes de *sir* John viven aún, a día de hoy, en Capheaton, la casa de Northumberland que este construyó en 1668 y que Pevsner describió como «una de las más interesantes casas de su época y carácter en Inglaterra». No hay evidencias de que Marghanita Laski conociera a la familia Swinburne, pero era una mujer extremadamente culta y pudo haber encontrado fácilmente la traza de los orígenes de *sir* John en el libro de Hodgson. Es posible que esta fuera la semilla que la inspiró antes de trasladar los elementos de la historia a la Francia de la posguerra.

Aun así, ¿por qué Marghanita Laski decidió emplazar allí la historia? En parte fue porque «amaba Francia y casi todo lo francés» (obituario de *The Times*, febrero de 1988). Se había casado allí en 1937 y había vivido un año en París junto a su marido. Pero incluso antes de la guerra ya se había implicado de forma muy estrecha en la crisis de la Europa continental. Había estudiado en Oxford y, aunque no fue una activista política, había trabado amistad con muchos intelectuales. Su familia era judía y rescató a dos refugiados, un niño y una niña, justo antes del estallido de la guerra. Marghanita, por entonces, ya vivía en su propia casa, pero fue ella quien

recogió al niño en una estación de Londres cuando llegó por primera vez a Inglaterra y le oyó cantar «Baa Baa Black Sheep», las únicas palabras inglesas que su madre le había enseñado antes de que la mataran. Seguro que a la hora de escribir *El hijo perdido* no pudo dejar de tener en cuenta todas estas tribulaciones, lo cual explica, en parte, por qué en la novela el pequeño Jean «llega directo al corazón del lector. Encarna, de algún modo, a todos los niños perdidos en Europa», como escribió en una reseña la novelista Elizabeth Bowen.

En la novela, Marghanita Laski utiliza Francia como uno de los muchos países en los que la guerra había conducido al colapso social. A Hilary Wainwright le preguntan: «¿Qué piensa ahora de Francia?», y él responde: «Creo que es horrible, horrible y desesperadamente triste. A mí me encantaba Francia, y la admiraba más que cualquier otro país que conozco, pero al volver ahora, la he encontrado envuelta en un miasma de corrupción». La imagen de una Francia de posguerra profundamente dividida, aún postrada tras su brutal invasión, aparece evocada en *El hijo perdido* de una forma tan brillante como pavorosa. La dramática capitulación de 1940, que condujo al final de la Tercera República y la creación del régimen colaboracionista de Vichy, es algo que todavía cuesta asumir, ya que las humillaciones sufridas crearon heridas muy profundas en la psique nacional. La aguda inteligencia de Laski ya anticipó lo difícil que resultaría el proceso de restauración del orgullo francés y, a pesar de todo, se mantuvo optimista. Tal y como rezaba una reseña del *Daily Mail*, «la novela abarca, sin detener en ningún momento la historia, la enorme tragedia de la corrupción durante la posguerra y, aun así, no pierde la fe».

Durante la ocupación alemana, la mayoría de la población se vio forzada a alcanzar un compromiso, casi siempre en el ámbito de la vida diaria, entre la colaboración, por una parte, y la resistencia, por otra. Empezando por la película de Marcel Ophüls *La tristeza y la piedad* (1971), la Francia moderna se ha visto obligada, poco a poco, a enfrentarse a la evidencia de que mucha más gente de la admitida en un principio había elegido la corrupción. Incluso para aquellos que resistieron, actos menores como conseguir comida y mantener relaciones y amistades a menudo requerían el mismo valor que hazañas como sabotear un puente o distribuir panfletos. En las secuelas de este mundo está situado *El hijo perdido*. «Cada vez que ve a un extraño, ¿no se pregunta qué hizo durante la ocupación?», pregunta Hilary a su amigo Pierre, y este responde: «Oh, sí, pero ahora ya lo hago de un modo automático y no me importa la respuesta. Estoy cansado de cómo se abusa de la palabra *colaboracionista*; cada uno hizo con los alemanes lo que fue capaz de hacer, y eso ya estaba decidido mucho antes de que ellos llegaran».

En la obra, uno de los personajes, *madame* Mercatel, afirma: «Para mí, lo más horrible es oírlos a todos poniendo excusas sobre el conflicto, diciendo que empezamos por engañar a los alemanes y ahora ya nos hemos acostumbrado. Más nos habría valido ser honestos, incluso con los alemanes, y no acabar decepcionándonos los unos a los otros para, al final, decepcionarnos a nosotros mismos».

Marghanita Laski describe con todo detalle los entresijos de la economía del mercado negro y cuán insidiosa resulta la corrupción que emana de todo ello. Asimismo, retrata de forma despiadada la realidad del orfanato, donde los niños tuberculosos están mezclados con los no tuberculosos («Si supiera más acerca de Europa, *monsieur*, sabría que, hoy en día, correr el riesgo de contraer tuberculosis en un hogar con una cama y tres comidas al día supone tener una infancia feliz») y el raquitismo se asume como algo inevitable para los niños mayores de seis años que se ven obligados a permanecer allí. La comida, los juguetes y el amor hacia los niños son cosas inadecuadas, los bruscos modales de las monjas al lidiar con sus cargas constituyen un

modo de sobrevivir y contrastan con la ingenuidad de Hilary: «*Monsieur*, ustedes, los ingleses, no alcanzan a comprender lo que ahora mismo es Europa. Si le parece que las condiciones en Francia son malas, créame, *monsieur*, estamos en el paraíso. No acertaría a creer lo que me han dicho las hermanas que han estado trabajando en Alemania, Austria o Polonia. Cuando me entran ganas de llorar por nuestros niños, recuerdo lo que me dijeron de los otros».

«En 1947 —escribe Mark Mazower en su obra *La Europa negra*—, «había unos 50.000 huérfanos en Checoslovaquia. En Yugoslavia se estimaban unos 280.000 [...]. En Holanda, 160.000 niños necesitaban ayuda [...]. En Bucarest había 30.000 sin techo. La Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación se ocupaba de unos 50.000 niños no acompañados solo en Alemania, muchos de los cuales habían olvidado quiénes eran y de dónde venían».

Marghanita Laski pudo conocer de primera mano a los huérfanos franceses: su hija recuerda muy bien las vacaciones que pasaban en la Francia de posguerra, que incluían visitas regulares a los orfanatos y largas conversaciones con las monjas. A cualquiera que haya visitado los ubicuos y abarrotados orfanatos de Albania o Rumanía tras la caída del comunismo le parecerá que las cosas apenas han cambiado: *El hijo perdido* evoca un escenario idéntico donde la dislocación entre la guerra y la desorganización civil conduce, invariablemente, al sufrimiento de los niños. Aunque el libro describe la posguerra francesa, en 2001 podemos decir que es muy fácil imaginar la posguerra de cualquier otro sitio.

Marghanita Laski nos muestra un pueblo, situado a unos ochenta kilómetros de París, identificado simplemente como A.; un pueblo que solo contiene ruinas, fealdad y desolación. Un pueblo que siempre ha sido feo, que ya resultó seriamente dañado durante la Primera Guerra Mundial y fue «reconstruido con ese indiferente descuido tan característico de la Francia moderna». Aun así, esas gentes a Hilary «le parecían las más civilizadas del mundo, habían gozado de vidas plenas, satisfactorias; habían comido con instruido placer; habían discutido con instruida lógica; se habían paseado por allí durante las cálidas tardes de verano, se habían sentado en los cafés para mirar a otras gentes pasar», por ello encuentra «que el daño que habían hecho las bombas en un pueblo francés como aquel era una tragedia mayor que en cualquier otro sitio, porque la clase de vida que ahí se destruía era la completa antítesis de todo aquello que las bombas pretendían conseguir».

Pero *El hijo perdido* es también una novela atemporal sobre la emoción, sobre el amor, que describe la búsqueda de un hombre para encontrarse a sí mismo, para asumir su propio sentido de la pérdida y hallar el valor para volver a amar con el pleno conocimiento de que el amor lo expondrá a nuevas formas de dolor. Al forzar a Hilary Wainwright, supuesto padre del niño perdido y, en realidad, el que realmente se encuentra perdido, a decantarse por la opción positiva, su existencia recobra una cierta forma después de haber perdido su sentido a causa de la muerte de la mujer que ha amado apasionadamente —probablemente, Marghanita Laski estaba muy familiarizada con la atmósfera de ideas existencialistas que surgieron en Francia después de la ocupación, a través de las obras de escritores como Sartre y Camus—.

Como escribió el poeta Stevie Smith, «el niño pobre y helado, adorable a pesar de su carencia de amor, y el padre que teme no poder amar parecen congelados en el tiempo; hay un sentimiento muy profundo en esta historia, de un estilo admirable por su sencillez». Los temas del libro son el coraje bajo presión, la lealtad, el ejercicio de la conciencia individual y la importancia del deber. La palabra *deberpuede* resultar, hoy en día, algo pasada de moda, y su significado, difícil de

entender, pero, para el personaje de Hilary, que nos resulta empático a pesar de que no todas sus cualidades sean admirables, el deber es una fuerza que lo guía: «Conozco mi deber», piensa en medio de la agonía que siente al decidir si acepta o no al niño sin saber seguro si se trata de su hijo. «Conozco mi deber. Si el niño fuera mío, me lo llevaría; si no lo fuera, lo dejaría. Sería tan sencillo como eso. No habría lugar para el sentimiento en semejante decisión. La palabra clave aquí es el *deber*, no el *sentimiento*». Tampoco cree que debería llevarse al niño empujado simplemente por una sobrecogedora piedad; aunque, como él mismo confiesa a la madre superiora: «*Ma mère*, debe usted perdonarme. No estoy acostumbrado a sentir piedad desde hace algunos años, y hoy todo esto me ha abrumado».

A esas alturas, Hilary ya ha desarrollado un vínculo emocional con el niño y lo que quiere el lector es que lo tome entre sus brazos y se lo lleve a vivir con él, sin importar si es o no su padre biológico. Sin embargo, Hilary insiste en que debe estar seguro acerca de su paternidad: «Si tengo que renunciar a mi paz precaria, a mi tentativa seguridad, tengo que estar seguro». Pero ¿por qué? Ciertamente, le preocupa algo más que la herencia genética —le han asegurado varias veces que el niño es excepcionalmente brillante y debe proceder de una familia culturalmente parecida a la suya—; por otra parte, el niño no es muy distinto a él; finalmente, el bondadoso gesto de regalar los guantes al elefante le recuerda lo que habría hecho Lisa con «el elemento que lo había propiciado, la ofrenda de aquello más preciado para que le fuera permitido conservar la felicidad».

Pero todo ello, claro está, no demuestra nada. Hilary, por otra parte, acaba reconociendo su egoísmo: ni siquiera sabe si realmente quiere que sea hijo suyo, admite que podría llegar a sentir rencor hacia el niño por la inevitable disrupción que este provocaría en su ordenada vida... Asimismo, la mala relación con su propia madre le provoca ciertas dudas acerca de su paternidad. También está el miedo a que no sea su hijo, este pueda seguir perdido y quizá, algún día, acabe encontrándolo. Dice que debe estar seguro por el bien de Lisa: «Ella quería que salvara a mi hijo, a nuestro hijo, el hijo de nuestro amor. No tengo ningún deber de salvar a un huérfano de la caridad que no es nada mío». Siente que todo aquello que no sea encontrar y cuidar a su hijo supondría una traición a Lisa y a la memoria de su relación perfecta. Además, no se ve con fuerzas para volver a amar: «Las emociones traidoras de ternura, piedad y amor deben seguir muertas en mi interior. No podría soportar que revivieran para volver a morir».

La manera en que Laski resuelve al final todo esto permite a Hilary, en tiempos de paz, encontrar el valor que tanto Lisa como su amigo Pierre han demostrado de maneras distintas en tiempos de guerra. Él se plantea escapar y volver a Inglaterra porque, a pesar de haber sufrido tanto por todo aquello que le fue brutalmente arrancado, se ha vuelto insensible a esa realidad. Es demasiado inteligente para no darse cuenta de que el niño está lo bastante cerca como para poder volver a despertar su capacidad de amar. Así que mantiene una lucha a fin de no exponerse a sí mismo al dolor que, por supuesto, suele acompañar al amor. «¿Y cómo puedo dar ahora, cuando tanto necesito recibir?», es su *cri de coeur* desgarrador.

Al final de la obra, Hilary trata de escapar de su dilema a través de una relación puramente sexual con Nelly, la sobrina parisina del dueño del hotel: «Y por fin podré satisfacer esta insoportable necesidad», piensa. Aunque le repugna su flagrante corrupción, «esta vez la repulsión no hizo sino avivar su deseo. Cuanto más corrupta le pareciera aquella mujer, más aumentaría su atracción por ella». El hecho de darse cuenta de que «incluso en esa relación, de la que únicamente pretendía escapar, se veía incapaz de compartir sin un poco de ternura», la convierte a

ella en un personaje esencial, ya que lo ayuda a entender la diferencia entre la lujuria y el amor e incluso a reevaluar su relación con Lisa, que él hasta entonces había creído perfecta.

Solo en las últimas páginas Hilary consigue entenderse a sí mismo para que, de este modo, Marghanita Laski pueda escribir uno de los finales más conmovedores de la literatura de ficción del siglo XX: un final perfecto para un libro asombrosamente bien escrito. Los anuncios de 1949 citaban al crítico Daniel George, quien en un programa de radio afirmó: «Ningún otro libro me había hecho llorar tanto desde la muerte de la pequeña Nell». El crítico S. P. B. Mais apuntó, por su parte: «En muchos aspectos, se trata de un libro espeluznante. Me ha emocionado mucho *más* que *Dombey e hijo*. Para empezar, está mucho mejor escrito».

Justo después de la publicación de *El hijo perdido*, Marghanita Laski vendió los derechos de la película, pero acabó «furiosa y dolida» (según el *Dictionary of National Biography*) porque, cuatro años después, esta se convirtió en un musical protagonizado por Bing Crosby donde los aspectos morales quedaban significativamente relegados frente al motivo central del padre en busca de su hijo. El libro, en efecto, es mucho más que eso, y actualment, una nueva generación de lectores que no ha tenido que vérselas con ninguna decisión moral en circunstancias extremas trata de responder a la imposible pregunta: «¿Qué habría hecho yo?». Como Elizabeth Bowen señaló en su reseña sobre «esta tierna y magnífica historia»: «No leer *El hijo perdido* supondría perderse toda una experiencia de búsqueda, reveladora y terriblemente humana».

ANNE SEBA
Richmond, 2001

EL HIJO PERDIDO



Hilary Wainwright, un soldado inglés, regresa a una Francia devastada y empobrecida durante la Segunda Guerra Mundial para localizar a un niño perdido cinco años antes. Pero ¿este pequeño y tranquilo niño, ahora un sombrío huérfano, es realmente su hijo? ¿Y si no lo es? En esta novela exquisitamente elaborada, seguimos la lucha de Hilary por amar en medio de una guerra devastadora. El hijo perdido es también una novela atemporal sobre la emoción, sobre el amor, que describe la búsqueda de un hombre para encontrarse a sí mismo, para asumir su propio sentido de la pérdida y hallar el valor para volver a amar con el pleno conocimiento de que el amor lo expondrá a nuevas formas de dolor.

Marghanita Laski (Mánchester, 1915 - Londres, 1988).

Escritora inglesa de origen judío, estudió Literatura Inglesa en Oxford, donde conoció al futuro editor John Howard, con quien se casó y tuvo dos hijos. Trabajó como periodista y escribió ensayos, biografías literarias y relatos, así como varias novelas entre las que destacan *The Village* (1952) y *La chaise-longue victoriana*. Laski fue una figura muy conocida en su época tanto por sus obras como por su participación en programas de radio culturales y su valiosa colaboración en el Oxford English Dictionary.

«Mi viaje salvador a través de la Francia de
postguerra. *El hijo perdido* me ha tenido
completamente enganchado hasta la última
e increíble página. Me ha encantado.»

ANTHONY HOROWITZ

Hilary Wainwright, un soldado inglés, regresa a una Francia devastada y empobrecida durante la Segunda Guerra Mundial para localizar a un niño perdido cinco años antes. Pero ¿este pequeño y tranquilo niño, ahora un sombrío huérfano, es realmente su hijo? ¿Y si no lo es? En esta novela exquisitamente elaborada, seguimos la lucha de Hilary por amar en medio de una guerra.

El hijo perdido es también una novela atemporal sobre la emoción, que describe la búsqueda de un hombre para encontrarse a sí mismo, para asumir su propio sentido de la pérdida y hallar el valor para volver a amar con el pleno conocimiento de que eso lo expondrá a nuevas formas de dolor.

NOTAS

[1] Verso del duque Charles d'Orléans (1394-1465) perteneciente a uno de los poemas que escribió durante su largo cautiverio en Inglaterra. (*Todas las notas de la presente edición son de la traductora*).

[2] Ilustrador inglés (1872-1898) conocido por sus dibujos en tinta, con influencias del arte japonés, que mostraban escenas grotescas, decadentes y eróticas.

[3] Periodista y escritor estadounidense (1880-1946) popular por sus relatos, en los que describía los bajos fondos neoyorquinos con un lenguaje muy popular y característico.

[4] Se trata de un verso de François Villon: «Soy lujurioso, la lujuria me persigue».